

AUDI, FILIA: Parte 3

CAPITULO 69

En que se prosigue lo dicho en el capítulo pasado, declarando de la Pasión de Cristo un lugar de los Cantares.

Mas porque de esto no os maravilléis, oíd otra cosa más maravillosa, la cual dicen las dichas palabras de los Cantares: Que esta guirnalda le fue puesta *en el día del alegría del Corazón de Él*. ¿Cómo es acuesto? El día de sus excesivos dolores, que lengua no hay que los pueda explicar, ¿llamáis día de alegría de Él? Y no alegría fingida y de fuera, mas dicen: *en el día del alegría del Corazón de Él*.

i Oh alegría de los ángeles, y río del deleite de ellos, en cuya faz ellos desean mirar, y de cuyas sobrepujantes ondas ellos son embestidos, viéndose dentro de Ti, nadando en tu dulcedumbre tan sobrada! ¿Y de qué se alegra tu Corazón en el día de tus trabajos? ¿De qué te alegras entre los azotes, y clavos, y deshonras y muerte? ¿Por ventura no te lastiman? Lastimante, cierto, y más a Ti que a otro ninguno, pues tu complexión era más delicada. Mas porque te lastiman más nuestras lástimas, quieres Tú sufrir de muy buena gana las tuyas, porque con aquellos dolores quitabas los nuestros. Tú eres el que dijiste a tus amados Apóstoles antes de la Pasión (Lc., 22, 15): *Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes que padezca*. Y Tú eres el que antes dijiste (Lc., 12, 49): *Fuego vine a traer a la tierra, ¿qué quiero sino que se encienda? Con bautismo tengo de ser bautizado, icómo vivo en estrechura hasta que se ponga en efecto!* El fuego de amor de Ti, que en nosotros quieres que arda hasta encendernos, abrasarnos y quemarnos lo que somos, y transformarnos en Ti, Tú lo soplas con las mercedes que

en tu vida nos hiciste, y lo haces arder con la muerte que por nosotros pasaste. ¿Y quién hubiera que te amara, si Tú no murieras de amor por dar vida a los que, por no amarte, están muertos? ¿Quién será leño tan húmedo y frío, que viéndote a Ti, árbol verde, del cual quien come vive, ser encendido en la cruz, y abrasado con fuego de tormentos que te daban, y del amor con que Tú padecías, no se encienda en amarte aun hasta la muerte? ¿Quién será tan porfiado, que se defienda de tu porfiada recuesta, en que tras nos anduviste desde que naciste del vientre de la Virgen, y te tomó en sus brazos, y te reclinó en el pesebre, hasta que las mismas manos y brazos de Ella te tomaron cuando te quitaron muerto de la cruz, y fuiste encerrado en el santo sepulcro como en otro vientre? **Abrasástete, porque no quedásemos fríos; lloraste, porque riésemos; padeciste, porque descansásemos; y fuiste bautizado con el derramamiento de tu sangre, porque nosotros fuésemos lavados de nuestras maldades.**

Y dices, Señor: *¡Cómo vivo en estrechura, hasta que este bautismo se acabe!*, dando a entender cuan encendido deseo tenías de nuestro remedio, aunque sabías que te había de costar la vida. Y como el esposo desea el día de su desposorio para gozarse, Tú deseas el día de tu Pasión para sacarnos con tus penas de nuestros trabajos. Una hora, Señor, se te hacía mil años para haber de morir por nosotros, teniendo tu vida por bien empleada en ponerla por tus criados. Y pues lo que se desea trae gozo cuando es cumplido, no es maravilla que se llame *día de tu alegría* el día de tu Pasión, pues era deseado por Ti. Y aunque el dolor de aquel día fue muy excesivo, de manera que en tu persona se diga (*Thren., 1, 12*): *Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino: atended, y ved si hay dolor que se iguale con el mío; mas el amor que en tu Corazón ardía, sin comparación era mayor. Porque si menester fuera para nuestro provecho*

que Tú pasaras mil tanto de lo que pasaste, y te estuvieras enclavado en la cruz hasta que el mundo se acabara, con determinación firme subiste en ella para hacer y sufrir todo lo que para nuestro remedio fuese necesario.

De manera, que más amaste que sufriste, y más pudo tu amor que el desamor de los sayones que te atormentaban. Y por esto quedó vencedor tu amor, y como *llama viva, no la pudieron apagar los ríos grandes (Cant., 8, 7)* y muchas pasiones que contra Ti vinieron. Por lo cual, aunque los tormentos te daban tristeza y dolor muy de verdad, tu amor se holgaba del bien que de allí nos venía. Y por eso se llama *día de alegría de tu corazón. Y este día vio Abraham, y gozóse*, no porque le faltase compasión de tantos dolores, mas porque veía que el mundo y él habían de ser redimidos por ellos.

Pues en este día *salid, hijas de Sión*—que son las ánimas que atalayan a Dios por fe—, *a ver al pacífico Rey*, que con sus dolores va a hacer la paz deseada. Miradle, pues para mirar a Él os son dados los ojos. Y entre todos sus atavíos de desposorio que lleva, mirad a *la guirnalda* de espinas que en su cabeza divina lleva; la cual, aunque la tejieron y se la pusieron los caballeros de Pilato, que eran gentiles, dícese habérsela puesto *su madre*, que es la Sinagoga, de cuyo linaje Cristo descendía, según la carne; porque por la acusación de la Sinagoga, y por complacer a ella, fue Cristo así atormentado.

Y si alguno dijere: Nuevos atavíos de desposado son éstos; por guirnalda, lastimera corona; por atavíos de pies y manos, clavos agudos que se los traspasan y rompen; azotes por cinta; los cabellos pegados y enrubiados con su propia sangre; la sagrada barba arrancada; las mejillas bermejas con bofetadas; y la

cama blanda, que a los desposados suelen dar con muchos olores, tornase en áspera cruz, puesta en lugar donde justiciaban los malhechores. ¿Qué tiene que ver este abatimiento extremo con atavíos de desposorio? ¿Qué tiene que ver acompañado de ladrones, con ser acompañado de amigos, que se huelgan de honrar al nuevo desposado? ¿Qué fruta, qué música, qué placeres vemos aquí, pues la Madre y amigos del Desposado comen dolores y beben lágrimas, y *los ángeles de la paz lloraban amargamente?* (Isai., 33, 7.) No hay cosa más lejos de desposorio que todo lo que aquí parece.

Mas no es de maravillar tanta novedad, pues el Desposado y el modo del desposar todo es nuevo. Cristo es hombre nuevo, porque es sin pecado, y porque es Dios y Hombre. Y despósase con nosotros, feos, pobres y llenos de males; no para dejarnos en ellos, mas para matar nuestros males, y darnos sus bienes. Por lo cual convenía, según la ordenanza divina, que pagase Él por nosotros, tomando nuestro lugar y semejanza, para que con aquella semejanza de deudor sin serlo, y con aquel duro castigo sin haber hecho por qué, quitase nuestra fealdad, y nos diese su hermosura y riquezas. Y porque ningún desposado puede hacer a su esposa de mala, buena; ni de infernal, celestial; ni de fea en el ánimo, hermosa, por eso buscan los hombres las esposas que sean buenas, hermosas y ricas, y van el día del desposorio ataviados a gozar de los bienes que ellas tienen, y que ellos no les dieron. Mas nuestro nuevo Esposo ninguna ánima halla hermosa ni buena, si Él no la hace. Y lo que nosotros le podemos dar, que es nuestra dote, es la deuda que debemos de nuestros pecados. Y porque Él quiso abajarse a nosotros, tal le paramos, cuales nosotros estábamos. Y tal nos paró, cual Él es; porque destruyendo con nuestra semejanza nuestro hombre viejo, nos puso su imagen de hombre nuevo y celestial. Y esto obró Él con aquestos atavíos que parecen fealdad y flaqueza, y son

altísima honra y grandeza, pues pudieron deshacer nuestros muy antiguos y endurecidos pecados, y traernos a gracia y amistad del Señor, que es lo más alto que se puede ganar.

Este es el espejo en que os habéis de mirar, y muchas veces al día, para hermosear lo que viéredes feo en vuestra ánima. Y ésta es *la señal puesta en alto (Num., 21, 8)* para que *de cualquier víbora que seáis mordida, miréis aquí* y recibáis la salud en sus llagas. Y en cualquier bien que os viniere, miréis aquí y os sea conservado, dando gracias a este Señor, por cuyos trabajos nos vienen todos los bienes.

CAPITULO 70

Que es muy importante el ejercicio de la oración, y de los grandes provechos que de ella se sacan.

Pues que ya habéis oído que la luz que vuestros ojos han de mirar es Dios humanado y crucificado, resta deciros qué modo tendréis para le mirar, pues que esto ha de ser con ejercicio de devotas consideraciones y habla interior que en la oración hay.

Mas primero que os digamos el modo que habéis de tener en la oración, conviene deciros cuan provechoso ejercicio sea, especialmente para vos, que habiendo renunciado al mundo, os habéis toda ofrecido al Señor; con el cual os conviene tener muy estrecha y familiar comunicación, si queréis gozar de los dulces frutos de vuestro religioso estado.

Y por oración entendemos aquí una secreta e interior habla con que el ánima se comunica con Dios, ahora sea pensando, ahora pidiendo, ahora haciendo gracias, ahora contemplando, y generalmente por todo

aquello que en aquella secreta habla se pasa con Dios. Porque aunque cada cosa de éstas tenga su particular razón, no es mi intento tratar aquí sino de este general que he dicho, de cómo es cosa muy importante que el ánima tenga con su Dios esta particular habla y comunicación.

Para prueba de lo cual, si ciegos no estuviesen los hombres, bastaba decirles que daba Dios licencia para que todos los que quisiesen pudiesen entrar a hablarle una vez en el mes o en la semana, y que les daría audiencia de muy buena gana, y remediaría sus males, y haría mercedes, y habría entre Él y ellos conversación amigable de Padre con hijos. Y si diese esta licencia para que le pudiesen hablar cada día, y si la diese para que muchas veces al día, y si también para que toda la noche y el día, o todo lo que de este tiempo pudiesen y quisiesen estar en conversación del Señor, Él lo habría por bueno, ¿quién sería el hombre, si piedra no fuese, que no agradeciese tan larga y provechosa licencia, y no procurase de usar de ella todo el tiempo que le fuese posible, como de cosa muy conveniente para ganar honra, por estar hablando con su Señor; y deleite, por gozar de su conversación; y provecho, porque nunca iría de su presencia vacío? ¿Pues por qué no se estimará en mucho lo que el Altísimo ofrece, pues se estimaría si lo ofreciese un rey temporal, que en comparación del Altísimo, y de lo que de su conversación se puede sacar, el rey es gusano, y lo que puede dar uno y todos es un poco de polvo? ¿Por qué no se huelgan los hombres de estar con Dios, pues *(Prov., 8, 31) los deleites de Él son estar con los hijos de los hombres? No tiene su conversación amargura (Sap., 8, 16)*, sino alegría y gozo; ni su condición tiene escasez para negar lo que le piden. Y Padre nuestro es, con el cual nos habíamos de holgar, conversando, aunque ningún otro provecho de ello viniera. Y si juntáis con esto que no sólo nos da licencia

para que hablemos con Él, mas que nos ruega, aconseja, y alguna vez manda, veréis cuánta es su bondad y gana de que conversemos con Él, y cuánta nuestra maldad de no querer ir, rogados y pagados, a lo que debíamos ir rogando y ofreciendo por ello cualquier cosa que nos fuese pedida.

Y en esto veréis cuan poco sentimiento tienen los hombres de las necesidades espirituales, que son las verdaderas; pues quien verdaderamente las siente, verdaderamente ora, y con mucha instancia pide remedio. Un refrán dice: «Si no sabes orar, entra en la mar.» Porque los muchos peligros en que se ven los que navegan, les hace clamar a nuestro Señor. Y no sé por qué no ejercitamos todos este oficio, y con diligencia, pues ahora andemos por tierra, ahora por mar, andamos en peligros de muerte; o del ánimo, si caemos en pecado mortal, o de cuerpo y ánimo, si no nos levantamos por la penitencia de aquel en que hemos caído. Y si los cuidados precederos, y el polvo que en los ojos traemos, nos diesen lugar de cuidar y mirar las necesidades de nuestro corazón., cierto andaríamos dando clamores a Dios, diciendo con todas entrañas (*Mt., 6, 13*): *¡No nos dejéis caer en la tentación!* (*Ps., 34, 22*): *¡Señor, no te apartes de mí,* y otras semejantes palabras, conformes al sentimiento de la necesidad. Todo nuestro orar se ha pasado a lo que se ha pasado nuestro sentido, que es el bien o mal temporal. Y aun esto no lo hacemos luego, sino cuando los otros medios y arrimos nos han faltado, como gente que su postrera confianza tiene puesta en nuestro Señor, y su primera y mayor en sí mismo o en otros. De lo cual suele el Señor enojarse mucho, y decir (*Deut., 32, 37, 39*): *¿Dónde están tus dioses, en los cuales tenías confianza?* Librente tus aliados, a los cuales se los llevará el viento y el soplo. *Mirad que Yo sólo soy, y no hay otro fuera de Mí. Yo mataré y haré vivir; heriré y sanaré, y no hay quien se pueda librar.*

Mirad, pues, vos, doncella, no os toquen acuestas cosas, mas tened vivo el sentido de vuestra ánima, con que gustéis que vuestro verdadero mal es no servir a Dios, y vuestro verdadero bien es servirle. Y cuando alguna cosa temporal pidiéredes, no sea con aquel ahínco y angustia que del amor demasiado suele nacer. Y para lo mucho y para lo poco, vuestra confianza primera sea nuestro Señor; y la postrera, los medios que Él os encaminare. Y sed muy agradecida a esta merced, de que os dio licencia de hablarle y conversar con Él; y usad de ella, para bienes y males, con mucha frecuencia y cuidado, pues por medio de esta habla y conversación con el Altísimo han sido enriquecidos los siervos de Dios, y remediados en sus pobreza; porque entendieron que los peligros que Dios les dejó, fue a intento que, apretados con ellos, recurriesen a Él; y los bienes que les vienen son para ir a Él, dándole gracias.

De los gabaonitas leemos (*Josué, 10, 6*), que estando en mucho peligro por estar cercados de sus enemigos, enviaron un mensajero a Josué, a cuya amistad se habían ofrecido, y por la cual estaban en aquel peligro, y hallaron favor y remedio por lo pedir. Y aunque aquellos cinco reyes, de que la Escritura hace mención (*Gen., 14, 1*) fueron vencidos en el valle Silvestre, y sus ciudades robadas; mas porque un mozo que de la guerra escapó, fue a dar nueva de este desbarato al Patriarca Abraham, alcanzaron remedio los reyes y sus cinco ciudades por mano de Abraham, que los socorrió. De manera, que se alcanza, por un solo mensajero que va a pedir favor a quien lo quiere y puede dar, más que por la muchedumbre de combatientes que en la guerra o ciudad haya. Y cierto, es así, que quien enviare a Dios mensajero de humilde y fiel oración, aunque esté cercado y destrozado y metido en el vientre de la ballena, sentirá presente al Señor, *que está cerca a todos aquellos que le*

llaman en verdad (Ps., 144, 18).

Y si no saben lo que han de hacer, con la oración hallan lumbre, porque con esta confianza dijo el rey Josafat (*Paralip., 20, 12*): *Cuando no sabemos lo que hemos de hacer, este remedio tenemos, que es alzar los ojos a Ti.* Y Santiago (1, 5) dice: *Que quien hubiere menester sabiduría, la pida a Dios.* Y por este medio eran Moisés y Aarón enseñados de Dios acerca de lo que debían hacer con el pueblo. Porque como los que rigen a otros han menester lumbre doblada, y tenerla muy a la mano y a todo tiempo, así han menester oración doblada y estar tan diestros en ella, que sin dificultad la ejerciten, para que conozcan la voluntad del Señor de lo que deben hacer en particular, y para que alcancen fuerza para cumplirla. Y este conocimiento que allí se alcanza, excede al que alcanzamos por nuestras razones y conjeturas, como de quien va a cosa cierta, o quien va, como dicen, a tienta paredes. Y los propósitos buenos y fuerza que allí se cobran, suelen ser sin comparación más vivos y salir más verdaderos, que los que fuera de la oración se alcanzan. San Agustín dijo, como quien lo había probado: «Mejor se sueltan las dudas con la oración, que con cualquiera otro estudio.» Y por no cansar, y porque no sería posible deciros particularmente los frutos de la oración, no os digo más, sino que la suma Verdad dijo (Lc., 11, 13): *Que el Padre celestial dará espíritu bueno a los que se lo piden;* con el cual bien vienen todos los bienes.

Y débeos bastar, que usaron este ejercicio todos los Santos. Porque, como San Crisóstomo dice: «¿Quién de los Santos no venció orando?» Y él mismo dice: «No hay cosa más poderosa que el hombre que ora.» Y bastarnos debe, y sobrar, que Jesucristo, Señor de todos, oró en la noche de su tribulación, aun hasta derramar gotas de sangre (Lc., 22, 44). Y oró en el

monte Tabor, para alcanzar el resplandor de su cuerpo (Lc., 9, 29). Oró primero que resucitase a San Lázaro (*Jn., 11, 41*); y veces oraba tan largo, que se le pasaba toda la noche en oración. Y después de una tan larga oración como ésta dice San Lucas (Lc., 6, 12), que *eligió entre sus discípulos número de doce Apóstoles*. En lo cual, dice San Ambrosio, nos dio a entender lo que debemos hacer cuando quisiéremos comenzar algún negocio, pues que en aquel suyo, primero oró, y tan largo.

Y por esto debiera decir San Dionisio, que en principio de toda obra hemos de comenzar por la oración. San Pablo (*Rom., 12. 12*) amonesta que entendamos *con instancia en la oración*; y el Señor dice (*Lc., 18. 1*), que *conviene siempre orar, y no aflojar*; que quiere decir, que se haga esta obra con frecuencia, diligencia y cuidado. Porque los que quieren valerse con tener cuidado de sí en hacer obras agradables a Dios, y no curan de tener oración, con sola una mano nadan, con sola una mano pelean, y con sólo un pie andan. Porque el Señor, dos nos enseñó ser necesarias, cuando dijo (*Mt., 26*): *Velad y orad, porque no entréis en tentación*. Y lo mismo avisó cuando dijo (*Lc., 21. 36*): *Velad, pues, en todo tiempo orando, que seáis hallados dignos de escapar de todas estas cosas que han de venir, y estar delante el hijo de la Virgen*. Y entrambas cosas junta San Pablo (*Ephes., 6, 11*), cuando arma al caballero cristiano en la guerra espiritual que tiene contra el demonio. Porque así como un hombre, por buenos manjares que coma, si no tiene reposo de sueño tendrá flaqueza, y aun corre el riesgo de perder el juicio, así acaecerá a quien bien obra y no ora. Porque aquello es la oración para el ánimo, que el sueño al cuerpo. No hay hacienda, por gruesa que sea, que no se acabe, si gastan y no ganan; ni buenas obras que duren sin oración, porque en ella se alcanza lumbre y espíritu con que se recobra lo que con las ocupaciones, aunque buenas, se disminuye del fervor

de la caridad e interior devoción.

Y cuan necesario sea el orar, parece muy claro en la instancia y ayunos con que el Profeta San Daniel (9, 1-19) oraba al Señor que librara su pueblo de la cautividad de Babilonia, aunque eran cumplidos los setenta años que el Señor había puesto por término para los librar. Y si en lo que Dios ha prometido de hacer o dar, aún es menester que se le pida con oración ahincada, ¿cuánto más será menester en lo que no tenemos promesa suya en particular? San Pablo pide a los Romanos (15, 30) que rueguen a Dios por él, para que, quitados los impedimentos, pueda ir a los visitar. Sobre lo cual dice Orígenes: «Aunque había dicho el Apóstol un poco antes (15, 29): *Se que, yendo a vosotros, será mi ida en la abundancia de la bendición de Cristo;* mas con todo esto, sabía que la oración es necesaria, aun para las cosas que él manifiestamente conocía que habían de acaecer; y si no hubiera oración, sin duda no se cumpliera lo que había profetizado.» ¿No os parece que tuvo razón quien dijo (San Gregorio) que era la oración medio para alcanzar lo que Dios Omnipotente ordenó, ante los siglos, de donar en tiempo? Item, que así como el arar y sembrar es medio para coger trigo, así la oración para alcanzar frutos espirituales. Por lo cual no nos debemos maravillar si tan pocos cogemos, pues que tan poca oración sembramos.

Cosa cierta es que de la conversación de un bueno se sigue amarle y concebir deseos de la virtud; y si con Dios conversásemos, con mucha más razón podríamos esperar de su conversación estos y otros provechos, a semejanza de Santo Profeta y Legislador Moisés, que de la tal conversación salió *lleno de resplandor (Ex., 34)*.

Y no por otra causa estamos tan faltos de misericordia para con los prójimos, sino porque nos falta

esta conversación con nuestro Señor. Porque el hombre que estuvo de noche postrado delante de Dios pidiéndole perdón y misericordia para sus pecados y necesidades, claro está que si de día encuentra con otro que le pida lo que él pidió a Dios, que conocerá las palabras, y se acordará de con cuánto trabajo él las dijo a nuestro Señor, y con cuánto deseo de ser oído, y hará con su prójimo lo que quería que Dios hiciese con él.

Y por decir en una palabra lo que en esto siento, os traigo a la memoria lo que dijo Santo Rey y Profeta David (*Ps., 65, 20*): *Bendito sea el Señor, que no quitó de mí mi oración y su misericordia.* Sobre lo cual dice San Agustín: «Seguro puedes estar, que si Dios no quita de ti la oración, no te quitará su misericordia.» Y acordaos que el Señor dijo (*Lc., 11, 13*): *Que el celestial Padre dará espíritu bueno a los que se lo piden.* Y con este espíritu cumplimos la Ley de Dios, como dice San Pablo (*Rom., 7, 25*). De manera, que nos está cercana la misericordia de Dios, y cumplimos su Ley por medio de la oración. Mirad vos qué tal estará un hombre a quien le faltaren estas dos cosas, por faltarle la oración.

Y quiéroos avisar del yerro de algunos que piensan que, porque dijo San Pablo (*1 Tim., 2, 8*): *Quiero que los varones oren en todo lugar,* no es menester orar despacio, ni en lugar particular, sino que basta mezclar la oración entre las otras obras que hace. Bueno es *orar en todo lugar,* mas no nos hemos de contentar con aquello, si hemos de imitar a Jesucristo nuestro Señor, y a lo que sus Santos han dicho y hecho en el negocio de la oración. Y aun tened por cierto, que ninguno sabrá provechosamente *orar en todo lugar,* sino quien primero hubiere aprendido este oficio en lugar particular, y gastado en él espacio de tiempo.

CAPITULO 71

Que la penitencia de los pecados es el primer paso para nos llegar a Dios, teniendo de ellos verdadero dolor y haciendo de ellos verdadera confesión y satisfacción.

El primer paso que el ánima ha de dar allegándose a Dios ha de ser la penitencia de sus pecados. Y para que ésta sea bien hecha aprovecha mucho desocuparse de todos negocios y de toda conversación, y entender con cuidado en traer a la memoria todos los pecados de toda su vida, sirviéndose para ello de algún Confesionario (*Confesionario*: Tratado que da reglas para la confesión). Y después de los haber bien gemido, confesarlos con médico espiritual que le pueda y sepa dar remedio competente a su enfermedad, y le ponga su conciencia tan llana, como si aquel día hubiese el hombre de morir, y ser presentado en el juicio de Dios. Y en este negocio puede gastar un mes o dos, deshaciendo con amargos gemidos lo que pecó con malos placeres. Y para esto se puede servir de leer algún buen libro que a esto le ayude, y de lo que antes dijimos (Caps. 60 y 61), de pensar en su muerte y en el juicio de Dios, y descender vivo con el pensamiento a aquel pozo hondo del fuego eterno, porque no descienda después de muerto a probar la eterna miseria que allí hay.

Servirle ha también para esto, mirando una imagen del Crucifijo, o acordándose de Él, pensar cómo él fue causa por sus pecados que el Señor padeciese tales tormentos. Y mírele bien de pies a cabeza, ponderando por si cada tormento, y llorando en cada pecado, pues las penas del Señor corresponden a nuestras culpas, padeciendo Él deshonras en pago de nuestra soberbia, azotes y dolores en pago de nuestros placeres, y así en lo demás. Y piense: Si un hijo viese azotar a su padre, o atormentarle muy recio por una cosa que nunca el padre la hizo, sino el tal hijo; y, si oyese la voz del pregonero: «Quien tal hace que tal pague», este tal hijo, grave

compasión tendría de su padre, y gran dolor por haber hecho cosa que tan cara costase a su padre. Y si verdadero hijo fuese, más le dolería ver castigado a su padre, que si le castigaran a él. Y gran maravilla sería si no diese voces con el gran dolor, confesando que el culpado es él, que lo castiguen a él, y no a su padre que nada debía. Tomemos ejemplo de aquí, de dolernos más de haber pecado porque fue Dios el ofendido y fue Dios el castigado, que por cualquier mal que por haber pecado nos pudiese venir. ¡Yo, Señor, pequé, ¿y pagáislo vos?! ¡Mis travesuras, Señor, os pusieron en la cárcel, y os hicieron pregonar por las calles y os pusieron en cruz! Este sea su gemido, con deseo de padecer por Dios todo lo que Él fuere servido de enviarle.

Y después de haber hecho este examen de su conciencia, con dolor y satisfacción, según el parecer de su confesor, recibida la absolución sacramental, podrá tener confianza del perdón, y consolación de su ánima.

CAPITULO 72

Que el segundo paso para nos llegar a Dios, es el hacimiento de gracias que le debemos dar por nos haber así librado; y del modo que en esto se tendrá, mediante diversos pasos de la Pasión en diversos días.

Purgada así el ánima de los tales humores de pecados, que le causasen la muerte, se debe ocupar en hacimiento de gracias por tan grande y no merecida merced, de no sólo haber Dios perdonado el infierno, mas haberle recibido por hijo y dádole su gracia y dones interiores, por merecimiento del verdadero Hijo de Dios, Jesucristo nuestro Señor, que *murió por nuestros pecados, y resucitó por nuestra justificación (Rom., 4, 25)*; matando nuestros pecados y vida vieja, muriendo Él; y resucitándonos a vida nueva, resucitando Él. Y si decía

Job (31, 20), que *el cuerpo del pobre* a quien él había vestido, sintiéndose abrigado, *echaría bendiciones* a Job que aquel beneficio le hizo, con mucha más razón debemos bendecir a Jesucristo crucificado, cuando nuestra ánima se siente libre de males y consolada con bienes, creyendo que todo nuestro bien nos viene por El; pues no es razón ser ingratos a tal amor y a tales mercedes.

Y aunque cada vez que bien nos fuere debemos luego con particular agradecimiento bendecir a Jesucristo; mas para que se haga esto mejor hecho y con más fruto, conviene que pues para pensar en vuestros propios pecados os dije que buscádes lugar recogido y desocupado de todos, y os mirádes a vos, con mucha más razón os debéis ocupar otro rato cada día en pensar la Pasión de nuestro Señor, y darle gracias por los bienes que nos vinieron por ella, diciendo de corazón (*Ps., 118, 93*): *No olvidaré para siempre tus justificaciones, porque en ellas me diste la vida.*

El modo, pues, que tendréis, si otro mejor no se os ofreciere, será éste: Pensar *el lunes* la oración del Señor y prendimiento del Huerto, y lo que aquella noche pasó en casa de Anas y Caifas. *El martes*, las acusaciones y procesiones de uno a otro juez, y sus crueles azotes que atado a la columna pasó. *El miércoles*, cómo fue coronado de espinas y escarnecido, sacándole con vestidura de grana, y caña en la mano, porque todo el pueblo le viese, y dijeron: ECCE HOMO. *El jueves*, no le podemos quitar su misterio muy excelente; conviene a saber, cómo el Hijo de Dios con profunda humildad lavó los pies a sus discípulos, y después les dio su Cuerpo y Sangre en manjar de vida; mandando a ellos y a todos los sacerdotes que habían de venir, que *hiciesen lo mismo en memoria de Él (Lc., 22, 19)*. Hallaos vos presente en aquel lavatorio admirable, y en el convite tan excelente, y

esperad en Dios, que ni saldréis sin lavar, ni muerta de hambre. Tras el jueves pensaréis el *viernes* cómo el Señor fue presentado ante el juez, y sentenciado a muerte, y llevó la cruz encima de sus hombros, y después fue crucificado en ella, con todo lo demás que pasó hasta que encomendó su espíritu en las manos del Padre y murió. Y *en el sábado* quedaos de pensar la lanzada cruel de su sagrado costado, y cómo le quitaron de la cruz, y pusieron en brazos de su sagrada Madre, y después en el sepulcro; e id acompañando su ánima al limbo de los Santos Padres, y hallaos presente en las fiestas y paraíso que allí les concede. Y tened memoria de pensar en este día las grandes angustias que la Virgen y Madre pasó, y sedle compañera fiel en se las ayudar a pasar, porque allende de serle cosa debida, os será muy provechosa. Del *domingo* no hablo, porque ya sabéis que es diputado al pensamiento de la Resurrección, y la gloria que en el cielo poseen los que allá están, y en esto os habéis de ocupar en aquel día.

Y particularmente os encomiendo, que en *la noche del jueves* toméis cuan poco sueño fuere posible, por tener compañía al Señor, que después de los trabajos del prendimiento y largos caminos a casa de Anas y Caifas, y después de muchas bofetadas, burlas y otros males que le fueron hechos, pasó lo demás de la noche muy aherrojado y en cárcel muy dura, y con tal tratamiento de los que le guardaban, que ni a Él vagaba dormir, ni habría quien cesase de llorar si bien se supiese lo que allí pasó; lo cual es tanto, como San Jerónimo dice, que hasta el día de] juicio no se sabrá. Pedidle vos a Él parte de sus penas, y tomad vos por Él *cada noche del jueves* alguna en particular, la que Él os encaminare. Porque gran vergüenza es para un cristiano no diferenciar aquella noche de otras. Y una persona decía, que ¿quién podía dormir la noche del jueves? Y aun también creo que tampoco dormía la noche del viernes.

CAPITULO 73

Del modo que se ha de tener en la consideración en la vida y Pasión de nuestro Señor Jesucristo.

Este ejercicio de pensar en los pasos de la vida o muerte de Jesucristo nuestro Señor se puede hacer en una de dos maneras: o con representar a vuestra imaginativa la figura corporal de nuestro Señor, o solamente pensar sin representación imaginaria. Y sabed, que pues el altísimo e invisible Dios se hizo hombre visible, para que con aquello visible nos metiese adentro donde está lo invisible, no se debe pensar sino que fue muy provechosa cosa mirarle con ojos corporales, para poderle mirar con los espirituales, que son de la fe, si la malicia de quien lo miraba no lo impedía. Y, cierto, todo lo corporal del Señor era muy ordenado, y tenía una particular eficacia para ayudar al corazón piadoso a levantarse a las cosas espirituales. Y no fue pequeña merced para los tales gozar de tal vista, *de la cual muchos Reyes y Profetas desearon gozar y no la alcanzaron* (Lc., 10, 24). Y aunque los que después venimos no gozamos de esta merced tan cumplida; mas no debemos dejar de aprovecharnos de ella en lo que pudiéremos. Y a este intento nuestra Madre la santa Iglesia, y con mucha razón, nos propone imágenes del cuerpo del Señor, para que despertados por ellas, nos acordemos de su corporal presencia, y se nos comunique algo, mediante la imagen, de lo mucho que se nos comunicara con la presencia. Y pues me trae provecho una imagen pintada en un palo fuera de mí, también lo traerá la que fuere pintada en mi imaginativa dentro de mí, tomándola por escalón para pasar adelante. Porque todo lo de nuestro Señor, y lo que le toca y representa, tiene virtud maravillosa para llevarnos a Él.

Y aunque os parezcan cosas bajas, mas por ser

medio para cosas altas, altas os deben parecer. Y por esta bajeza quiere Dios que comiencen humillados los que Él ha de subir de su mano a cosas mayores. Porque los que desde luego que comienzan se dan a pensamientos muy altos, por parecerles más gustosos y más dignos de su consideración, les está la caída muy cierta. Porque, como dice la Escritura (*Prov., 19, 2*), *el que es apresurado en el andar, tropezará* (28, 22): *El que se da prisa a enriquecer, no estará sin pecado*. Y también claramente se ve, que casa sin fundamento no puede durar mucho sin caer. Y acaece a estos tales, que si después quieren tornar a pensar cosas proporcionadas a su pequeñez, no lo aciertan a hacer, por estar engolosinados en las mayores; y así corren peligro, como el ave que sale del nido antes del tiempo; porque ni puede proseguir su vuelo, ni tornarse a su nido. Por tanto, conviene que comencemos de lo bajo de nuestros pecados, según se ha dicho, y luego en el pensamiento de la sacra Humanidad de Jesucristo nuestro Señor, para subir a la alteza de su Divinidad.

CAPITULO 74

En que se prosigue más en particular el modo de considerar la vida de nuestro Señor Jesucristo, para que sea con más provecho.

Recogida, pues, en vuestra celda, en el rato que para este ejercicio tomáredes, decid primero la confesión general, pidiendo al Señor perdón de vuestros pecados, especialmente de los que hubiéredes hecho después de la postrera confesión que hicisteis; y rezaréis algunas oraciones vocales, según arriba se os dijo cuando tratábamos del propio conocimiento (Cap.59). Y después leed aquel mismo paso de la Pasión, que queréis pensar, en algún libro que trate de la Pasión; y serviros ha de dos cosas: una de enseñaros cómo acaeció aquel paso, para

que vos lo sepáis pensar; porque vida y muerte del Señor habéislas de saber muy sabidas; y otra para recogeros el corazón, para que cuando fuéredes a pensar, no vayáis derramada ni tibia. Y aunque no leáis de una vez todo lo que el libro dijere acerca de aquel paso, no se pierde nada, pues que en otras semanas, cuando venga el mismo día, se podrá acabar de leer. Y, como ya os he dicho, no ha de ser la lección hasta del todo cansar, mas para despertar el apetito del ánima y dar materia a pensar y orar. Y los libros que para pensar en la Pasión pueden aprovechar, entre otros, son las MEDITACIONES de San Agustín en latín, y las del Padre Fray Luis de Granada en romance (*Libro de la Oración y Meditación*, donde trae una meditación devotísima de la Pasión para cada día de la semana), y el Cartujano, (El Cartujano llamábase Ludolfo de Sajonia (1295---1378). Fue fraile dominico y pasó a la Cartuja en 1340. Ya cartujo, escribió su celebérrima *Vita Jesu Christi...*, libro de profunda piedad, de fondo evangélico, comentado por los SS. Padres. Hubo traducciones castellanas muy antiguas.) que escribe sobre todos los Evangelios.

Y la lección acabada, hincadas vuestras rodillas y recogidos vuestros ojos, suplicad al Señor os envíe lumbre del Espíritu Santo para daros sentido compasivo y amoroso de lo que Cristo tan amorosamente por vos padeció. Importunadle mucho, no permita Él tanta ingratitud en vos, que siendo obligada a imitar su Pasión, que aun no seáis para la pensar.

Y luego poned la imagen de aquel paso que quisiéredes pensar, dentro de vuestro corazón; y si esto bien no se os diere, haced cuenta que la tenéis allí cerquita de vos. Y dígoos esto así, por avisaros que no habéis de ir con el pensamiento a contemplar al Señor a Jerusalén, donde esto acaeció, porque esto daña mucho a la cabeza y seca la devoción; mas haced

cuenta que lo tenéis allí presente, y poned los ojos de vuestra ánima en los pies de Él, o en el suelo cercano a Él, y con toda reverencia mirad lo que entonces pasaba como si a ello presente estuviérades, y escuchad lo que el Señor habla con toda atención. Y sobre todo, con una sosegada y sencilla vista miradle su sacratísimo Corazón, tan lleno de amor para con todos, que excedía tanto a lo que de fuera padecía—aunque era inefable—, cuanto excede el cielo a la tierra.

Y guardaos mucho de afligir vuestro corazón con tristezas forzadas, que suelen echar alguna lagrimilla forzada; porque impiden el sosiego que para este ejercicio es menester, como decía el Abad Isaac; y suelen secar el corazón y hacerle inhábil para la divina visitación, que pide paz y sosiego; y aun suelen destruir la salud corporal, y dejar el ánima tan atemorizada con el disgusto que allí sintió, que teme otra vez de tornar al ejercicio como a cosa penosa.

Mas si con vuestro pensar sosegado, el Señor os da lágrimas, compasión y otros sentimientos devotos, debéislos tomar, con condición que no sea tanto el exceso con que se enseñoreen de vos, que os dañen a la salud con daño notable, o que quedéis tan flaca en los resistir, que os hagan, con gritos y con otras exteriores señales dar muestra de lo que sentís: porque si a esto os acostumbráis, vendréis a hacer entre gente, y con grande nota, lo mismo que en vuestra celda, sin lo poder resistir; de lo cual es razón que huyáis. Y por esto habéis de tomar estos sentimientos o lágrimas de tal arte, que no os vayáis mucho tras ellas, porque no perdáis por seguir las aquel pensamiento o *afección espiritual* que las causó. Mas tened mucha cuenta con que aquello dure, y de esto otro exterior y *sensual (sensible, sentimental)* sea lo que fuere. Y de esta manera podráis durar mucho tiempo el sentimiento devoto *espiritual*. Lo cual no hace el de la

parte sensitiva o corporal, ni aun deja durar al espiritual, sino lo tiene para que no se vaya tras él.

Aunque para los que de nuevo comienzan se puede dar licencia que tomen de esta leche tierna algo más que los aprovechados, los cuales tienen intento a sentir en su espíritu la alteza de quien padece, y la indignidad de por quien padece, y lo mucho que padece, y el mayor amor con que lo padece; y desean imitar este amor y pasión con las fuerzas que el Señor les diere, y si con esto les dan los sentimientos ya dichos, no los desechan, antes los agradecen, mas no como a cosa más principal. Y aunque entiendo que hay un amor de Dios tan abrasado, que no sólo no saca lágrimas, mas aun las seca e impide, también os digo que hay otro tierno, que hace tener estos sentimientos ya dichos en la parte sensitiva y ojos del cuerpo, sin que sea cosa culpable; pues la doctrina cristiana no es doctrina de estoicos, que condenan las buenas pasiones. Y pues Cristo lloró y se entristeció, bastarnos debe para creer que estas cosas son buenas, aunque en varones perfectos. ¡ Oh cuánto mal ha hecho a sí y a otros, gente sin letras, que ha tomado entre manos negocios de la vida espiritual, haciéndose jueces de ella, siguiendo solamente su ignorante parecer! Y dígo por hombres que ha habido engañados, a quien parecían mal estas cosas.

CAPITULO 75

En que se dan algunos avisos necesarios para más aprovechar con el sobredicho ejercicio, y evitar algunos daños que en los ignorantes pueden suceder .

Conviene también avisaros que no trabajéis mucho por *fijar* muy profundamente en vuestra imaginación *la imagen* del Señor, porque suelen de ello venir peligros al ánima, pareciéndole algunas veces que verdaderamente

ve de fuera las imágenes que tiene de dentro; y unos caen en locura y otros en soberbia. Y ya que esto no sea, causase daño en la salud corporal casi sin remedio. Por eso conviene que hagáis este ejercicio de arte, que ni del todo dejéis de representar imagen, ni que la tengáis a la continua ni con pena fijada dentro de vos, mas poco a poco, y según que sin trabajo se os diere. Y podéis tener algunas devotas imágenes, bien proporcionadas, de los pasos de la Pasión, en las cuales mirando algunas veces, os sea alivio para que sin mucha pena las podáis vos sola imaginar.

Y mirad mucho que no sólo habéis de huir el peligro que os he dicho, de imaginar con trabajo, mas también de *pensar* con ahínco y costa de la cabeza; porque allende del daño que en ella se hace, causase de este modo sequedad en el ánimo, que suele hacer que se aborrezca la oración. No penséis de manera, ni con tanta fuerza, que parezca que vos sola y a fuerza de brazos lo habéis de hacer; porque acuesto más semejanza tiene con el modo de estudiar que de orar; mas de tal manera obrad vuestro ejercicio, que estéis arrimada a las fuerzas del Señor que os ayuda para pensar. Y si esto no supiéredes hacer, y sentís que la cabeza o sienes sienten trabajo notable, no prosigáis adelante, mas sosegaos, y quitad aquella angustia del corazón, y humillaos a Dios con sosiego y simplicidad, pidiéndole gracia para pensar como Él quiere. Y en ninguna manera presumáis en el acatamiento de Dios, de estribar en vuestras razones ni ahínco, mas en humillaros a Él con un afecto sencillo, como niño ignorante y discípulo humilde, que lleva una sosegada atención para aprender de su maestro ayudándose él. Y sabed, que este negocio *más es de corazón que de cabeza, pues el amar es fin del pensar*. Y por no entender esto y el sosiego ya dicho, han fatigado muchos muchas cabezas suyas y ajenas, con daño de la salud, e impedimento para bienes que pudieran hacer. Y

si Dios os hace esta merced de meditación sosegada, será más durable lo que en ella sintiéredes, y más larga y sin pesadumbre. Todo lo cual hallaréis ser al contrario, si de otra manera lo usáredes.

Y ya os he avisado que vuestra morada ha de ser en vuestro corazón, donde como abeja solícita, que dentro de su corcho hace la miel, habéis vos de encerraros, presentando al Señor lo que de fuera se os ofreciere, pidiéndole su lumbre y favor, como lo hacía Moisés en el corporal Tabernáculo. Y si se os ofreciere de fuera alguna hiél de tentación, huid a vuestro corazón, y cerrad la puerta tras vos, y juntándoos con nuestro Señor, dejaréis a vuestros enemigos burlados, vencidos y fuera de casa. Porque como el daño que os podían hacer era mediante el pensamiento, cerrado éste muy bien, no hay por dónde os puedan entrar.

Y porque en todo caso conviene, para durar y aprovechar en este ejercicio, que lo hagáis con sosiego, os quiero avisar, que si tenéis fuerza para estar de rodillas en esta habla con Dios, conviene que lo estéis, porque toda reverencia es debida a la Majestad divinal. Y para lo así hacer, tenemos ejemplo en nuestro soberano Señor y maestro, del cual cuenta el Evangelista (*Lc., 22, 41*) que en el huerto de Gethsemaní oró a su Padre, las rodillas hincadas. Mas si la flaqueza del cuerpo es tanta, que con estar de rodillas, especialmente en oración larga, impide el sosiego del ánimo y la hace estar inquieta para vacar al Señor, débese tomar aquel modo que no impida esta quietud. Porque aunque la oración tenga fruto de *satisfacción* para las penas que debemos, mas porque es mayor fruto el que de ella se saca por la lumbre y gusto divinal, y otras mercedes que en ella Dios da, débese tomar lo que es medio para alcanzar lo mejor, si con todo no se puede cumplir.

Y a este propósito también hace, que si pensando vos una cosa en la oración, sintiere vuestra ánima que la convidan para otras partes, abriéndole otra puerta de buen pensamiento, debéis entonces dejar lo que pensábades y tomar lo que os dan, presuponiendo que es bueno lo uno y lo otro. Aunque habéis de mirar no sea esto, que os viene de nuevo, engaño del demonio, para que saltando de uno en otro, como picaza, os quite el fruto de la oración; o, por ventura, no sea liviandad de vuestro corazón, que no hallando lo que deseáis en un pensamiento, vayáis a probar si lo hallaréis en otro, o en otro. Por tanto, no debéis ligeramente dejar lo que tenéis, Si no fuéredes con eficacia interiormente convidada para otra parte, con una satisfacción que en el corazón suele quedar cuando Dios le convida, a cuando él se entremete. Y con pedir lumbre al Señor, y con tener cuenta con mirar después de pasado qué fruto sacasteis, y tomando experiencia de muchas veces, podéis en este negocio acertar con lo que debéis.

Y a este propósito hace, que si estáis leyendo o rezando vocalmente, y el Señor os visita con algún sentimiento entrañable, debéis cesar de lo que hacíades, y gozar de aquel bocado que el Señor os envía. Cumplido con lo cual podréis proseguir lo que antes hacíades. Porque como esto exterior sirva para despertar la devoción interior, no se ha de tomar por medio para lo impedir.

Y no os hablara en tantas particularidades, si no hubiera visto gente tan atada a sus reglas y a cumplir sus tareas, que aunque haya causas para creer que el Señor quiere que se interrumpan, ellos no quieren. Y si los quiere llevar Dios por un camino, ellos quieren ir por otro, fundados en su prudencia; siendo gran verdad que no hay cosa más contraria a este ejercicio, que pensar los hombres que se pueden por su discreción regir

en él. Y a muchos he visto llenos de reglas para la oración, y hablar de ella muchos secretos, y estar muy vacíos de la obra de ella; porque el estribar en ellas, y el acordarse de ellas en el tiempo de la oración, les quita aquella *humildad y simplicidad de niño* con que en este negocio han de tratar con Dios, como arriba os he dicho. Y no os digo esto para quitar las industrias razonables que de nuestra parte hemos de poner, especialmente cuando somos principiantes en ellos, mas para que se haga con *tanta libertad*, que no nos impidan el estar colgados del Señor, esperando sus mercedes por la vía que Él las quisiere hacer. Y tened por cosa muy cierta, que en este negocio aquél aprovecha más, que más se humilla, y más persevera, y más gime al Señor; y no quien sabe más reglas.

CAPITULO 76

Que el fin de la meditación de la Pasión ha de ser la imitación de ella; y cuál es lo primero y principio de cosas mayores que habemos de imitar.

Para que de este ejercicio de oración os sepáis aprovechar, debéis estar avisada que el fin de la meditación de la Pasión ha de ser la imitación de ella, y el cumplimiento de la Ley del Señor. Y dígoos esto, porque hay algunos que tienen mucha cuenta con las horas que gastan en la oración, y con el gusto de la suavidad de ella, y no la tienen con el provecho que de ella, sacan. Piensan con engañado juicio, que quien más dulcedumbre y más horas de oración tiene, aquél es más santo; como en la verdad aquel lo sea, que con profundo desprecio de sí, tiene mayor caridad, en la cual consiste la perfección de la vida cristiana y el cumplimiento de toda la Ley. Y quien bien vive y quien bien ora, para este fin lo debe hacer; y no contentarse con que gastó bien un rato en confesar o comulgar, o tener devota oración, o

casas de esta manera.

De Moisés leemos, que habiendo estado cuarenta días y cuarenta noches subido en el monte Siná en continua conversación del altísimo Dios, y bajando después a la conversación de los hombres, ni contó visiones, ni revelaciones, ni secretos curiosos, mas trajo mucha luz en su faz, y dos tablas de piedra en sus manos; en una de las cuales estaban escritos *tres mandamientos*, que pertenecen a la honra de Dios, y *en la otra siete*, que pertenecen al provecho del prójimo (*Ex., 34, 29*); dando a entender, que quien trata con Dios con la lengua de la oración, ha de traer luz en su entendimiento, para saber lo que debe hacer, y el cumplimiento de la voluntad de Dios puesto en obra, como ley en las manos; y que, pues tiene oficio de orar, tenga vida de *orador* (hombre que ora); y sea tal, que en todo su trato se manifieste que se le ha pegado algo de aquella suma Verdad y suma pureza, con la cual ha tratado. Porque los que gastan un rato en llorar las bofetadas que al Señor le dieron en su Pasión, y si saliendo de allí se les ofrece alguna cosa, aun de las pequeñas que al Señor se ofrecieron, tienen tan poca paciencia como si hubieran aprendido en la oración a no sufrir nada, no sé a quién se deban comparar, sino a los que entre sueños les parece que hacen grandes cosas, y recordados (despertados), lo hacen todo al revés. ¿Qué cosa más loca puede haber, que pareciéndome bien la paciencia del Señor en sus penas, no quiera yo tenerla en las mías, sino decirle: Llevad vos, Señor, vuestra cruz a solas, aunque muy pesada sea, que no quiero yo ayudaros con llevar la mía, aunque pequeña? Los apóstoles compasión tuvieron, y lágrimas derramarían por la Pasión del Señor; mas porque huyeron de la imitar, fueron cobardes y ofendieron a Dios en ello como malos cristianos. Por tanto, no debéis considerar la Pasión y tener compasión como quien mira este negocio de talanquera, sino como quien ha de acompañar al

Señor en el mismo padecer. Y con mirarle a Él, cobrad vos esfuerzo para beber su cáliz con Él por mucho que os amargue.

Y lo primero, y principio de cosas mayores, en que le habéis de imitar, sea en la exterior aspereza y mortificación de vuestro cuerpo, para que tengáis alguna semejanza con el suyo divino, tan lleno de trabajos y tormentos, mayores que se pueden decir. Miradle con mucha atención, cómo gusta hiél y vinagre ; miradle en cuan estrecha cama está acostado ; cuan desnudo está de ropa, y cuan vestido de tormentos de pies a cabeza; y cobrad vos esfuerzo para huir los regalos de vuestro cuerpo en vestidos y cama y comida. Y en esto, y en todo lo que buenamente pudiéredes, trabajad vuestro cuerpo, y hacedlo vivir en cruz. Y lo que no pudiéredes, deseadlo de corazón, y pedid fuerzas al Señor para ello, y llorad, porque estando Él en la cruz, no merecéis vos acompañarle e imitarle en ella. Los deseos del cristiano, que se ejercita en pensar la Pasión, éstos han de ser, si quiere imitarla. Porque como el Señor vino del cielo a la tierra a conversar con los hombres, y a les enseñar el mejor y más seguro camino para ir allá, y en naciendo escogió pobreza, frío, destierro; y creciendo en edad, creció en trabajos, y el fin de su vida fue acrecentamiento de otros mayores; honró tanto estas cosas, aunque muy bajas, que por juntarlas consigo les dio quilates de honra, y señales de seguridad, y hermosura para ser codiciadas. Porque si un rey temporal con usar un traje lo hace honroso y digno de imitación para todos los que son sus vasallos, muy mejor lo hará el soberano Rey de los reyes, cuyo valor es mayor sin comparación que el de todo lo criado, por alto que sea. Y quien esto no siente, no debe ser vasallo perfecto de acueste Señor, pues no tiene por suprema honra ser semejante a Él. «Agradable cosa es, dice San Bernardo, imitar la deshonor del Crucificado; mas esto es para aquellos que no son ingratos al mismo

Crucificado.» Decidme: si un rey fuese por un camino a pie y descalzo, fatigado y sudando con la aspereza del camino, vestido de saco y llorando, como iba Santo Rey David, y todo para poner compasión, ¿qué criado suyo habría que, o de vergüenza o de amor, no fuese también a pie y descalzo, y conforme a su rey en cuanto pudiese? Y así dice la Escritura (2 Reg., 15, 16) que lo hicieron los criados y toda la gente que iban con el rey David. Y si el tal rey mandase a alguno de los criados que iban con él, que fuese cabalgando y con todo descanso, mandamiento recio sería para el tal criado, y suplicaríale de corazón no le hiciese tanto agravio, que yendo la Majestad Real tan mal tratada, fuese su siervo tan al revés de él. Y si todavía esto el tal rey mandase, obedeceríalo el criado; mas con tanta pena, que puestos los ojos en los trabajos del rey, no tomaría gusto en su corazón del descanso que de fuera llevaba; y teniéndose por más flaco y por menos honrado que los otros, tendría a muy mala dicha no oír conforme a su rey; y lo que le faltaba en la obra desearíalo en su corazón, teniendo el descanso en paciencia, y el padecer en deseo.

Tales para, cierto, el Crucificado a los corazones que en mirarlo se ocupan, «si empero son agradecidos», como San Bernardo dijo, a tan grande beneficio, como es abajarse Dios a caminar por este destierro, con tales trabajos cuales nunca hombre pasó; porque donde esto hay, no queda lanza enhiesta, y de dentro y de fuera hay entrañable deseo de *poner al Crucificado por sello en el corazón y en el brazo (Cant., 8, 6)*, como cosa de que no solamente no se angustien, ni se tienen por menos honrados; mas que, como Santiago (1, 2) dice, *tienen por entero gozo ofrecérseles varios trabajos*. Tal es la alteza de los agradecidos a este Señor, que a los ídolos de Egipto (*Ex., 8, 26*) a quien los mundanos precian y aman, que son honras, riquezas, deleites, ellos, con el cuchillo del amor de este Señor crucificado, los degüellan

animosamente, y se los ofrecen con mucho amor, agradeciéndole que los quiso admitir a su compañía; y andan buscando, abrasados con amor, todas las vías que pueden para más padecer, esforzados como elefantes, con ver derramada la sangre de su Señor. Y si acaece que cumpla al servicio de su Señor tomar ellos descanso, o tener riquezas u honras, acéptanlo por obediencia, y usan de ello con temor; y es menester que los consuelen, para que puedan ir a caballo, viendo ir a pie al que más que a sí aman. Tal es la alteza de la vida cristiana; y así muda Cristo las cosas desde la cruz, que lo amargo y despreciado hace dulce y honroso, y pone asco de gustar de aquello sobre que los mundanos se matan.

Esta eficacia deseo que obre en vos el pensamiento de la sacra Pasión, y que la améis tanto, que *traigáis su mortificación en vuestro cuerpo (2 Cor., 4, 10)*. Y si no hubiere quien os tire piedras, y encarcele y azote, como al Señor y a sus Apóstoles, *los cuales iban gozosos por padecer por su nombre (Act., 5, 41)*, buscad vos, en cuanto buenamente pudiéredes, en qué padecer, y agradecedlo mucho a Dios cuando se os ofreciere; porque usando bien de lo poco, el Señor os dé fuerza para más, y os envíe más.

Y estad advertida no tengáis en poco estas cosas, por ocasión de que dice San Pablo *(1 Tim., 4, 8) que el ejercicio corporal trae poco provecho*; porque ya que de estas cosas se entienda, no quiere que se tengan en poco en sí mismas, sino cotejadas a otras mayores; para provecho de las cuales, y para satisfacer la pena que en el purgatorio se debe, y aun para alcanzar más gracia y más gloria, y para servir al Señor de dentro y de fuera, pues en todo le somos deudores, no hay duda sino que estas cosas son muy convenientes. En lo cual el soberano Maestro da luz de lo que debemos sentir, cuando dijo, hablando de las cosas mayores, *conviene hacerlas*; y

hablando de las menores, *no conviene dejarlas* (Mt., 23, 23).

CAPITULO 77

Que la mortificación de las pasiones es lo segundo que se ha de sacar de la meditación de la Pasión de Cristo; y cómo se ha de usar este ejercicio para sacar este admirable fruto.

Lo que tras esto habéis de sacar de la meditación de la sacra Pasión, para que poco a poco vayáis subiendo de lo bajo a lo alto, ha de ser medicinar las llagas de vuestras pasiones con la medicina de la Pasión del Señor; al cual llama Isaías (11, 1) *flor de la vara de Jessé*; porque así como las flores suelen ser medios para dar salud, así Jesucristo, molido en la cruz y puesto en devota consideración sobre nuestras llagas, cuanto quier que sean peligrosas, son sanas por Él. Lo cual experimentaba San Agustín, y decía: «Cuando algún feo pensamiento me combate, voyme a las llagas de Cristo. Cuando el diablo me pone asechanzas, huyo a las entrañas de misericordia de mi Señor, y vase el demonio de mí. Si el ardor deshonesto mueve mis miembros, es apagado con acordarme de las llagas de mi Señor, el Hijo de Dios. Y en todas mis adversidades no hallé remedio de tanta eficacia como las llagas de Cristo; en aquéllas duermo seguro, y descanso sin miedo.» Lo mismo dice y experimentó San Bernardo, y experimentan todos aquellos que viéndose acosados de sus pasiones, como la cierva lo es de los perros, van con piadoso corazón a *beber de aquellas fuentes sagradas del Salvador* (Is., 12, 3), penosas para Él, y causadoras de gozo y fresco para nosotros.

Y allí experimentan ser gran verdad lo que en figura hizo Moisés, por mandamiento de Dios (*Núm.*, 21, 9).

cuando *alzó una víbora de metal puesta en un palo*, para que *siendo mirada de aquellos que eran picados de víboras ponzoñosas*, les librase de muerte y *diése salud*. La cual víbora, aunque por la figura parecía tener ponzoña, mas no la tenía, porque era víbora de metal. Y de esta manera Jesucristo nuestro Señor tiene verdadera carne, *semejante a la carne del pecado (Rom., 8, 3)*, porque era sujeta a penas; mas es ajena de todo pecado, porque es carne de Dios, y formada por Espíritu Santo, y guardada por Él; y puesto en lo alto de la cruz muerto en ella, libra de muerte, y da salud a todos los mordidos de las tentaciones que con fe y amor van a El. Y pues tan a la mano tenéis remedio tan poderoso para ser sana, no resta sino que vos tengáis cuenta muy particular con saber qué víboras os pican dentro de vos, examinando cada día, y muy despacio, qué inclinaciones tenéis en lo más hondo de vuestro corazón; qué pasiones vivas tenéis, cuáles son las culpas en que algunas veces caéis, y cosas de esta manera; con que estéis tan usada (acostumbrada) y tan resoluta en el conocimiento de vuestras faltas, que las tengáis delante vuestros ojos y en vuestras uñas, como dicen. A lo cual no llegaréis en breve tiempo, ni aun en mucho, si no sois ayudada de celestial lumbre, con que veáis las raíces de vuestro corazón; el cual es tan hondo, que no vos, sino Dios, lo puede acabar de escudriñar.

Y ayudaros ha mucho para este conocimiento considerar las virtudes que el Señor ejercitaba en su Pasión; pues Él ha de ser espejo en vuestra ánima, en lugar del que las mujeres casadas tienen para andar agradables a sus maridos. Mirad vos su mansedumbre, su caridad, su paciencia nunca vencida, su profundo silencio, y parecerán vuestras faltas por escondidas que estén. Y también os parecerán vuestras virtudes ser faltas (defectuosas, imperfectas), cotejadas con las de Él; y avergonzaros heis de lo uno y de lo otro. Mas no

desmayéis, sino presentaos con ellas, y no sin gemido, delante del Señor, como hace el niño que enseña a su madre la espina que tenía hincada en la mano, y con sus lágrimas pide a su madre que se la saque ; y así hará el Señor con vos. Porque así como es espejo que declara vuestras faltas, así con su ejemplo y salud es verdadero remedio de ellas. Y viéndole vos con tantas deshonras que por vuestro amor pasó, se encenderá vuestro corazón a desechar de vos la afición de la honra; y su paciencia matará vuestra ira; y su hiel y vinagre será remedio contra vuestra gula; y verlo *obediente* a su Padre *hasta muerte de cruz*, domará vuestra cerviz para obedecer a su santa voluntad, aun en lo muy trabajoso. Y cuando miráredes que el altísimo Dios humanado, Señor de cielos y tierra y de todo lo que en ellos hay, obedecía a los sayones cuando le querían desnudar y vestir, cuando le ataban y desataban, cuando le mandaban echar en la cruz y tender los brazos para ser enclavados, daros ha gana, y con gemido de corazón, si algún sentimiento tenéis, de ser obediente, no sólo a mayores e iguales, mas aun a menores, y de *sujetaros* por Dios, como dice San Pedro (1 *Petr.*, 2, 13), *a toda humana criatura*, aun para ser maltratada de todos. Y por esta forma morirá en vos la codicia, si miráis sus manos agujereadas, dando su sangre por el bien de los hombres, Dará que ellos cumplan lo que Él primero mandó cuando dijo (*Jn.*, 13, 34): *Amaos como Yo os amé*. Y, en conclusión, probaréis por experiencia que dijo San Pablo verdad (*Rom.*, 6, 6), *que nuestro hombre viejo fue crucificado con Cristo*.

Y si este remedio y victoria no lo sintiéredes luego como deseáis, no os desmayéis, ni os apartéis de lo comenzado; mas conociendo ser vuestra dureza y maldad mayor de lo que pensábades, gemid más, y pedid al Señor con mayor humildad que no permita su misericordia que quedéis vos enferma, pues Él, siendo Dios, padeció y murió para sanaros. Y tened esperanza

que no se hará sordo el que manda que le llaméis; y que no tendrá crueldades entrañas para veros enferma y dar voces a la puerta del hospital de su misericordia, que son sus llagas, y que un día u otro no os meta en ellas para curaros.

Mas avisóos, que no se hace este negocio en breve tiempo; y que aunque dijo San Pablo en pocas palabras (*Galat., 5, 24*), *que los que son de Cristo han crucificado su propia carne con sus vicios y deseos*, mas los que no se contentan con haber salido de pecado mortal, y quieren alcanzar perfecta victoria de sí mismos, venciendo las siete generaciones de enemigos que ocupan la tierra de promisión (*Siete generaciones* : esto es, siete pueblos o linajes que habitaban en Palestina a la llegada del Pueblo escogido, a saber : el Cananeo, Heteo, Heveo, Fereceo, Gergeseo, Jebuseo y Amorreo. [Véase *Jos., 3, 10*]), hallan por experiencia que lo que en una palabra se dice, en muchos años se cumple. Mas el soberano Señor suele proveer a los tales con esperanza de perfecta salud, dándoles de cuando en cuando salud de alguna particular enfermedad. Y así leemos que el capitán Josué, habiendo vencido cinco reyes, dijo a los suyos (*10, 24*): *Poned los pies sobre los cuellos de acuestos reyes, y no queráis temer; mas confortaos y sed esforzados; porque como el Señor ha vencido a éstos, así hará a todos vuestros enemigos, contra los cuales peleáis*. Haced vos así; determinad de morir o vencer; porque si no salís con victoria de vuestras pasiones, no podréis pasar adelante en el ejercicio de la familiar conversación del Señor. Porque aquel dulcísimo sueño que con sosiego en sus brazos se duerme, no es razón que se dé sino a los que primero han peleado, y con trabajos vencido a sí mismos. Ni pueden gozar de ser templos quietos del pacífico Salomón, si primero no son labrados con golpes de mortificación de pasiones, y quebrantamiento de voluntad. Ni el humo, que las pasiones no mortificadas

causan en el ánimo, deja tener la vista tan clara como conviene para *mirar al Rey en su hermosura (Is., 33, 17)*; ni dejan haber aquella pureza que ha menester el ánimo para unirse con Dios, a modo de casta esposa, por un modo particular, secreto, y guardado para aquellos a quien el Señor lo quiere dar, después de haber trabajado muchos años y con mucho amor, como hizo Jacob por Raquel (*Gen., 29, 30*).

CAPITULO 78

Que lo más excelente que habernos de meditar e imitar en la Pasión del Señor, es el amor con que por nosotros se ofreció al Eterno Padre.

Después de haber entrado en la primera sala exterior del templo del verdadero Salomón, que es considerar a Cristo en lo exterior, y después de haber, con el cuchillo de la divina palabra, sacrificado vuestras irracionales pasiones, que es oficio que se hacía en la sala del templo que se llamaba *Santa*, resta, si hemos de proseguir el camino, que procuremos de entrar en el *Sancta Sanctorum*, lugar más precioso, y fin de los otros lugares. Y si preguntáis cuál sea éste, dígoos que el Corazón de Jesucristo nuestro Señor, verdaderamente Santo de Santos. Porque así como Él no se contentó con padecer en lo de fuera, sino amando de corazón, así no debéis vos de parar en mirar e imitar lo que de fuera padece, si no entráis en su Corazón para mirarlo y para imitarlo. Y porque la entrada fuese más fácil, y lo que en su Corazón estaba encerrado más manifiesto, permitió Él que, después de muerto, aunque ya no sentía dolor, fuese abierto su Corazón sagrado, para que como por puerta abierta y llena de tanta admiración, los hombres se moviesen a entrarse por ella, como por cosa que se está convidando a mirar las hermosuras que contiene dentro de sí. Mas ¿quién las contará con la lengua, pues quien

allá entra y las mira, no puede alcanzar cuan grandes son, y aun aquello que alcanza no lo puede decir?

San Juan dice, en figura de esto, *que se abrió el templo de Dios, y fue vista en él el Arca del Testamento (Apoc, 11, 19)*. Porque en el Corazón de Cristo está obrada la Ley de Dios y está guardado el maná del Pan celestial, y el amansamiento (aplacamiento [propiciatorio]) de Dios precioso y cumplido, significado en la cobertura de oro de la antigua Arca; y todo esto con tanta excelencia, que excede a todo lo que se puede pensar. Santo Rey y Profeta David dice (*Ps. 39, 6*): *Muchas maravillas hiciste, Señor Dios mío; y en tus pensamientos, que para mi provecho tuviste, no hay semejante a Ti*. Maravilloso es todo lo que Dios ha hecho, y más maravilloso lo que ha padecido; mas si miráredes a los pensamientos de su Corazón, que cuando padecía tenía, casi olvidada de todo lo otro, diréis con alto clamor de vuestra ánima: *¡Señor, no hay semejante a Ti!* Preguntadle, doncella, cuando le viéredes dejarse atar las manos y cuello, cuando le viéredes padecer bofetadas, espinas, clavos y muerte, que os haga merced de os decir por qué, siendo tan fuerte y tan poderoso, se deja tratar como flaco sin ninguna resistencia. Y responderos ha San Juan en su nombre (*Apoc, 1, 5*): *Nos amó y nos lavó con su sangre de nuestros pecados*. Rumiad estas palabras, asentadlas en vuestro corazón, y paraos a pensar cuan excesivo y admirable amor es aquel que así arde en el Corazón, que hace pasar tales cosas de fuera. Decid entre vos misma: ¿Qué persona habría por quien yo, u otro como yo, tales cosas pasase sin pretender propio interés, sino por puro amor de la otra persona? Y veréis que padecer *todo esto* que el Señor padeció, no es cosa que se debe buscar en otra persona: porque ninguna tendría para ello fuerzas. Mas pasar algo de lo que Él pasó, por ventura se podría hallar entre padres e hijos, o entre hermanos o amigos, o entre

casados, o gente de esta manera; a la cual, o la necesidad o el parentesco o la amistad suele poner fuerzas, o para padecer o para morir, aunque muy pocas veces. Mas padecer por extraños y sin propio interés, y sin lo deber, y morir por puro amor, cosa es no vista.

Y si se viese, aunque fuese morir un esclavo por un rey, cuanto más precediendo a su muerte algunos azotes y tormentos de los muchos que el Señor padeció, hazaña sería por la cual el esclavo alcanzaría perdón, aunque muchas maldades hubiese hecho; y juzgarían todos que había merecido que el rey le hiciese mercedes, si en la otra vida se las pudiese dar. Y muchos días no se caería de la boca de los hombres tal hazaña, y aun el rey la contarla con mucha ternura y agradecimiento.

Pues volvamos esto al revés, que el rey muera después de haber sufrido muchos tormentos y graves deshonras por su esclavo, del cual no ha recibido servicio ninguno, antes graves ofensas, dignas de muy cruel muerte; y que la causa de morir el rey sea por puro amor que a este esclavo tenía, cosa es ni vista ni oída, y de tan excesivo amor, que pondría en grandísimo espanto a los que lo oyesen, y que diese materia de predicar la bondad de aquel rey por muchos días y aun por toda la vida. Y sería tan admirable, tan nuevo y tan alto este amor, que algunos, de flaca virtud y de poco juicio, se escandalizasen, y no sintiesen de la tal obra como debían, diciendo ser demasía que la real Majestad, llena de toda virtud, diese su vida preciosa porque el mal esclavo viviese, mereciendo justísimamente la muerte. Y si aun, sobre esto, se añadiese al negocio, que aquel rey fuese tan sabio y tan poderoso, que con mucha facilidad, sin padecer nada y sin hacer a nadie injusticia, pudiese librar de la muerte a aquel su esclavo, y con todo esto quisiese encumbrar tanto su amor y darlo a entender, que quisiese pasar tales y tantas cosas cuales nunca nadie

pasó, porque esto le estaba mejor al esclavo, cierto es que habría pocos ojos que pudiesen mirar a tan alto sol de amor abrasado. Y si alguno tuviese tan buen sentido, que sintiese de esta obra como debía sentir, maravilla sería, si de admirado y de espantado no saliese fuera de sí. Y si esto acaeciera a persona que no había recibido del rey este beneficio, sino de sólo pensar que se había hecho por otro, ¿qué se debe creer que obraría en el corazón del esclavo por quien el rey había muerto, si algún juicio tuviese? ¿No os parece que tal golpe de tal amor lo despertaría, lo mudaría y lo cautivaría tanto del amor de aquel rey, que ni pudiese callar sus alabanzas, ni acordarse de Él sino con lágrimas, ni ocuparse en otra cosa que en amar y agradar a su rey, padeciendo por él todo lo posible?

¿Habéis entendido acuesta parábola, que nunca en el mundo se ha puesto por obra? Pues sabed que lo que los reyes de la tierra no han hecho, lo hizo el Rey celestial, Jesucristo, del cual dice San Juan (*Apoc*, 19, 16), *que traía escrito en su muslo: Rey de los reyes y Señor de señores*; porque aun por la parte que es hombre y tiene humana naturaleza—significada en el muslo—, es tanta su alteza, que excede a todos los señores y reyes criados, no sólo los que hay en este mundo, mas en el cielo, teniendo *nombre sobre todo nombre* (*Filp.*, 2, 9) y alteza y señorío sobre todos los altos hombres y ángeles, chicos y grandes. Mirad esta alteza, a la cual no hay igual, y bajad vuestros ojos a mirar la bajeza de los esclavos por quien padece, y veréis que, como dice San Pablo (*Rom.*, 5, 6), somos flacos y pecadores y traidores contra Dios, y enemigos suyos. Los cuales títulos son de tanta deshonra y bajeza, que ponen al hombre en el lugar y precio más vil que en todo lo criado hay; pues que no hay cosa tan baja como el ser malo; y ninguna cosa hay mala sino el pecador, por ser pecador. Cotejando, pues, estos extremos tan diferentes de tan alto Rey y tan malos

esclavos, mirad ahora lo mucho que Él a ellos amó; andad acá al Corazón del Señor, y si tenéis ojos de águila, aquí los habréis menester, y aun no os bastarán para mirar el resplandeciente y encumbrado amor que aquella santísima ánima tiene en tanto grado, que aun aquellos más altos ángeles del cielo, que porque aman mucho, tienen por nombre Serafines, que quiere decir *encendidos*; si vinieran al monte Calvario al tiempo que el Señor padecía, se admiraran de su excesivo amor, en cuya comparación el amor de ellos era tibieza. Porque así como aquella sacratísima Anima tiene la mayor alteza y honra que nadie puede tener en cielos ni en tierra, porque en siendo criada, luego fue unida a la Persona del Verbo de Dios; así *le fué infundido el Espíritu Santo sin medida ninguna (Jn., 3, 34)*, y le fue dada tal gracia y amor, que ni ellos pueden más crecer, ni en el Anima puede más caber. De manera, que con mucha razón conviene a esta santísima Anima lo que está escrito (*Cant., 2, 4*): *Metíome el Rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad*; o según otra letra: *Puso sobre mí su bandera de amor*. Porque como esta Anima, en siendo criada, luego vio claramente la divina esencia, y la amó fortísimamente, *fue puesta sobre ella la bandera del amor* santo, para dar a entender que ella fue la más vencida de amor que hombre ni ángel en el cielo ni en [la] tierra. Y porque en la guerra del amor de Dios, quien es más vencido es más dichoso, más digno y más esforzado, *lleva esta benditísima Anima la bandera del amor*, para que sepan todos los que quisieren amar en el cielo y en la tierra, que a este Señor han de seguir para saberlo hacer, como discípulos a maestro, y como soldados a su capitán; pues a todos excede en el amar, como les excede en el señorío.

Y pues tal fuego de amor estaba metido en lo más dentro de aquella sacratísima Anima, no es mucho que salga la llama de fuera, y que abrase y queme las

vestiduras, que son su sacratísimo Cuerpo, lleno de tales tormentos, que dan testimonio del amor interior. Porque escrito está (*Prov., 6, 27*): *¿Quién pueda tener el fuego en el seno, que no se le quemén las vestiduras?* Y cuando de fuera le viéredes que le atan las manos con crueles cordeles, entended que está preso de dentro con lazos de amor, tanto más fuertes que los de fuera, cuanto exceden cadenas de hierro a hilos de estopa. Este amor, éste, fue el que le enflaqueció, venció y prendió, y le trajo de juez en juez, y de tormento de azotes a tormento de crueles espinas, y le puso la cruz encima, y lo llevó al monte Calvario, donde Él fue puesto encima de ella, y tendió sus brazos para ser crucificado, en señal que tenía su Corazón abierto con amor, tan extendido para con todos, que del centro de su Corazón salían resplandecientes y poderosos rayos de amor, que iban a parar a cada uno de los hombres pasados, presentes y por venir, ofreciendo su vida por el bien de ellos. Y si de fuera lleva el gran Sacerdote escritos los nombres de los doce hijos de Israel sobre sus hombros y también en su pecho (*Ex., 28, 21*), muy mejor los lleva el nuestro encima sus hombros, padeciendo por los hombres, y los tiene escritos en su Corazón. Porque los ama tan de verdad, que si el primer Adán los vendió por una manzana, [y,] ellos se venden por cosas muy viles, queriéndose, mal, por amar la maldad; este Señor amoroso los precia y ama tanto, que por los rescatar de cautiverio tan miserable, se dio Él en precio por ellos, en testimonio que los ama más que ellos se aman a sí, ni que nadie los ama.

CAPITULO 79

Del abrasado amor con que Jesucristo amaba a Dios y a los hombres por Dios; del cual amor, como de fuente, nació lo mucho que exteriormente padeció; y que fue mucho más lo que padeció en lo interior.

Si el corazón del hombre es tan malo, como Jeremías

(17, 10) dice, *que no hay quien lo pueda escudriñar sino Dios, y cuanto más se cava en la pared de él, se descubren mayores abominaciones, como fué mostrado en figura a Ezequiel (8, 9), ¿con cuánta más razón podremos decir que el Corazón de Jesucristo nuestro Señor, por ser más bueno que los otros son malos, no habrá quien del todo lo pueda escudriñar, sino el mismo Señor, cuyo es? Cosa es digna de admiración, y que debe bastar para robarnos el ánima y cautivarnos de Dios, el excesivo amor de su Corazón, que se manifestó en padecer muerte y Pasión por nosotros, según hemos dicho. Mas si con lumbre del cielo caváis más, y escudriñáis este relicario de Dios, lleno de inefables secretos, veréis dentro de él tales efectos de amor, que nos pongan en mayor admiración que lo que de fuera pasó. Para lo cual os debéis de acordar que en la villa de Bethsaida, curando el Señor a un hombre sordo, dice el Evangelio *que alzó el Señor sus sagrados ojos al cielo, y gimió (Mc., 7, 34)*, y tras esto curó al enfermo. Aquel *gemido* que de fuera sonó, uno era, y en breve tiempo se pasarla; mas fue testimonio de otro gemido, y gemidos entrañables, y que le duraron, no por un rato breve, sino por meses y años.*

Porque habéis de saber, que en siendo criada aquella santísima Anima, e infundida en su cuerpo en el vientre virginal de nuestra Señora, luego vio tan claramente como ahora la divina Esencia, que por su alteza es llamada *cielo* con mucha razón. Y en viéndola, juzgó ser digna de toda honra y servicio; y así se lo deseó, con inefables fuerzas de amor que le fueron dadas para amar. Y aunque la ley ordinaria del que ve a Dios claramente sea ésta, que sea bienaventurada en cuerpo y en ánima, y ninguna pena pueda tener; mas porque nosotros pudiésemos ser rescatados por los preciosos trabajos de este Señor, fué ordenado que la bienaventuranza y gozo se quedase en la parte superior

de su Anima, y que no redundase en la interior, ni en el cuerpo; renunciando lo que justamente le era debido de gozo, por aceptar y sufrir las penas que nosotros debíamos.

Y si aquella santísima Anima, que alzó los ojos de su entendimiento al *cielo* de la Divinidad, no tuviera otra cosa que mirar sino a Ella, no hubiera de qué tomar pena, pues es Dios tal bien, que de su vista no puede venir sino amor y gozo. Mas como también vio todas, las ofensas que los hombres habían hecho contra Dios desde el principio del mundo, y las que se habían de hacer hasta el fin de él, fue tan entrañable su dolor de ver ofendido aquel *cielo* de la divina Majestad, cuan grande el deseo que tenía de verla servida. Y como no hay quien pueda alcanzar la grandeza de este deseo, tampoco hay quien pueda alcanzar la grandeza de aquel su dolor. Porque el Espíritu Santo, que *le fue dado sin medida (Jn., 3, 34)*, que es figurado en el fuego, la abrasaba con grandísimo amor para amar a Dios; y el mismo Espíritu Santo, figurado en paloma, le hacía amargamente gemir, por ver ofendido al que inefablemente amaba.

Mas para que veáis cómo este cuchillo de dolor, que atravesaba el Corazón del Señor, no le hería por sola una parte, mas que era de entrambas partes agudo y muy lastimero, acordaos que el mismo Señor, *mirando al cielo gimió y lloró sobre Lázaro (Jn., 11, 35), y sobre Jerusalén (Lc., 19, 41)*. Y como San Ambrosio dice: «No es de maravillar que se duela de todos quien por uno lloró.» De manera,; que ver a Dios ofendido, ya los hombres perdidos por el pecado, era cuchillo de dos filos que entrañablemente lastimaba su Corazón, por el inestimable amor que a Él tenía por Sí y a los hombres por Él, deseando la satisfacción de la honra divina y el remedio de los hombres, aunque fuese muy a su costa. ¡Oh Jesús benditísimo!, que verte de fuera atormentado

quebra el corazón del cristiano, y verte de dentro quebrantado con algunos dolores, ni hay vista ni fuerza que lo pueda llevar. Tres clavos, Señor, rompieron tus manos y pies con graves dolores; setenta y tantas espinas se dice que penetraron tu divina cabeza; tus bofetadas e injurias muy muchas fueron; y de los azotes que recibió tu delicadísimo cuerpo, se dice que pasaron de cinco mil. Por lo cual, y por otras muchas penas que en tu Pasión concurrieron, tan graves, que otro que Tú que las pasaste no las alcanza, fue dicho en tu persona mucho tiempo antes (*Thren., 1, 12*): *Todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor igual al mío.* Y con todo esto, Tú, cuyo amor no tenía tasa, buscaste y hallaste invenciones nuevas para traer y sentir dentro de Ti dolores que excediesen en número a los clavos, azotes y tormentos que de fuera pasaste, y durasen más tiempo y fuesen más agudos para te herir. Isaías (53, 6) dice: *Cada uno de nosotros se perdió por su camino, y el Señor puso sobre su Mesías los pecados de todos nosotros.* Y esta sentencia tan rigurosa de la divina justicia, tu amor, Señor, la hubo por buena; y echaste sobre tus costas, y te hiciste cargo de todos los pecados, sin faltar uno, que todos los hombres hicieron, hacen y han de hacer desde el principio del mundo hasta que se acabe, para pagarlos Tú, Señor, amador nuestro, con dolores de tu Corazón.

¿Mas quién contará el número de tus dolores, pues tampoco hay quien cuente el número de nuestros pecados, que los causaron, sino Tú solo, Señor, que los pasaste, hecho por nosotros *varón de dolores, y que pruebas por experiencia trabajos?* (*Is., 53, 3*). Un solo nombre dice de sí *que tenía más pecados que cabellos en la cabeza* (*Ps., 39, 12*). Y sobre esto, aun dice que le perdone Dios los otros pecados que tiene y no los conoce (*Ps., 18, 14*). Pues si uno, que es David, tantos tiene, ¿quién contará los que tienen todos los hombres, muchos de los cuales hicieron más y mayores pecados que no

David? ¡ En cuánto trabajo te metiste, oh *Cordero de Dios, para quitar los pecados del mundo!*, en cuya persona fue dicho (*Ps., 21, 13*): *Cercáronme muchos becerros; y los toros gruesos me rodearon: abrieron sobre mí su boca como león que brama y hace presa.* Mas aunque en el huerto de Getsemaní te fueron, Señor, a prender una capitania de mil hombres del brazo seglar, sin la gente enviada por los Pontífices y fariseos, los cuales con mucha crueldad te cercaron y prendieron; mas a quien mirare la muchedumbre y grandeza de todos los pecados del mundo que han cercado tu Corazón, poca gente le parecerá la que aquella noche te fue a prender, en comparación de los que cercan a tu Corazón. ¡ Qué vista, Señor, tan espantable ! ¡ Qué retablo tan feo, y para dar tanta pena, traías delante de Ti, cercado de nuestros *grandes* pecados, significados por los *becerros*, y de los *muy grandes*, significados por los *toros*! ¿Quién contará, Señor, cuan feos pecados han acaecido en el mundo, que presentados delante tu inefable limpieza y santidad, te pondrían espanto, y como *toros* con bocas abiertas arremetían a Ti, pidiendo que Tú, Señor, pagases la pena que tanta maldad merecía? ¡Con cuánta razón se dice adelante (v. 15) que *fuiste derramado como agua, con tormentos de fuera, y tu Corazón fue derretido como cera, con fuego de dolores de dentro!* ¿Quién, Señor, dirá que puede más crecer el número de tus dolores, pues tan sin número son nuestros pecados?

CAPITULO 80

En que se prosigue la ternura del amor de Cristo para con los hombres, y lo que le causaba el interior dolor y cruz de su Corazón, que tuvo toda la vida.

De lo dicho se verá cuántos y cuan grandes fueron los dolores del Señor, pues fueron tantos y tan grandes los pecados nuestros que los causaban.

Mas si caváremos en lo más dentro del Corazón del Señor, hallaremos en él dolores por los pecados que los hombres han hecho, y dolores por los pecados que nunca hicieron. Porque así como el perdón de los unos cayó, Señor, sobre Ti, así la preservación de los otros te ha de costar dolores y muerte; pues que la gracia y los favores divinos que preservaron de pecar, a nadie se dio de balde, sino a costa de tus preciosos trabajos. De manera, Señor, que todos los hombres cargan de Ti, chicos y grandes, pasados, presentes y por venir; los que pecaron, y que no pecaron; y los que mucho y los que poco. Porque mirados todos en sí, eran *hijos de ira*, sin gracia de Dios, y desterrados del cielo, inclinados a todo pecado. Y si han de recibir perdón, y han de recibir gracia, y evitar los pecados, y ser hijos de Dios, y gozar de Dios para siempre en el cielo, todo. Señor, ha de ser a tu costa, pagando los males y comprando los bienes: y todo tan a tu costa, que vayan proporcionados los dolores, en número y en grandeza, con lo mucho que estas cosas valen; y aun ha de sobrepujar tu precio a lo que compras, para que así enseñes tu amor, y nuestra redención iy consuelo sean más firmes.

i Qué caro, Señor, te cuesta el nombre de *Padre del siglo que está por venir*, que Isaías (9, 6) te puso! Pues así como ningún hombre hay que, según la generación de la carne—que se llama *el primer siglo*—, no venga de Adán, así tampoco lo hay quien, según el ser de la gracia, no venga de Ti. Mas Adán fue mal *padre*, que por malos placeres mató a sí y a sus hijos; mas Tú, Señor, alcanzaste el nombre de *Padre* a costa de tus dolorosos gemidos, con los cuales, como leona que brama, diste vida a los que el primer padre mató. Aquél bebió la ponzoña que la víbora le dio, y fue hecho padre de víboras, pues engendró hijos pecadores; mas todos sus hijos, que mirados en sí mismos, son víboras ponzoñosas,

se asieron, Señor, de tu Corazón, y te daban bocados de dolor nunca visto; y no solamente por tiempo de dieciocho horas que duró tu sagrada Pasión, mas por treinta y tres años enteros, desde veinticinco de marzo, que según hombre, fuiste concebido, hasta veinticinco de marzo, [que] perdiste la vida en la cruz.

Tú mismo te llamaste Madre, cuando dijiste hablando con Jerusalén: *¡Cuántas veces quise meter tus hijos debajo de mis alas, como la gallina, y tú no quisiste! (Mat., 23, 37)*. Y para dar a entender que tu Corazón tiene amor particular y ternura, te comparaste con la gallina, que es la que particularmente pierde su frescura, y se aflige por lo que toca a sus hijos. Y no sólo eres como ella, mas sobrepujas a ella y a todas las madres, como Tú, Señor, dijiste por Isaías (49, 15): *¿Por ventura puédesse olvidar la madre del niño que parió de su vientre? Pues si ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti, porque te tengo escrita en mis manos, y tus muros están siempre delante de mí. ¿Quién, Señor, podrá escudriñar, por mucho que cave en tu Corazón, los inefables secretos de amor y dolor que están encerrados en Él? No te contentas. Señor, con tener amor fuerte, y padecer trabajos de padre; mas para que ningún regalo nos falte y ningún trabajo a Ti, quieres sernos madre en la ternura del amor, que les suele causar entrañable afección. Y aún más que madre, pues que de ninguna leemos que por acordarse siempre de su hijo, haya escrito algún libro, en el cual duros clavos sean la péndola, y sus propias manos sean el papel; y que hincándose en las manos, y traspasándolas, salga sangre en lugar de tinta, que con graves dolores dé testimonio del grande amor interior, que no deja poner en olvido lo que delante las manos traemos. Y si esto que en la cruz pasaste, enclavadas tus manos y pies, es cosa que excede a todo el amor de las madres, ¿quién contará aquel grande amor y grande dolor con que trajiste en el vientre de tu Corazón a todos los hombres, gimiendo sus*

pecados con gemidos de parto, no por una hora ni por un día, mas por todo el tiempo de tu vida, que fue treinta y tres años, hasta que como otra Raquel (*Gen., 35, 18*), moriste de parto en la cruz, para que naciese Benjamín vivo? Las víboras que dentro de Ti mismo traías, te daban, Señor, tales bocados, que te hicieron reventar en la cruz, para que a costa de tus dolores, las víboras se trocasen en simplicidad y mansedumbre de ovejas, que a trueque de tu muerte alcanzasen vida de gracia.

Cuan justamente, Señor, puedes llamar a los hombres, si miras lo que pasaste por ellos, *hijos de mi dolor*, como llamó Raquel a su hijo (*Gen., 35, 18*); pues que el dolor que sus pecados te dieron, fue mayor que el deleite que ellos tomaron cuando pecaron. Y fue mayor tu humildad y quebrantamiento interior, que el desacato y soberbia que ellos tuvieron contra el Altísimo cuando le ofendieron, quebrantando sus leyes; para que de esta manera lo más venciese a lo menos, y tus dolores a nuestros pecados.

Más te dolieron, Señor, los pecados ajenos, que a ningún hombre dolieron los propios. Y si leemos de algunos que tanto arrepentimiento tuvieron de haber pecado que, no pudiendo caber en ellos tanto dolor, perdieron la vida, ¿qué dolores obró en Ti aquel amor sin medida que a Dios y a los hombres tuviste, pues que una centella de acueste amor, infundido en los corazones de aquéllos, los apretó tanto que los hizo reventar como pólvora? De muchos leemos y sabemos, que por oír una nueva que les fuese muy penosa, perdieron la vida. Dinos Tú, Señor, por tu misericordia, ¿cómo tuviste fuerzas para sufrir aquella nueva tan triste, cuando de nuevo te fueron presentados todos los pecados de todos los hombres, amándolos mucho más que ningún hombre amó a otro, ni se amó a sí mismo; y siendo el mal que de ellos viste mayor—y conociéndolo Tú por tal—, que ningún otro mal

que pueda venir? ¿Y cómo, Señor, tuviste fuerzas para ver a tu Divinidad ofendida, y vivir, pues que no tiene medida el amor que le tienes? ¡Y viviste, Señor, cuando oíste estas nuevas, y viviste con el dolor de ellas por toda tu vida! Mas si no te fueran dadas fuerzas particulares para sufrir tales dolores, obraran en Ti la muerte, que menores dolores obraron en otros. De manera, Señor, que no una muerte, mas muchas te debo.

Y aunque por estos dolores, que como Madre, por los hombres pasaste, puedes con mucha razón llamarles *hijos de mi dolor*, según hemos dicho; mas como también eres Padre, llámaslos *hijos de mi mano derecha*, como hizo Jacob (*Gen., 35, 18*), porque en ellos se ejercita y manifiesta la grandeza de tu mano, que es tu poder, pues los sacas del pecado, y los pones en tu gracia en este siglo; y en el día postrero los pondrás a Tu mano derecha, para que te acompañen en la gloria, sentados con grande reposo y seguridad, como Tú, Señor, lo estás a la mano derecha del Padre, dando por bien empleado todo lo que trabajaste con ellos.

CAPITULO 81

De otras provechosas consideraciones que se pueden sacar de la Pasión del Señor; y de otras meditaciones que de otras cosas se pueden tener; y de algunos avisos para, los que no fácilmente pueden seguir lo ya dicho.

Si bien habéis mirado lo que se os ha dicho acerca del misterio de la Pasión de Jesucristo nuestro Señor, sacaréis que habéis de mirar lo que de fuera padece (Cap. 76), y las virtudes de paciencia y humildad y semejantes a ellas que dentro tiene (Cap. 77), y especialmente su amoroso y compasivo Corazón, del cual todo lo otro procede (Caps. 78-80), y

esforzaros a compadecer de todo lo que pasa el Señor, y a le imitar.

Mas tened entendido, que otras muchas consideraciones provechosas podéis tener acerca de la Pasión del Señor. Porque en ella podéis conocer, según en este destierro se sufre, cuan preciosa es la bienaventuranza, y cuan grandes los infernales tormentos, cuan preciosa la gracia, cuan dañoso y aborrecible el pecado, pues por comprarnos Cristo estos bienes y librarnos de estos males, siendo quien es, padeció tanto. Libro es en que podéis leer la inmensa bondad divinal, y la dulcedumbre de su amor, y también el admirable rigor de la divina justicia, que así castigó por pecados ajenos al mismo Juez.

Y porque tenía deseado y pensao de proseguir esta materia más largo, y pasar a la consideración de la Divinidad por el escalón de la santísima Anima de Jesucristo nuestro Señor, y mi poca salud no da lugar, no os digo más; porque lo que aquí escribo es lo postrero de este Tratado, salvo encomendaros la perseverancia de la meditación de esta sagrada Pasión. Porque aunque he visto a personas ejercitarse en ella años y años, sin gustar mucho de ella, mas perseverando, les ha pagado nuestro Señor lo que antes les había dilatado, que dieron por bien empleados los trabajos pasados con la paga presente.

También os aviso que hay otros ejercicios de meditación para caminar al Señor; así como la meditación de las criaturas y de los beneficios de Dios, y por vía del recogimiento del corazón que entiende en amar, que es el fin de todo pensamiento y de toda la Ley; y que como hay diversos ejercicios, hay diversas inclinaciones en los hombres, y es muy gran merced del

Señor poner al hombre en aquello que le ha de ser provechoso; lo cual cada uno le debe pedir con mucha instancia, y procurar, por lo que en si siente, dando relación de ello a quien más sabe, de atinar con qué ejercicio le va mejor, porque aquél es el que debe seguir. Y también conviene avisar, que hay algunas personas tan ocupadas en cosas exteriores, que no se pueden dar, a lo menos con espacio, a ejercicios interiores, por lo cual reciben desconsolación y desabrimiento. Los cuales, si no pueden lícitamente dejar las tales ocupaciones, deben contentarse con el estado que el Señor les dio, y con diligencia y alegría cumplir con su obligación, y esforzarse lo que pudieren a tener presente a nuestro Señor, por cuyo amor hagan sus obras.

Y porque hay algunos que tienen una natural inquietud en el ánimo, y del todo indevota y seca, que aunque mucho tiempo y cuidado gasten en el ejercicio interior, ninguna cosa aprovechan, es menester avisarles, que pues el Señor no les da espíritu de larga e interior oración, se contenten con rezar vocalmente a los pasos de la Pasión; y yendo rezando, piensen, aunque brevemente, en aquel mismo paso; y tengan alguna imagen devota a que miren, y lean libros devotos de la Pasión; porque muchas veces acaece, de estos escalones subir al ejercicio del pensar interior. Y si el Señor quisiere que no suban más, agradézcanselo por quererlos llevar por aquel camino.

Sepan también los escrupulosos y entristecidos, que no se contenta el Señor de que siempre anden pensando en los pecados que han hecho, sepultados en tristeza y desmayo, como Lázaro en el sepulcro; mas que es su voluntad, que tras la mortificación y penitencia que han hecho, por la cual tienen semejanza con su Pasión, tengan también consuelo con la esperanza del perdón, por la cual sean semejantes a su Resurrección; y que,

pues han besado sus sacratísimos pies, llorando pecados, se levanten a besarle las manos por los beneficios recibidos, y caminen entre temor y esperanza, que es camino seguro.

Y concluyo con esto, con avisaros que, porque haya habido algunos que por ignorancia y soberbia han errado el camino de la oración, no toméis vos ocasión de la dejar: pues la ajena caída no nos debe apartar del bien, mas entender con mayor cautela en nuestro negocio. Y más os debe esforzar para lo seguir el saber que Jesucristo nuestro Señor y sus Santos han caminado por él para nuestro ejemplo, que no desmayaros los pocos que lo han errado; pues por maravilla hay cosa buena, de la cual algunos no hayan usado mal.

CAPITULO 82

De cuan atentamente nos OYE y piadosamente nos MIRA el señor, si le sabemos manifestar nuestras llagas con el dolor que se debe; y cuan pronto es a las sanar, y hacer otras muchas mercedes.

Tiene esto la gran bondad del Señor, que para que sus mandamientos y leyes sean de nosotros guardados, hácelos fáciles en sí, y más fáciles en querer Él mismo pasar por ellos. Hanos mandado, según hemos oído, que *le oigamos y miremos, y le inclinemos nuestra oreja*. Lo cual todo es muy justo y ligero; porque a tal Maestro, ¿quién no le oirá? A luz tan deleitable, ¿quién no se deleitará en mirar? A Sabiduría infinita, ¿quién no le inclinará su oreja?

Mas para que lo ligero sea más ligero, quiso Él pasar por esta ley que a nosotros pone, y la cumple con gran diligencia. *Él nos oye, Él nos ve, y nos inclina su oreja*, para que no digamos: No tengo quien mire por mí,

ni quiera escuchar mis trabajos: Gran consuelo es para un desconsolado tener una persona que, a cualquier rato del día y de la noche, esté desocupada y de buena gana para oírle sus penas, y que esté siempre, sin faltar un momento, mirando a sus miserias y llagas, sin decir: ¡Cansado estoy de ver miserias, y asco me dan vuestras llagas! Y aunque esta tal persona fuese de muy duro corazón, querríamos que siempre nos oyese y nos viese; porque creeríamos que, dando siempre en su corazón la gotera de nuestros trabajos, que como por canal entra a él por las orejas y ojos, algún día cavaría en él y sacaría compasión; pues por duro que fuese, no sería tanto como piedra, la cual es cavada de la blanda gotera, aunque algún rato cese de dar. Y aunque supiésemos que esta tal persona ningún remedio nos podía dar para nuestros trabajos, nos consolaríamos mucho con sola la compasión que de nos tuviese. Pues si a esta tal persona debíamos mucho agradecimiento, ¿qué debemos a Dios nuestro Señor? Y ¿cuan alegres debemos de estar por tener sus orejas y ojos puestos en nuestros trabajos, que ni un solo rato los aparta de nos? Y esto, no con dureza de corazón, mas con entrañable misericordia; y no con misericordia de corazón solamente, mas con entero poder para remediar nuestras penas. Bendito seas, Señor, para siempre, que no eres sordo ni ciego a nuestros trabajos, pues siempre los oyes y ves; ni cruel, pues se dice de Ti (*Ps. 102, 8*): *Hacedor de misericordias, y misericordioso de corazón es el Señor, esperador y muy misericordioso.* Ni tampoco eres flaco, pues todos los males del mundo son flacos y pocos, comparados a tu infinito poder, que no tiene fin ni medida.

Leemos que en tiempos pasados concedió Dios una maravillosa victoria de sus enemigos al rey Ezequías (*4 Reg., 19, 35*), el cual, según dicen algunos, no hizo al Señor, que le dio la victoria, aquellas gracias y cantares que se le debían y solían en semejantes mercedes hacer; por lo cual Dios le hizo enfermar, y tan gravemente, que

ningún remedio por naturaleza tenía. Y porque con falsa esperanza de vivir no se olvidase de poner cobro a su ánima, fue a él el Profeta Isaías (38, 1) y díjole, por mandado de Dios: *Esto dice el Señor: Ordena tu casa, porque sábete que morirás y no vivirás.* Con las cuales palabras atemorizado el rey Ezequías, vuelve su cara a la pared, y lloró con gran lloro, pidiendo al Señor misericordia. Consideraba cuan justamente merecía la muerte, pues no fue agradecido al que le había dado la vida; y miraba la sentencia de Dios ya contra él dada, que decía: *No vivirás.* No hallaba otro superior que Aquel que la dio, para pedir que se revocase; y aunque lo hubiera, no tuviera buen pleito, pues al desagradecido justamente se le quita lo que misericordiosamente, se le había dado. Veíase *en mitad de sus días*, y acabarse en él la generación real de David, porque moría sin hijos. Y allende de todo esto, era combatido de todos los pecados de su vida pasada, cuyo temor más suele penar a la hora postrera. Y con estas cosas estaba su corazón quebrantado con dolor, y turbado así como mar; y adondequiera que miraba; hallaba muchas causas de temor y tristeza. Mas entre tantos males, halló el buen rey remedio, y fue pedir medicina al que le habla llagado, seguridad a quien le habla amedrentado, convertirse por arrepentimiento y esperanza, al mismo de quien por ensoberbecerse huyó. Y al mismo Juez pide que le sea abogado, y halla camino como apelar de Dios, no para otro más alto, mas apela del justo para el misericordioso. Y las razones que alega son acusarse, y la retórica son sollozos y lágrimas. Y puede tanto con estas armas en la audiencia de la misericordia divina, que antes que el Santo Profeta Isaías, pregonero de la sentencia de muerte, saliese de la mitad de la sala del rey, *le dijo el Señor: Torna, y di al rey Ezequias, capitán de mi pueblo: Oí tu oración, y vi tus lágrimas; yo te concedo salud, y te añado otros quince años de vida; y libraré esta ciudad de mano de tus enemigos.*

—Señor, ¿qué es acuesto? ¿Tan presto metes tu espada en la vaina, y tornas la ira en misericordia? ¿Unas pocas de lágrimas, derramadas, no en templo, mas en el rincón de la cama, y no de ojos que miran al cielo, mas a una pared, así te hacen tan presto revocar la sentencia que tu Majestad había dado y mandado notificar al culpado? ¿Qué es del sacar del proceso? ¿Qué es de las costas? ¿Qué es de los términos? ¿Qué es del presentar unos y otros testigos? ¿Qué es de tenerse por afrentado el juez, si le revocan la sentencia que dio?

Todo lo disimulas con el amor que nos tienes, por estar atento a nos hacer mercedes, y dices: *Oí tu oración, y vi tus lágrimas.* Todo término se te hace breve para librar al culpado. Porque ninguno deseó tanto alcanzar su perdón, cuanto Tú deseas darlo: y más descansas Tú con haber perdonado a los que deseas que vivan, que no el pecador con haber escapado de muerte. No guardas leyes ni dilaciones; mas las leyes serán que los que hubieren quebrantado todas tus leyes, quebranten su corazón con dolor de lo pasado, y propongan la enmienda de lo por venir, y tomen las saludables medicinas de tus Sacramentos, que en tu Iglesia dejaste, o tengan intento de las tomar. Y las dilaciones, *que en cualquier hora que el pecador gimiere sus pecados, no te acuerdes más de ellos (Ezech., 18, 22).* Y porque los pecadores cobrasen ánimo para te pedir perdón de sus yerros, quisiste conceder a este rey más mercedes que él te pedía: quince años de vida, y librar su ciudad, y tornarse el sol diez horas atrás, en señal que al tercero día subiría el rey sano al templo, y con otras secretas mercedes que le hiciste Tú, benigno, que no dejarías venirnos males, sino para sacar de ellos mayores bienes, enseñando tu misericordia en nuestra miseria, tu bondad y perdón en nuestra maldad, y tu poder en nuestras flaquezas.

Tú, pues, pecador, quienquiera que seas, que estás amenazado por aquella sentencia de Dios que dice (*Ez., 18, 20*): *El ánimo que pecare, aquélla morirá*, no desmayes debajo la carga de tus grandes pecados, y del incomportable peso de la ira de Dios. Mas cobrando ánimo en las misericordias de Aquel *que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezech., 33, 11)*, humíllate, llorando, a Aquel que despreciaste pecando; y recibe el perdón de mano de aquel piadoso Padre, que tanta gana tiene de dártelo ; y aun de te hacer mayores mercedes que antes, como hizo a este rey, al cual levantó sano del cuerpo y sano del ánimo, como él da gracias, diciendo: *Tú, Señor, libraste mi ánimo que no se perdiese, y arrojaste mis pecados tras tus espaldas (Is., 38, 17)*.

CAPITULO 83

De dos amenazas de que suele Dios usar, una absoluta y otra condicional; y de dos géneros de promesas, semejantes a las amenazas; y cómo nos habremos cuando sucedieren.

No os debéis turbar de que la palabra dicha a este rey: *Morirás y no vivirás*, no se cumplió. Habéis de saber, que algunas veces manda el Señor decir lo que Él tiene en su alto consejo y eterna voluntad determinado que sea; y aquello vendrá como se dice, sin falta ninguna. De esta manera mandó decir al rey Saúl (*1 Reg., 15, 23*) que le había de desechar, y escoger en su lugar otro mejor. Y también amenazó al sacerdote Helí, y así lo cumplió (*1 Reg., 3, 13*). Y de la misma manera amenazó al rey David que le había de matar el hijo que hubo del adulterio de Bersabé (*2 Reg., 12, 14*); y por mucho que el rey pidió la vida para el niño con oraciones, ayunos y cilicio, no le fue concedido, porque tenia Dios determinado que el niño

muriese.

Mas otras veces manda decir, no lo que Él tiene determinado de hacer, mas lo que hará, si no se enmienda el tal hombre. Y de esta manera envió a decir a la ciudad de Nínive que *de ahí en cuarenta días seria destruida (Jon., 3, 4)*, y después por la penitencia de ellos revocó esta sentencia: porque Él no tenía determinado de los destruir, pues no lo hizo; mas enviéles a decir lo que sus pecados merecían, y lo que les viniera por ellos, si no se enmendaran.

Y aunque de fuera parece mudanza decir: *Será destruida*, y no destruirla, mas en la alta voluntad de Dios no lo es, pues nunca la quiso determinadamente destruir. Que, como dice San Agustín: «Muda Dios la sentencia; mas no muda el consejo», el cual era de no destruirla, mediante la penitencia, a la cual les quería incitar con el temor de la amenaza. Y esto es lo que Él mismo dice por Jeremías (18, 7): *Súbitamente hablaré contra gentes y reinos que los he de destruir y arrancar; mas si aquella gente hiciere, penitencia de su maldad, haré Yo también penitencia del mal que les pensaba hacer. Y también hablaré súbitamente de gentes y reinos que los he de edificar y plantar; mas si hicieren maldad en mis ojos, no oyendo mi voz, haré Yo también penitencia del bien que dije que les había de hacer.*

De lo cual se saca, que porque no sabemos cuándo lo que Dios nos envía a amenazar es determinación ultimada, o es sola amenaza, no debemos desesperar, ni dejar de pedir a su misericordia que revoque la sentencia que contra nos tiene dada, como hizo a este rey y a la ciudad de Nínive, y alcanzaron lo que pidieron. Y aunque David no lo alcanzó, no por eso pecó en orar al Señor revocase la sentencia dada; porque no le constaba si era determinación o amenaza. Y de la misma manera, si Dios

nos prometiére de hacer alguna merced, no nos hemos de descuidar en servirle, con decir: Cédula tengo de palabra de Dios que a nadie engaña. Porque dice el Señor, *Que si nos apartáremos de hacer lo que Él quiere, Él hará penitencia del bien que nos prometió.* No porque en Dios caiga arrepentimiento, pues no puede en Él caer mudanza; mas quiere decir, que así como uno que se arrepiente, torna a deshacer lo que había hecho, así Él deshará la sentencia del castigo que contra el hombre había dado, si él hace penitencia; y deshará el bien que tenía prometido, si el hombre se aparta de Dios.

CAPITULO 84

De lo que es el hombre de su cosecha, y de los grandes bienes, que tenemos por Jesucristo nuestro Señor.

Tornando, pues, al propósito, bien claro parece cuan bien cumple Dios esta ley: *Oye y ve*, pues tan presto oyó la oración y *vio* las lágrimas de este rey, y lo consoló. Y no sólo a él, mas lo mismo hace con otros, como dice David (*Ps. 32, 16*): *Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus orejas en los ruegos de ellos; para librar sus ánimas de la muerte, y para mantenerlos en tiempo de hambre.*

Bien creo yo que os parece bien acuesta palabra; y también creo que os pone temor la condición con que se dice. Bienaventurada cosa es estar los ojos y orejas de Dios en nosotros; mas diréis: *¿Qué haré, que dice a los justos, y yo tengo pecados?*

Así es, y así lo conoced por verdad. Porque si hombres hubiera que no tuvieran pecados, ¿quién era más razón que lo fueran, que los santos Apóstoles de Jesucristo nuestro Señor? Los cuales, así como fueron los más cercanos a Él en la conversación corporal, así

también lo fueron en la santidad, sin que nadie se igualase con ellos, si no es la bendita Madre de Dios, que iguala y excede a ellos y a Ángeles. Y aunque dice San Pablo (*Rom., 8, 23*), en su persona y en la de los Apóstoles, que recibieron *las primicias del Espíritu Santo*, que quiere decir, mayor gracia y dones que otros hombres; mas con todo esto les mandó el Señor rezar la oración del *Pater noster*, en la cual decimos: *Perdónanos nuestras deudas y culpas*. Y como es oración de cada día, claro es que somos por ella amonestados que tenemos culpas, y que cada día cometemos alguna. Y por esto dijo San Juan (1 *Jn., 1, 8*): *Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros nos engañamos, y la verdad no está en nosotros*. Pues si todos los hombres—sacando al que es Dios y Hombre y a la que es verdadera Madre de Él—tienen pecados, ¿para quién se dijeron las dichas palabras: *Los ojos del Señor sobre los justos, y sus orejas en los ruegos de ellos?*

Respondo, que no es Dios achacoso (quisquilloso), ni cumplidor con solas palabras, pues vemos que, como lo dice, así lo cumplió con el rey Ezequías, y con otros innumerables, a los cuales ha mirado y oído. Mas sabed, que aquel es *justo*, que no está en pecado mortal, pues está en gracia y amigo con Dios. De los cuales hay muchos, aunque tengan pecados veniales; de los cuales se entiende, que no hay quien con verdad pueda decir que está sin pecado.

Y para que agradezcáis la gracia y justicia a aquel Señor, por cuyos merecimientos se dan a los que para ello se aparejan, habéis de saber que los justos dos maneras tienen de bienes, unos de naturaleza y otros de gracia, aunque pese a Pelagio (*Pelagio*: hereje que negó la necesidad de la gracia. Sus secuaces se llaman *pelagianos*), el cual dijo que el hombre es justo por las buenas obras que hace de su propia naturaleza, sin ser

menester la gracia y virtud que nos son infundidas por Dios. El cual error está condenado por la Iglesia católica, que nos manda creer que de nuestra naturaleza somos pecadores por el pecado original, y por otros que de nuestra voluntad hacemos; y que en las buenas obras morales, que con solas fuerzas de naturaleza hacemos, no consiste la verdadera *justicia*. Por lo cual dice San Pablo (*Rom., 3, 10*), *que ninguno es justo, quiere decir, de sí mismo*; porque de esta manera todos son pecadores *de sí*. Dada nos ha de ser la justicia, no la tenemos de nuestra cosecha; que el tenerla así, privilegio es de sólo Cristo, el cual no por otro, sino por Si, es verdadero justo, y en cuyas obras y muerte hay verdadera justicia. Porque si en nuestras propias obras de nuestra naturaleza consistiera la verdadera justicia, o por ellas mereciéramos que se nos diera, *en balde hubiera muerto Jesucristo*, como dice San Pablo (*Gal., 2, 21*), pues pudiéramos alcanzar sin su muerte lo que con ella El nos ganó. El mismo Apóstol dice (*1 Cor., 1, 30*) *que Cristo nos es hecho justicia*; y dicelo, porque en sus obras y muerte está el merecimiento de nuestra justicia. El cual merecimiento se nos comunica por la fe, y amor que es vida de ella, y por los Sacramentos de la Iglesia, según declaramos arriba (Cap. 44). Y así somos incorporados en Jesucristo, y se nos da el Espíritu Santo y su gracia, que infundida en nuestra ánima, somos por ella hechos hijos adoptivos de Dios y agradables a Él. Y también recibimos virtudes y dones para que podamos obrar conforme al alto ser de la gracia que nos fue dada. Con todo lo cual somos hechos verdaderamente justos delante los ojos de Dios, con propia justicia que en nosotros mora y está, distinta de aquella por la cual Cristo es justo.

Y de aquí viene, que aunque las buenas obras que antes hacíamos eran bajas y de imperfecta bondad, que ni consistía en ellas la verdadera justicia, ni tampoco la merecían alcanzar, por ser de nuestra propia

cosecha; mas las que ya hacemos estando en estado de gracia, son de tan alto valor, que son obras verdaderamente Justas, y que merecen acrecentamiento de la propia justicia, como dice San Juan (*Apoc., 22, 11*): *El que es justo, sea hecho más justo*; y son dignas de alcanzar el reino de Dios, según está dicho por San Pablo (*2 Tim., 4, 8*), *que le estaba guardada corona de justicia*.

Esta inefable merced, a Jesucristo nuestro Señor la debemos; mas no es ésta sola. Porque así como es ordenación divinal que ninguno alcance la gracia y justicia sino por merecimiento de este Señor, así lo es que ninguno de los que las tienen las pueda conservar ni acrecentar, si no estuviere arrimado a este Señor, como vivo miembro a su cabeza, y sarmiento con fruto a su vid, y edificio a su fundamento. Porque aunque, ganándoles gracia y justicia, les ganó derecho para merecer el reino de Dios, según se ha dicho, y también para alcanzar con la oración lo que bien pidieren, mas si de esto han de gozar y bien usar, no ha de ser como gente apartada, que hace bando o cabeza por sí, o como hombre que se tiene en sus propios pies, y que puede andar sin ayuda de nadie; arrimado ha de estar a esta bendita Cabeza, para que se le conserve la gracia, y le venga de ella una espiritual virtud, que preceda, y acompañe, y siga a las buenas obras que hiciere; sin la cual las tales buenas obras no podrán ser meritorias, como el Concilio Tridentino lo dice (Sess. 6, c. 4 y 5).

Y por esta manera, las oraciones que este tal justo hiciere serán dignas de las orejas de Dios, y de alcanzar lo que pide. *Salomón pidió a Dios (2 Paral., 6, 20)* que quien orase en el templo que él había hecho en la tierra, fuese desde el cielo oído de Dios, concediéndole lo que pidiese. Y el verdadero y más excelente templo de Dios, Jesucristo nuestro Señor, en cuanto hombre, es; *en el cual*, como dice San Pablo (*Colos., 2, 9*), *mora*

corporalmente el cumplimiento de la Divinidad. Quiere decir, que no mora solamente en Él por vía de gracia, como en los santos —hombres y ángeles—, mas por otra manera de mayor tomo y valor, que es por vía de la unión personal, por la cual la sacra Humanidad es levantada a tener dignidad de ser personada (tener personalidad, subsistir) en el Verbo de Dios, que es Persona divina. Este es el templo, por el cual dice Santo Rey y Profeta David (Ps. 17. 6) Dios oyó mi voz desde su santo templo. Y quien en éste diere voces de oración, movidas por el Espíritu de Él, arrimado a Él como miembro vivo, que pide socorro por los merecimientos de su cabeza, que es Jesucristo, este tal será oído justamente de Dios, como lo fue David, y todos los justos que han sido oídos. Mas la oración hecha fuera de este templo, sea hecha por quienquiera que sea, ronca es y profana, no digna de las orejas de Dios, pues que no siendo inspirada por Jesucristo, no lleva el sello real para ser conocida y tenida por justa, para alcanzar lo que pide. Y para que Cristo en el cielo despache, como abogado nuestro, nuestras peticiones, es menester que en la tierra seamos sus miembros vivos, movidos a orar por Él. Porque aunque su misericordia es tanta, que muchas veces hace ser oídas las peticiones de sus miembros muertos, que son los que tienen la fe de su Iglesia, y no están en caridad, mas aquí hablamos de aquellas que tienen dignidad y merecimiento hechas en Cristo para alcanzar lo que piden.

Y conociendo nuestra madre la santa Iglesia esta necesidad, que de Cristo en nuestras oraciones tenemos, suele decir en fin de las suyas al celestial Padre; Concédenos esto «por Jesucristo nuestro Señor». La cual aprendió de su Esposo y Maestro, que dijo (Jn., 16, 23): *Cualquier cosa que pidiéredes al Padre en mi nombre, dároslo ha.*

Gracias, Señor, se den a tu nombre, pues por Él

somos oídos. Que no te contentas con ser nuestro medianero para merecernos la gracia que por Ti recibimos, ni con ser nuestra Cabeza, que nos enseña y mueve a orar por tu Espíritu, como conviene, mas también quieres ser Pontífice nuestro en el cielo, para que representando a tu Padre la Humanidad sacra que tienes, y la Pasión que recibiste, alcances el efecto de lo que en la tierra pedimos, invocando tu nombre.

De manera, que así como dice el santo Evangelio (Mt., 3, 16), *que siendo el Señor bautizado, se abrieron los cielos a Él*; porque, aunque muchos han entrado allá después de Él, a ninguno se le abren sino por causa de Él; así podemos decir que las entrañas de su Eterno Padre, que se abren para conceder nuestros ruegos, a Cristo se abren; y Él es el oído del Padre, pues que la gracia y favores con que somos oídos, por Él los tenemos. Que quitado esto aparte, como ninguno hay justo de sí, ninguno sería oído de si. Y así como, por el grande amor que el Señor nos tuvo, tomó nuestros males por suyos, y los pagó con su vida y su muerte; y con el mismo amor que nos tiene, aunque ya está en el cielo, si un chiquito suyo está desnudo o vestido, harto o hambriento, dice *que Él mismo lo está* (Mt., 25, 40); así cuando nosotros oramos, Él ora en nosotros, como dice San Agustín; y cuando nosotros somos oídos de Dios, dice que Él es oído, por aquella inefable unión que hay entre Él y los suyos, significada por nombre de Esposo con su Esposa, y de Cabeza con su propio Cuerpo; al cual amó tanto, que aunque ordinariamente vemos que pone uno su brazo para recibir el golpe por salvar la cabeza, mas este bendito Señor, siendo Cabeza, se puso delante del golpe de la Justicia divina, y murió en la cruz por dar vida a su Cuerpo, que somos nosotros. Y después de habernos vivificado, mediante la penitencia y los Sacramentos, nos regala, defiende y mantiene como a cosa tan suya, que no se contenta con llamarnos siervos, amigos, hermanos o

hijos, sino para enseñar más su amor y darnos más honra, nos pone su nombre. Porque por esta inefable unión de Cristo, cabeza, con la Iglesia, su cuerpo, Él y nosotros somos llamados un Cristo. Y este misterio dulcísimo, lleno de todo consuelo, nos da San Pablo a entender en las palabras que dijo (*Ephes., 1, 6*): *Que el celestial Padre nos hizo agradables en su amada Hijo, y que fuimos criados en buenas obras en Jesucristo.* Y a los de Corinto dijo: *Vosotros estáis en Jesucristo.* El cual modo de hablar, por esta palabra : EN, nos da a entender esta unión de Cristo y su Iglesia. Y así lo dice el Señor por San Juan (15, 5): *Quien está en Mi y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin Mí ninguna cosa podéis hacer.*

Gracias, Señor, a tu amor y bondad, que con tu muerte nos diste la vida. Y también gracias a Ti, porque en tu vida guardas la nuestra, y nos tienes juntos contigo en este destierro, que si perseveramos en tu servicio nos llevarás contigo, y nos tendrás para siempre en el cielo, donde Tú estás, según Tú lo dijiste (*Jn., 12, 26*): *Donde Yo estoy, estará mi sirviente.*

CAPITULO 85

De cuan fuertemente clamó Cristo y clama siempre delante del Padre en nuestro favor; y con cuánta presteza OYE SU Majestad los ruegos de los hombres, mediante este clamor de su Hijo, y les hace mercedes.

Ya podréis ver de lo dicho la mucha necesidad que tienen todos los hombres del favor de Jesucristo, para que sus oraciones sean oídas como agradables delante el acatamiento de Dios. Mas Él no así, porque de nadie tiene necesidad que hable por Él. Él es, y sólo Él es, cuya voz por sí misma es oída. Porque, como dice San Pablo: *Él puede llegar por Sí mismo a su Padre a rogar por nosotros.* También dice (*Hebr., 5, 7*) que Cristo *en los días*

de la vida mortal que vivió, ofreciendo ruegos al Padre con clamor grande y lagrimas, fue oído por su reverencia. Cristo pidió a su Padre que lo salvase de la muerte, no dejándolo permanecer en ella, mas resucitándolo a vida inmortal; y como lo pidió, de esa misma manera fue hecho. También ofreció ruegos y lágrimas a su Padre por nosotros muchas veces; los cuales, por salir de Corazón lleno de amor, se llaman grande clamor.

Mas aunque su amor, que le hacía clamar, siempre lo tuvo igualmente, pues con tanto amor nuestro andaba un camino, o derramaba una lágrima, con cuanto se puso en la cruz; mas mirando a lo exterior y al género de la obra, tanto mayor clamor fue el ofrecer su santísimo Cuerpo en la cruz por nosotros, que el ofrecer oraciones, cuanto va de padecer, y padecer muerte, a meditar a hablar. Acordaos de lo que dijo Dios a Caín (*Gen., 4, 10*): *La voz de la sangre de tu hermano Abel clama a Mí desde la tierra.* Y también de lo que dijo San Pablo a los cristianos (*Hebr., 12, 24*): *Llegado os habéis a un derramamiento de sangre, que clama mejor que la sangre de Abel.* Porque ésta daba clamores a la Justicia divina, pidiendo venganza contra Caín que la derramó; mas la sangre de Cristo derramada en la tierra, daba clamores a la Misericordia divina, pidiendo perdón. La de Abel pide ira, ésta blandura. La primera obra enojo, ésta reconciliación. La de Abel, venganza contra sólo Caín, ésta perdón para todos los malos que fueron y serán, con tal que ellos lo quieran recibir con el aparejo que deben; y aun para aquellos mismos que derramándola estaban. La sangre de Abel a ninguno pudo aprovechar, porque no tenía virtud de pagar los pecados de otros; mas la sangre de Cristo lavó los cielos y tierra y la mar, como canta la Iglesia (*Terra, pontus, astra, mundus, quo lavantur flumine [Himno... Pange lingua gloriosi Lauream...]*), y sacó de las honduras del limbo a los que presos estaban, como dice Zacarías, Profeta (*Zacarías, 9, 10*).

Verdaderamente es grande el clamor de la sangre de Cristo pidiendo misericordia, pues hizo no ser oídas las voces de los pecados del mundo, que pedían venganza contra los que los hacen. Pensad, doncella, si un pecado sólo de Caín tales voces daba pidiendo venganza, ¿qué grita, qué voces y estruendo harán todos los pecados de todos los hombres pidiendo venganza a las orejas de la Justicia de Dios? Mas por mucho que clamen, clama más alto sin comparación la sangre de Cristo pidiendo perdón a las orejas de la Misericordia divina, y hace que no sean oídas, y queden muy bajas las voces de nuestros pecados, y que se haga Dios sordo a ellas. Porque más sin comparación le fue agradable la voz de Cristo, y su Pasión y muerte, que pedían perdón, que todos los pecados del mundo desagradables pidiendo venganza. ¿Qué pensáis que significaba aquel callar de Cristo, y hacerse *como sordo que no oía, y como mudo Que no abre su boca (Ps. 37, 14)*, en el tiempo que era acusado? Por cierto, que pues los pecados, por boca de aquellos que a Cristo acusaron, daban voces, llenos de mentira, contra quien no les debía nada, y Él, pudiendo con justicia responder, calló, que es bien empleado, en pago de su atrevimiento, que al restante del mundo no puedan acusar los pecados, aunque tengan justicia, mas sean mudos, pues acusaron al que no tenía por qué. Y pues Él se hizo sordo, pudiendo responder, justo es que se haga sorda la divina Justicia, a la cual Cristo se ofreció por nosotros, aunque nosotros hayamos hecho cosas que piden venganza. Alegraos, esposa de Cristo, y alégrense todos los pecadores, si les pesa de corazón de haber pecado, y quieren tomar los remedios que en la Iglesia católica hay; que sordo está Dios a nuestros pecados para castigarlos, y muy atentas tiene sus orejas para hacernos mercedes. No temáis acusadores ni voces, aunque hayáis hecho por qué, pues que Cristo fue acusado, y con su callar hizo callar las voces de nuestros pecados.

Profetizado estaba (*Isa., 53, 7*) *que había de callar como calla el cordero delante, quien lo trasquila; mas mientras más callaba y sufría delante de los hombres, más altas voces daba delante la justicia divina, pagando por nos. Y estas voces fueron oídas, como dice San Pablo (Hebr., 5, 7), por su reverencia. Quiere decir, que por la grande humildad y reverencia con que se humilló al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz (Phil., 2, 8), reverenciando en cuanto Hombre aquella sobreexcelente Majestad divina, perdiendo la vida por honra de Ella, fue oído del Padre, del cual está escrito (Ps. 101, 18): Miró la oración de los humildes, y no despreció el ruego de ellos. Pues ¿quién tan humilde como el bendito Señor, que dice (Mí., 11, 29): Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón? Y por esto fue oído, según estaba profetizado en su persona (Ps. 21. 25): No quitó el Señor su faz de mí, y cuando clamé a El me oyó. Y el mismo Señor dice en el Evangelio (Jn., 11, 41): Gracias te hago, Padre, que siempre me oyes.*

Y pues el Padre le oye, rogando por vos, y pues tan caro le costó a Él alcanzar la gracia con que seáis justo, para ser oído de Dios, procurad de ganarla si no la tenéis; y tenida, ejercitadla en ofrecer ruegos a Dios, pues sus *orejas están puestas en tales ruegos*. Y así como debemos de oír al Señor con el Profeta Samuel, diciendo (1 Reg., 3, 10): *Habla, Señor, que tu siervo oye*, así nos dice el Señor: *Habla, siervo, que tu Señor oye*. Y así como dijimos que el oír nosotros a Dios no es solamente recibir el sonido de las palabras, mas creerlas y aplacernos en ellas, [y] ponerlas en obra, así las orejas del Señor están puestas por Cristo en nuestros ruegos, no para solamente oír lo que hablamos,—que de esa manera también oye las blasfemias que de Él se dicen y le desplacen—, mas oye el Señor nuestros ruegos para cumplirlos.

Y porque veáis cuánta verdad es que oye el Señor nuestros gemidos que le presentamos, oíd lo que dice el mismo Señor por Isaías (65): *Antes que llamen, Yo les oiré.*

iOh!, bendito sea tu callar, Señor, que de dentro y de fuera en el día de tu Pasión callaste: de fuera, no maldiciendo ni respondiendo; y en lo de dentro, no contradiciendo, mas aceptando con mucha paciencia los golpes, y voces y penas de tu Pasión, pues tanto hablaste en las orejas de Dios, que antes que hablemos seamos oídos. Y esto no es maravilla, porque, siendo nosotros nada. Tú nos hiciste; y antes que te lo supiésemos pedir, nos mantuviste en el vientre de nuestra madre y fuera de él; y antes que supiésemos conocer lo que tanto nos cumplía, nos diste adopción de hijos, y gracia del Espíritu Santo en el santo Bautismo; y antes que los pecados nos derribasen. Tú nos guardaste; y cuando caímos por nuestra culpa, Tú nos levantaste y buscaste sin buscarte nosotros; y lo que más es, antes que naciésemos, ya Tú habías muerto por nos y nos tienes aparejado tu cielo. No es mucho que de quien tanto cuidado has tenido, antes que lo tuviesen de Ti, lo tengas en esto: y que viendo Tú lo que habíamos menester, nos lo des muchas veces, sin esperar a que nos cansemos en pedirte, pues Tú te cansaste tanto en pedirlo y ganarlo por nos.

¿Qué te daremos, ioh Jesús benditísimo!, por este callar que callaste delante de los que mal te querían y mal te hacían? ¿Y qué te daremos por estas voces tan altas y tan llenas de amor que por nosotros diste delante tu Padre? Pluguiese a Ti, por tu infinita bondad, nos hicieses merced de que tan callados estuviésemos al ofenderte, y al sufrir de buena gana lo que de nos quisieses hacer, como si fuésemos unos muertos; y estuviésemos tan vivos para dar voces de tus alabanzas,

que ni nosotros, a quien redimiste, ni cielos, ni tierra, ni debajo de tierra, con todo lo que en ella está, nunca cesásemos de, con todas nuestras fuerzas, cantar tus loores con grande alegría, y servirte con ferventísimo amor.

Y no te contentas, Señor, con tener tus orejas puestas a nuestros ruegos para oírnos con atenta presteza; mas como quien muy de verdad ama a otro, y se huelga de oírle hablar o cantar, así Tú, Señor, dices al ánima redimida por tu sangre (*Cant, 2, 14*): *Enséñame tu faz; suene tu voz en mis orejas; porque tu voz es dulce, y tu faz mucho hermosa. ¿Qué es esto, Señor, que dices? ¿Tú deseas oír a nosotros, y nuestra voz te es dulce? ¿Cómo te parece hermosa la faz, que de haberla afeado con muchos pecados, los cuales hicimos mirándolos Tú, habernos ahora vergüenza de alzarla a Ti? Verdaderamente, o merecemos mucho delante de Ti, o nos amas Tú mucho. Mas no te plega, Señor, no te plega que de tu buen tratamiento saquemos nosotros soberbia, pues que aquello con que te agradamos y bien parecemos, gracia tuya es, la cual Tú nos diste; y allende de esto, regalas y galardonas a los tuyos más copiosamente de lo que ellos merecen. Sea, pues, Señor, a Ti gloria, de quien todo nuestro bien nos viene, y en quien todo nuestro bien está; y sea a nosotros y en nosotros vergüenza por nuestra maldad e indignidad. Tú eres nuestro gozo, Tú eres nuestra gloria, en la cual nos gloriamos, no vanamente, mas con mucha razón y verdad. Porque grande honra es ser amados de Ti, y tan amados, que te entregaste a tormentos de cruz por nosotros; por lo cual nos vienen todos los bienes*

CAPITULO 86

Del grande amor con que el Señor mira a los justos;

y de lo mucho que desea comunicar a las criaturas, y destruir en nosotros los pecados; los cuales debemos nosotros mirar con aborrecimiento para que Dios los mire con misericordia.

Ya que habéis oído la presteza con que Dios *oye* los ruegos de los Justos, resta que oigáis el amor grande con que los *mira*, para en todo cumplir el *oir* y *ver* que Él nos manda a nosotros. *Los ojos del Señor*, dice Santo Rey y Profeta David (*Ps. 33, 16*), *están sobre los justos, para librarlos de muerte; mas el rostro del Señor está sobre los malos, para echar a perder la memoria de ellos de sobre la tierra.* De donde parece que pone el Señor sus ojos sobre los justos, como el pastor sobre sus ovejas, para que no se le pierdan. Y también los pone sobre los malos, para que no se vayan sin el castigo que sus pecados merecen. Dos cosas hay en nosotros: una que hizo Dios, que es nuestro cuerpo y alma, y cuanto bien en ellos tenemos; otra que hicimos nosotros, que es el pecado. Si nosotros no añadiésemos mal sobre lo bueno que de Dios tenemos, no habría cosa en nosotros a la cual el Señor mirase con ojos airados, mas con ojos de amor; porque cualquiera causa naturalmente ama a su efecto. Mas ya que nosotros habernos afeado y destruido lo que el hermoso Dios bien había edificado, con todo eso aún nuestra maldad no impide a su sobrepujante bondad; la cual, por salvar lo bueno que crió, quiere destruir lo malo que nosotros hicimos. Porque si vemos que este sol corporal se comunica tan liberalmente, y anda convidando a quien le quisiere recibir; y a todos se da, cuando no le ponen impedimento; y si se le ponen, aun está como porfiando que se lo quiten; y si algún agujero o resquicio halla, por pequeño que sea, por allí se entra e hinche la casa de luz: ¿ qué diremos de la suma Bondad divinal, que con tanta ansia y fuerza de amor anda rodeando sus criaturas para darse a ellas y henchirlas de calor, de vida, y de resplandores divinos? i Qué de

ocasiones busca para hacernos bien a los hombres! Y a muchos por un pequeño servicio ha hecho no pequeñas mercedes. ¡Cuántos ruegos a los que de Él se apartan para que se tornen! ¡Cuántos abrazos a los que a Él vienen! ! Qué buscar de perdidos! ¡ Qué encaminar los errados ! ¡ Qué perdonar pecados sin darlos en rostro! ;Qué gozo de dar salud a los hombres, dando a entender que más deseaba Él perdonar, que el errado ser salvo y perdonado!

Y por eso dice a los pecadores (*Ezech.*, 18, 31, 33, 11): *¿Por qué queréis morir? Sabed que Yo no quiero la muerte del pecador, mas que se convierta y viva; tornaos a Mí y viviréis.* Nuestra muerte es apartarnos de Dios, y por eso nuestro tornar a Él es vivir; a lo cual Dios nos convida, no poniendo sus ojos de ira de principal intento sobre su hechura, que somos nosotros, mas contra los pecados que hicimos nosotros. Estos quiere Dios destruir, si nosotros no lo impidiésemos; e impedírnosle cuando amamos nuestros pecados, dando vida con nuestro amor a los que, siendo amados, nos matan. Y es tanta la gana que esta suma Bondad tiene de destruir nuestra maldad, para que su hechura no quede destruida, que cuando quiera que el hombre quisiere, y cuantas veces quisiere, y de cuantas maldades hubiere hecho, si hace penitencia. y pide al Señor que le perdone, está Él aparejado a nos recibir, perdonando lo que merecemos, sanando lo que enfermamos, enderezando lo que torcimos, y dándonos gracia para aborrecer lo que antes amábamos. Y de tal manera destruye nuestra maldad y la aparta de nosotros, que dice Santo Rey y Profeta David (*Ps.*, 102, 12): *Cuanta distancia hay de donde el sol nace, hasta donde se pone, tanto alanzó Dios nuestros pecados de nosotros.*

Así, que el principio y primero *mirar* de los ojos de Dios no es contra el hombre que Él crió, mas contra el pecado que nosotros hicimos. Y si mira al hombre para lo echar a perder, es porque el hombre no le dejó ejecutar

su ira contra los pecados que Dios quería destruir, mas quiso perseverar y dar vida a lo que a él mataba, y a Dios desagradaba. Y, por tanto, justo es que su muerte quede viva, y su vida siempre muera, pues que no quiso abrir la puerta al que, por amor y con amor, quería y podría matar a su muerte y darle vida.

Mas dirá alguno: ¿ Qué remedio para que Dios no mire a mis pecados para me castigar, mas a su hechura para la salvar? Responde San Agustín con brevedad y verdad: «Míralos tú.» Quiere decir: Conócelos, y haz penitencia, y no los mirará Dios. Mas si tú los pones tras las espaldas, ponerlos ha Dios delante de su cara. Suplicaba David al Señor por sus pecados diciendo (Ps. 50): *Ten, Señor, misericordia de mí, según la gran misericordia tuya*, y también le decía: *Aparta también, Señor, tu faz de mis pecados*. Mas veamos ¿qué alegó para alcanzar tan grande merced? Por cierto, no servicios que hubiese hecho. Porque bien sabía que si un siervo por muchos años sirviese a su señor con diligencia, y después le hace alguna traición digna de muerte, no se miraría a que le ha servido; porque si sirvió, era obligado a servir, y por eso no echó en deuda al señor; mas mírase a la traición que hizo, la cual era obligado a no hacer; y por eso, con pagar lo que antes debía, no pudo pagar lo que hace ahora. Ni tampoco ofreció David sacrificios, porque bien sabía que *no se deleita Dios con animales encendidos* (es lo mismo que *holocaustos* [Ps.,50,18]). Mas éste, que ni en servicios pasados, ni en merecimientos presentes halló remedio, hallólo en *el corazón contrito y humillado*, y pide ser perdonado diciendo: *Porque yo conozco mi maldad, y mi pecado delante de mis ojos está siempre*. Admirable poder dio Dios a este *mirar* y gemir nuestros pecados, pues tras ellos se sigue el *mirarlos* Dios para deshacerlos; y convirtiendo nosotros nuestros ojos con dolor a lo que malamente hicimos, convierte los suyos para salvar y

consolar lo que hizo.

CAPITULO 87

De los muchos y muy grandes bienes que vienen a los hombres por mirar el Eterno Padre a la faz de Jesucristo su Hijo.

Dirá alguno: ¿De dónde tanta fuerza a nuestro mirar y llorar, que así trae luego el mirar de Dios tras sí para perdonar? No, por cierto, de sí; porque por conocer el ladrón que ha hecho mal en hurtar, no por eso merece que se le perdone el castigo justo, aunque más y más llore. Mas viene de otra vista muy amigable y tan valerosa (de tanto valor, tan preciosa), que es causa y fuente de todo nuestro bien; ésta es de la que dice Santo Rey y Profeta David (*Ps. 83, 10*): *Defendedor nuestro, Dios: mira, mira, en la faz de tu Cristo.* Dos veces suplica que *mire* Dios, para darnos a entender con cuánto afecto habernos de mirar esto y cuan mucho nos importa alcanzarlo. Porque así como el mirar Dios a nosotros nos causa todos los bienes, así el mirar Dios a su Cristo trae a nos la vista de Dios. No penséis, doncella, que los agradados y amorosos rayos de los ojos de Dios descenden derechamente de Él a nosotros cuando nos recibe en su gracia, o descenden a nosotros como a cosa apartada de Cristo cuando estamos en ella; porque si así lo pensáis, ciega estáis. Mas sabed que se enderezan a Cristo, y de allí a nosotros por Él y en Él. Y no dará el Señor una habla ni vista de amor a persona del mundo universo, si la viese apartada de Cristo; mas por Cristo mira a todos los que se quieren mirar y llorar, por malos que sean, para los perdonar; y en Cristo mira a los tales para conservarles y acrecentarles el bien recibido. El ser amado Cristo, es razón de ser recibidos en gracia nosotros. Y si Jesucristo de en medio saliese, ningún amado ni agradable habría delante de los ojos de Dios,

como arriba se dijo. Conoced, pues, doncella, la necesidad que tenéis siempre de Cristo, y sedle entrañablemente agradecida; porque el bien que tenéis no os vino de vos, sino por Cristo; y en Él os ha de ser conservado y acrecentado de Dios.

Y esto es lo que fue figurado en el principio del mundo, cuando el Justo Abel, pastor de ganados, ofreció a Dios sacrificio de su manada, el cual sacrificio fué acepto, como la Escritura dice (*Gen., 4, 4*), *que miró el Señor a Abel y a sus dones*; y este *mirarlo* quiere decir que Abel le fue agradable, y por eso fueron agradables sus dones: y en señal del agradamiento invisible, envió Dios fuego visible que quemó el sacrificio. Lo cual es figura de nuestro justo y soberano Pastor, el cual dice de Sí (*Jn., 10, 11*): *yo soy buen Pastor*. Y también es Sacerdote; y, por consiguiente, como dice San Pablo (*Hebr., 5, 1*), *ha de ofrecer dones y sacrificios a Dios*. ¿Mas qué ofrecerá que digno sea? No por cierto animales brutos; y muy menos hombres pecadores, porque éstos más son para provocar la ira de Dios, que para alcanzar misericordia. Y no sin causa mandaba Dios en la vieja Ley (*Lev., 22, 19; Deut., 15, 21*) que el animal que se hubiese de ofrecer fuese macho y no hembra; que fuese de edad no chica ni grande; que no fuese cojo ni ciego, con otras condiciones muchas; sino para dar a entender que lo que se había de ofrecer para quitar los pecados no había de ser cosa que tuviese pecado. Y porque ninguno estaba sin él, no tenía este grande Sacerdote qué ofrecer por los pecados del mundo, sino a Sí mismo, haciendo Hostia al que es Sacerdote; y ofrecióse a Si mismo, limpio, para limpiar a los sucios; Justo, por justificar loa pecadores; agradable y amado, para que fuesen recibidos a gracia los que por sí mismos eran desamados y desagradables. Y valió tanto este sacrificio, así por Él, como por quien lo ofreció—que todo es uno—, que los que estuvimos apartados de Dios *como ovejas perdidas* (*Petr., 2, 25*) fuimos traídos,

lavados, santificados y hechos dignos de ser ofrecidos a Dios. No porque nosotros tuviésemos de nuestra cosecha cosa digna para parecer bien a Dios, mas rociados con la sangre de este Pastor, y ataviados con la hermosura de su gracia y justicia, que por el Señor se dan, e incorporados en Él, somos lavados de nuestros pecados, mirados de Dios, y agradables a Él, como sacrificio ofrecido por este Sumo Sacerdote y Pastor. Lo cual dice San Pedro así (1 *Petr.*, 3, 18): *Cristo una vez murió por nosotros, para que nos ofreciese a Dios, mortificados en la carne, y vivos en el espíritu* (El texto dice : *mortificado en la carne y vivificado en el espíritu*, refiriéndose a Cristo, no a nosotros).

Y así parece cómo nuestro Abel ofrece a Dios ofrenda de su manada; a la cual miró Dios, porque miró primero a su carísimo Hijo. Y así como acullá *vino fuego visible sobre el sacrificio* (3 *Reg.*, 18, 38), así también vino acá en figura de lenguas el día de Pentecostés; y esto, después que Cristo subió *a los cielos, para aparecer a la faz de Dios por nosotros* (*Hebr.*, 9, 24). Porque entendamos que de aquel miramiento de los ojos de Dios a *la faz de su Cristo, la cual, como dice Esther* (15, 17), *es llena de gracias*, salió el fuego del Espíritu Santo, que abrasó los dones que este gran Pastor y Pontífice ofreció a su Padre, que fueron sus discípulos presentes y por venir.

Y así como Dios prometió a Noé que, cuando mucho lloviese, Él *miraría a su arco* que puso en las nubes *en señal de amistad* con los hombres, para no destruir la tierra por agua (*Gen.*, 9, 16); así mucho más mirando Dios a su Hijo puesto en la cruz, extendidos sus brazos a modo de arco, quita de su riguroso arco las flechas que ya quería arrojar; y en lugar de castigos, da abrazos, vencido más por este valeroso arco, que es Cristo, a hacer misericordia, que movido por nuestros pecados a

nos castigar.

Y puesto que (aunque, a pesar de que) nosotros anduvimos errados, y vueltas las espaldas a la luz que es Dios, no queriendo mirarle, mas vivir en tinieblas de nuestros pecados, somos por este Pastor traídos en sus hombros; y por traernos Él, míranos el Señor, haciendo que lo miremos a Él. Y tiene tan especial cuidado de nos, que ni un momento quita sus ojos de nosotros, porque no nos perdamos, ¿De dónde pensáis que vino aquella amorosa palabra que Dios dice al pecador que se arrepiente de sus pecados (*Ps., 31, 8*): *Yo te daré entendimiento; y te enseñaré en el camino que has de andar, y pondré sobre ti mis ojos*, sino de aquella, amorosa vista con que Dios miró a Jesucristo? El cual es sabiduría, que nos enseña el verdadero camino por donde vamos sin tropiezos; y el verdadero Pastor, por el cual, en cuanto hombre, somos mirados, y el cual en cuanto Dios, nos mira, quitándonos los peligros de delante en los cuales ve que hemos de caer; teniéndonos firmes en los que nos vienen, librándonos de los en que por nuestra culpa hemos caído, cuidando lo que nos cumple, aunque nosotros hacemos descuidos, acordándose de nuestro provecho, aun cuando nosotros nos olvidamos de su servicio, velándonos cuando dormimos, teniéndonos consigo cuando nos queríamos apartar, llamándonos cuando huimos, abrazándonos cuando venimos, siendo el postrero en deshacer la amistad, y el primero que ruega con ella, aunque ofendido, y teniendo en todo y por todo un tan vigilante y amoroso mirar por nosotros, que todo lo ordena a nuestro provecho. ¿Qué diremos a tantas mercedes, sino hacer gracias a aquel verdadero Pastor, que, porque sus ovejas no anduviesen lejos de los ojos de Dios, ofreció su faz a tantas deshonras, para que mirándolo el Padre tan afligido y sin culpa, mirase a los culpados con ojos de misericordia, y para que traigamos nosotros en el

corazón y en la boca: *Mira, Señor, en la faz de tu Cristo, probando con experiencia que muy mejor nos oye Dios y nos ve, y nos inclina su oreja, que nosotros a Él?*

CAPITULO 88

Cómo se ha de entender que Cristo es nuestra justicia, para que no vengamos a caer en algún error, pensando que no tienen los justos justicia distinta de aquella por la cual Jesucristo es justo.

Es tanta la cizaña que nuestro enemigo ha sembrado en los que le creen, que de las palabras de la divina Escritura que hablan de este dulcísimo misterio de Jesucristo nuestro Señor, y de los bienes que por Él y en Él poseemos, sacan perversos entendimientos (sentidos); de los cuales he menester avisaros para que no incurráis en peligro.

No penséis que por llamarse Cristo *nuestra justicia* (1 *Cor.*, 1, 10), o por decir que somos hechos agradables *en tí*, o por semejantes palabras, no tengan los que están en gracia propia justicia en sí mismos, por la cual sean justos y agradables a Dios, distinta de aquella por la cual es justo Jesucristo nuestro Señor : porque creerlo así sería muy grave error (Refuta el autor el error luterano que no reconoce justicia interior en los justos, sino sólo la justicia exterior de Cristo, imputada al justo por la fe); el cual nace de no conocer el amor que Jesucristo nuestro Señor tiene a los que están en gracia; al cual no le consintieron sus amorosas entrañas, que siendo Él justo y lleno de bienes, dijera a sus justificados: Contentaos con que Yo tenga estos bienes, y tenedlos por vuestros en Mí, aunque en vosotros mismos os quedéis injustos, desnudos y pobres. Ninguna cabeza hubiera que tal cosa dijera a sus miembros vivos; ni esposo a su esposa, si mucho la amara; y menos lo dirá el celestial Esposo, que es dado

por ejemplo a los otros para que a semejanza de Él, amen y traten a sus esposas. *Varones*, dice San Pablo (*Ephes.*, 5. 25) *amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia, y se entregó por ella para la santificar, limpiándola con el bautismo y palabra de vida.* Pues si la santifica, lava y limpia, y aun con su propia sangre, que es la que da virtud a los Sacramentos para limpiar las ánimas por la gracia que dan, ¿cómo puede quedar injusta o sucia la que con tan eficacísima cosa es limpiada y lavada?

La cual limpieza había Dios prometido de dar en el tiempo de su Mesías, cuando dijo (*Ez.*, 36, 251: *Derramaré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras suciedades.* Y el Señor, en el jueves de la cena (*Jn.*, 13, 10), dio testimonio que sus once discípulos *estaban limpios*, y no como quiera, sino que estaban *del todo limpios*. Porque las culpas veniales, que de algunas afecciones demasiadas se causan en el ánimo, como el polvo que se pega a los pies, son quitadas por los remedios de los Sacramentos y buena disposición de quien los recibe, como son lavados los pies corporales con el agua corporal, como el Señor entonces hizo, lavando de fuera y lavando de dentro, dejándolos limpios de todo pecado, como San Juan da testimonio diciendo (1 *Jn.*, 1, 7): *La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.* A la cual llamó el Profeta Miqueas (7, 19), mucho antes que se derramase, mar en que se ahogan todos nuestros pecados, y dijo: *Arrojará Dios todos nuestros pecados en el profundo de la mar.* Pues si estos lugares de la Escritura, y otros muchos, dan testimonio que el hombre queda perdonado y limpiado de todo pecado, ¿quién habrá que ose decir que nunca un hombre viene a estar limpio de él?

Porque decir que se queda el pecado en el hombre según verdadera razón de pecado, y que, por amor de

Jesucristo nuestro Señor, se le suelta al hombre la pena debida al tal pecado, no es cosa que basta a verificar (*Verificar: sacar verdaderas*) las Escrituras, ni conveniente a la honra de Jesucristo. Porque como la pena debida al pecado sea menor mal para el hombre que la culpa del mismo pecado y la injusticia y fealdad causada por él, no se puede decir que Cristo *hace salvo a su pueblo de sus pecados* (Mt., 1, 21), si quita con su merecimiento que no se imputen a pena, y no los quita cuanto a la culpa dando su gracia, ni alcanza limpieza para que el hombre, aborreciendo el pecado, guarde la ley de Dios. Y si bien se mira la divina Escritura, hallarse ha que cuando se da el perdón del pecado, se da con él *novedad de vida* (Rom., 6. 4) y *corazón limpio, de nuevo criado*, como lo pedía Santo Rey y Profeta David (Ps., 50), según estaba profetizado (Ezech., 11, 19): *Yo os daré corazón nuevo, y espíritu nuevo pondré en medio de vosotros; y os quitaré el corazón de piedra, y os daré corazón de carne; y pondré mi Espíritu en medio de vosotros, y haré que andéis en mis mandamientos, y que guardéis y obréis mis juicios*. Esto promete Dios a los que primero había dicho que *los había de limpiar de todas suciedades*. Y abajo dice: *Yo os salvaré de todas ellas* (36, 29); para dar claramente a entender, que el *salvar de los pecados*, no sólo es quitar la pena de ellos, mas dar limpieza interior, y tal corazón y gracia y espíritu, que baste a hacer guardar los mandamientos de Dios. San Juan dice (Apoc, 3, 20), que dice el Señor: *Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno me abriere, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo*. Isaías (55, 1) convida de parte de Dios *a los hambrientos que vayan a comer, y a los sedientos a beber*. Por San Pablo (2 Cor., 6, 17) dice el Señor: *Salid de en medio de los malos, y no toquéis cosa sucia; y Yo os recibiré, y os seré Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas*. En los cuales, y otros muchos lugares, parece claro que los bienes que con la justificación se dan son más y mejores que el no imputar Dios a pena el

pecado, pues que se le da la gracia y la limpieza del corazón, y virtudes, y Espíritu del Señor, con que pueda guardar su Ley, y, por vía de hijo y de buenas obras, gozar de Dios para siempre. Y porque Cristo nos ganó estos bienes, juntamente con el perdón de la pena, se llama a boca llena *Salvador de pecados*. Y más por lo primero que por lo segundo, pues que nos libra de la culpa, y nos hace aborrecer el pecado, y nos alcanza la participación de Dios de presente, y derecho para lo poseer para siempre en el cielo. En lo cual nos libra de mayor mal, y nos alcanza bienes de mayor peso, que el libertarnos de cualquier pena.

CAPITULO 89

Que en los justos no queda el pecado, sino que en ellos es destruida la culpa, y quedan ellos limpios, y como tales, agradables a Dios.

Posible es que llegue a tanto la ceguedad de algunos, que les parezca que no sólo basta el favor de Jesucristo para que a estos tales (en quien dicen que se queda el pecado), no sólo se les quite la pena, mas que, por estar incorporados en Jesucristo, que es muy amado del Padre, sean también ellos amados y agradables y limpios, porque Él lo es, aunque en ellos quede el pecado. Porque aun les parecerá que es honrar a Jesucristo sentir del amor que su Padre le tiene, tan altamente, que venza el aborrecimiento que tiene a los tales en quien queda el pecado.

Mas tal honra como ésta, del todo es contraria a su verdadera honra, y a la verdad de la Escritura divina. Ninguna honra es, por cierto, para un juez que deje de castigar, o que quiera bien a algunos malos porque, viven con su hijo; porque se demuestra en ello que el hijo no es perfecto amator de la bondad, pues ama a los malos

criados; y que el padre no es amador de justicia, pues sufre y ama a los que había de castigar, sin respeto de nadie. Los que han de ser criados agradables a Jesucristo nuestro Señor, no han de tener maldad de pecado mortal, pues que Él es cabeza que influye en ellos, como en miembros vivos, el influjo de su espíritu y gracia, con la cual viven vida ajena de pecado y semejante a la de Él. Porque espantable monstruo sería en lo corporal cabeza de hombre y cuerpo de animal bruto; y así lo sería en lo espiritual, que debajo de cabeza justa, limpia y llena de virtudes, hubiese miembros vivos contrarios a Él. Frescos están los sarmientos, y llenos de fruto, cuando están vivos en la vida; y por esta comparación quiso Cristo que entendiésemos qué tal están los suyos que están en gracia incorporados en Él (*Jn., 15, 5*), porque están semejantes a Él, teniendo propios bienes que reciben de Él y por Él; para que así se cumpla lo que dice San Pablo (*Rom., 8, 29*): *Que los que han de ser salvos, ordenó Dios que fuesen conformes a La imagen de su Hijo. ¿Pues cómo puede haber semejanza entre cabeza que siempre guardó los mandamientos de su Padre, y entre miembros que, por muy perdonados y justificados que estén, están siempre quebrantando con entero quebrantamiento el primero y noveno mandamiento de Dios? Ni hay participación de bondad con maldad (2 Cor., 6, 14), ni de Cristo con quien quebranta los mandamientos del Padre; pues Él predicó (Mt., 7, 21): No todo aquel que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, mas el que hiciere la voluntad de mi Padre.*

Y está tan lejos de la verdad que el favor de Cristo se entienda a que estén en gracia del Padre, ni de Él, los que quebrantan los mandamientos, que dice el mismo Señor (*Jn., 15, 30*): *Si guardáredes mis mandamientos, estaréis en mi amor; como yo guardé los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. ¿Pues quién habrá que espere que, quebrantando [los]*

mandamientos, sea amado del Padre por respeto de Jesucristo, pues que [Él] permanece en el amor del Padre guardando sus mandamientos? No será, cierto, amado el esclavo, sino por la vía que lo fue el Hijo; ni Él tendrá en su gracia y amor sino a quien guardare sus mandamientos, como claramente lo dijo en las palabras ya dichas. Y porque nadie en esto se engañase, habiendo dicho primero (*Jn., 15, 4*): *Estad en Mí, y Yo en vosotros*, dijo después (v. 9): *Estad en mi amor*. Y para declarar que era estar en Él y en su amor, dijo (v. 7): *Si estuvieredes en Mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, cualquiera cosa que quisieredes pediréis, y os será cumplida*. De manera, que quien quebranta sus palabras no piense que está en su amor, ni incorporado en su cuerpo como miembro vivo; porque fija está la sentencia de la divina Escritura, que dice (*Sap., 14, 9*): *Aborrecible es a Dios el malo, y su maldad*. Y para declarar el Señor cómo los suyos no son aborrecidos, sino amados en sí mismos, dijo a sus discípulos (*Jn., 16, 26*): *No os digo ahora que rogaré al Padre por vosotros; porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis a Mí, y creísteis que salí de él*; como si dijese: «Poco ha que os dije (*Jn., 14, 16*): *Yo rogaré al Padre, y daros ha otro consolador*. Mas no penséis que he de rogar por vosotros como acaece rogar uno a su amigo que dé algo a otros, con los cuales aquel rogado está mal; y lo que les da es solamente porque ama mucho al que se lo ruega; y quédanse los otros desamados y desagradables como antes se estaban. No es así acá, porque por haberme amado y creído, mi Padre os quiere bien, y le parecéis bien; y tenéis licencia, como gente amada con propio amor, y que tiene propia gracia y justicia, para entrar vosotros delante su acatamiento, y pedirle lo que habéis menester en mi nombre. Y lo que Yo por vosotros ruego es como por gente amada, a la cual el Padre hace mercedes porque Yo las pido, y porque para vosotros las pido.»

Tales son los que Jesucristo nuestro Señor tiene incorporados consigo como miembros vivos, que les alcanzó la gracia cuando no la tenían, con que agraden al Padre; y después de alcanzada, hagan obras que tengan *condignidad* (valor de condigno, equivalencia) para merecer la vida eterna, como galardón *justo* de tales servicios, y como herencia *debida* a los hijos. Y si os parece cosa desproporcionada a la humana bajeza hacer cosa que tenga *igualdad de merecimiento* con la alteza y eternidad del celestial reino, no miréis vos para esto al hombre a solas, sino honrado y acompañado con la celestial gracia que en su ánima le es infundida, y *hecho participante de la naturaleza divina*, como dice San Pedro (2 *Petr.*, 1, 4). Y miradlo como a miembro vivo de Jesucristo nuestro Señor, que incorporado en Él, vive y obra por el espiritual influjo que le viene de Él, y participa de sus merecimientos. Las cuales cosas son tan altas, que tienen *igualdad* con las que se esperan, y son bastantes para que de los que así viven se pueda afirmar que cumplen la Ley de Dios; y lo que San Pablo pide a los Colosenses (1, 10) y Tesalonicenses (2 *Tes.*, 1, 11), cuando les dice *que vivan dignamente de Dios*; a los cuales no les pidiera cosa tan alta, si no entendiera que con los favores ya dichos, la pudieran cumplir, y que era más obra de Dios que no de ellos. Porque luego el mismo Apóstol (*Colos.*, 1, 12) da gracias a Dios porque los hizo *dignos de la ración de los Santos en lumbre*; y cuál sea esta *ración*, decláralo Jeremías diciendo (*Thr.*, 3. 24): *Mi ración es el Señor, y por eso lo esperaré*. Y David dice de Dios (*Ps.*, 72, 26): *Tú eres mi ración para siempre*. Digno es de esta *ración* quien la Ley de Dios cumple con las buenas obras ya dichas; y quien es hallado leal en las pruebas que Dios le envía, según está escrito (*Sap.*, 3, 5): *Tentólos el Señor, y hallólos dignos de sí*. Y por lo uno y por lo otro está escrito (*Sap.*, 10, 17) que *dará Dios el jornal de los trabajos de sus Santos*.

CAPITULO 90

Que el conceder en los justos perfecta limpieza de pecados por los merecimientos de Jesucristo, no sólo no disminuye su honra, antes la manifiesta mucho más.

No tenga nadie temor de atribuir la alteza de honra espiritual, y grandeza de espirituales riquezas, y perfecta limpieza de los pecados, a los que el celestial Padre justifica por merecimientos de Jesucristo nuestro Señor. Ni piense nadie que el ser ellos tales perjudica a la honra del mismo Señor. Porque como todo lo que ellos tienen les viene por Él, no sólo no disminuye la honra de Él ser ellos tan valerosos, mas aun la manifiestan y engrandecen; pues es claro que cuanto ellos más justos y más hermosos están, tanto más se manifiesta ser de gran valor los merecimientos de Aquel, que tanto bien alcanzó a los que de sí ni lo tenían ni lo merecían. La Escritura dice (*Prov., 14, 4*): *Si el pesebre está lleno, manifiéstase la fortaleza del buey*; y es la razón, porque con su trabajo lo hinchó de mantenimiento. Y San Pablo dice a unos hombres, a los cuales había aprovechado con su doctrina y trabajos, *que ellos son [su] honra y corona delante el Señor (1 Test., 2, 20)*. Pues ¿cuánto más lo serán de Jesucristo nuestro Señor los que por Él son traídos a honra de hijos, y a riquezas de bienes; y tanto mayor cuanto los bienes fueren mayores?

No es el Señor como algunos, que les pesa o les place poco con la honra o virtud de sus criados, pareciéndoles que perjudica a la suya; o como las vanas mujeres, que huyen de acompañarse de criadas hermosas porque no obscurezcan la hermosura de ellas. *Caridad* tiene, cierto, Jesucristo nuestro Señor, y *que excede a todo nuestro conocimiento*, como dice San Pablo (*Efes., 3, 19*), para tener nuestro bien por suyo; y

porque tuviésemos muchos bienes, perdió Él su dignísima vida en la cruz. Hijo natural es de Dios, y nosotros hijos adoptivos por Él; y siendo Él *único* Hijo, nos tomó por hermanos, dándonos su Dios por Dios, y su Padre por Padre, como Él lo dijo (*Jn., 20, 17*): *Subo al Padre mío, y Padre vuestro; Dios mió, y Dios vuestro.* Y así como dice San Juan (1, 14), hablando del mismo Señor: *Vimos la honra de Él, como honra de Hijo unigénito; y dice de Él, que es lleno de gracia y de verdad,* así la honra y espirituales riquezas de los hijos adoptivos ha de ser como de hijos de un Padre, que es Dios.

Y si *la gracia y verdad fue hecha por Jesucristo,* como dice San Juan (1, 17), no fue para que en Él solo se quedasen, mas para que se derivasen en nosotros, y tomásemos del cumplimiento (plenitud, colmo) de Él, y en tanta abundancia, que le llama San Pablo (2 *Cor., 9, 15*), *don que no se puede contar* a lo que de presente tenemos. Y para conocer las riquezas de la heredad que en compañía de Él esperamos gozar, ruega San Pablo a Dios (*Ephes., 1, 17*), *que nos dé espíritu de sabiduría y de revelación;* porque aquel bien, mayor es de lo que nuestra razón puede alcanzar.

Gloria y gracia sean a Ti, Señor, para siempre, que así nos honraste y enriqueciste con los dones presentes, y nos consolaste con la esperanza de ser herederos de Dios, juntamente contigo; y que tuviste tanto amor con nosotros, que te movió, muy mejor que a Job (31, 17), *a que no comieses tu bocado de pan a solas, sino que comiese el huérfano de él.* Y así como el amor del Padre estuvo en Ti, y no estéril, mas lleno de muchos bienes, así Tú, Señor, queriéndonos hacer compañeros tuyos en esto, rogaste al Padre diciendo (*Jn., 17, 26*): *Que el amor con que me amaste esté en ellos;* y con este amor, tales bienes, cuales uno (*Isa., 61, 10*), por sí y por los que habían de gozar de estos bienes, dijo de esta manera:

Gozando me gozaré en el Señor, v regocijarse ha mi ánima en Dios; porque me vistió con vestiduras de salud, y me rodeó con vestidura de justicia; como a esposo hermojado con corona, y esposa ataviada con sus atavíos. La cual confesión, con otras semejantes que en la Escritura divina hay, de los bienes que por Jesucristo nos vienen, da ciertamente más honra a Jesucristo, que decir que ni la virtud de su sangre, ni de su gracia, ni sacramentos, ni infundirse el Espíritu Santo en un hombre, ni incorporarlo consigo, no son bastantes a quitar el pecado de un hombre, sino a hacer que no sea condenado por él. ¿Qué es esto, sino sentir mal de Dios Padre, que prometiendo enviar con su único Hijo remedio entero contra el pecado, y que en su tiempo *había de recibir fin el pecado (Dan., 9, 24)*, no cumple lo prometido, pues el Hijo venido, el pecado se queda aún en quien participa del Hijo? ¿Cómo se puede cumplir la palabra que dice *(Ezech., 36, 25): Derramare sobre vosotros agua limpia, y seréis limpios de todas vuestras suciedades;* si de verdad no me limpian en mi, sino échanme un manto limpio encima, diciéndome que se imputa por mía la justicia y limpieza de Jesucristo nuestro Señor? Lo cual, más es cubrir mi suciedad, que quitarla. Y quien esto dice, por el mismo caso niega ser el Mesías prometido en la Ley Jesucristo nuestro Señor ; y debe esperar otro, que libre, no sólo de la condenación del pecado, mas del mismo pecado; pues es claro que el que de entrambas cosas librase, sería mejor Salvador que quien de la una.

A estos tales despeñaderos sube la ciega soberbia a quien la recibe.

CAPITULO 91

Cómo se han de entender algunos lugares de la Escritura en que se dice que Jesucristo es nuestra justicia,

o cosas semejantes, para mayor declaración de los capítulos precedentes.

La manera que la divina Escritura tiene en decir (1 Cor., 1, 30) que *Cristo nos es hecho sabiduría, justicia, santificación y redención*, no debe ser ocasión a nadie para pensar que los justos no tienen en sí propia justicia. Porque si por eso *somos justos*, porque Cristo es justo, y no por justicia que tengamos, también se dirá que no hay *sabiduría* en nosotros con que seamos sabios, ni *santificación*, ni *redención*. San Juan dice (1 Jn., 2, 20, 27), *que la unción del Espíritu Santo, que enseña de todas las cosas, está en los justos*. San Pablo dice (1 Cor., 6, 11): *Lavados estáis, santificados estáis*. Y San Pedro (1 Petr., 1, 18): *Redimidos estáis de vuestra vana conversación*. Pues como Cristo *no fue redimido*, pues no tuvo pecado, de [ahí] que esta *redención* ha de estar en nosotros, por la cual somos llamados *redimidos*, no obstante que la Escritura diga que *Cristo nos es hecho redención*. Porque en esto, y en las otras tres palabras, lo que quiere decir es que por su merecimiento nos son dadas acuestas cosas.

El Apóstol dice (Colos., 3, 4) *que Cristo es nuestra vida*; mas por esto no se sigue que los justos no viven, pues que dice el Señor (Jn., 6, 58): *El que come a Mí, vive por Mí*. Y no tendría razón de hombre quien, por oír decir que Dios es hermosura de la rosa, o fortaleza del león, o cosas de esta manera, negase tener estas criaturas hermosura y fortaleza distintas de las de Dios. La Escritura dice (Deut., 30, 20): *Dios es vida tuya, y longuera de tus días*; el cual modo de hablar *quiere decir* que Dios es causa eficiente de estas cosas, y el que nos las da.

Ni tampoco debe ser tomada ocasión para el dicho error, de que la Escritura dice (2 Cor., 5, 21) que *somos*

hechos justicia de Dios en Jesucristo, y que (Ephes., 1, 6) el Padre nos hizo agradables en su amado hijo, y cosas de esta manera. Porque este modo de hablar es para dar a entender, como arriba se dijo, el misterio de ser Cristo cabeza, y de ser los justos sus miembros vivos; los cuales están arrimados a Él, para que se conserve y acreciente el bien que han recibido. Porque si por este modo de hablar se hubiese de entender que los justos no tenían estos bienes en sí mismos, sino porque los tiene Jesucristo, ¿qué se podría responder a lo que dice San Pablo (Rom., 3, 24): Que son justificados los justos por la redención que esta en Jesucristo, pues que, no habiendo en Él cautiverio, no hubo redención; y por esto ha de estar en los justificados, aunque ganada por el Señor.

El mismo Apóstol dice (Rom., 8, 35): ¿Quién nos apartará del amor de Dios, que está en Jesucristo? Mas por esto no se sigue que no está en nosotros, y muy dentro de nosotros; pues dice en otra parte (Rom., 5, 5), que el amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado. Este mismo modo de hablar tiene, cuando dice (Act., 17, 28), aun de los bienes naturales, que en Dios vivimos, y nos movemos y somos. Mas no habrá quien diga que no tenemos ser, y vida, y operaciones distintas de las de Dios.

Tiene la Escritura este modo de hablar, para dar a entender que ni tenemos el bien de nosotros, ni le podemos conservar en nosotros; y algunas veces dice que los tales bienes no son nuestros, ni los obramos nosotros; así como donde dice el Señor a sus discípulos (Jn., 15, 16): No me elegisteis vosotros, mas Yo os elegí. Y en otra parte (Mt., 10, 20): No sois vosotros los que habláis, mas el Espíritu de vuestro Padre habla en vosotros. Y porque no entendiese nadie que por esto el hombre no obraba bien y con libertad, dice en otras partes que hace el

hombre aquel tal bien, sin hacer mención de que lo hace Dios. *Yo os daré corazón nuevo*, dice Dios en Ezequiel (36, 26), y dice a los hombres en el mismo Profeta (18, 31): *Haced para vosotros corazón nuevo*. San Pablo dice (Rom., 9, 16), *que no es del que quiere, ni es del que corre*; y en otra parte (Rom., 7, 15) dice: *Yo quiero el bien: y (1 Cor., 9, 26) yo corro, y no como a cosa incierta*. Y así en otras muchas partes, para dar a entender que el bien que tienen, lo tienen de Dios, y que en la buena obra concurren Dios y el hombre; mas que la gloria del uno y del otro se debe a Dios, pues todo el bien viene de Él. Y por esta manera de hablar dijo nuestro Señor (Jn., 7, 16): *Mi doctrina no es mía, mas de Aquel que me envió*. Y así pudiera decir: Mis obras no son mías, mi justicia no es mía, mas de Aquel que me envió. Y quien por esta manera de hablar entendiese que el Señor no tenía en Si mismo sabiduría y doctrina y los otros bienes, claramente se ve cuan gravemente se engañaría. *Mi doctrina no es mía*, quiere decir: No la tengo de Mí mismo, sino de mi Padre. Y así por semejantes palabras no se había de sacar que los justos no tienen *en sí* propia justicia, sino que no la tienen *de sí*.

Y de esta manera se concuerda lo que el Concilio Tridentino dice (Sess., 6, *De justificatione*, cap.7, y Can. 11), que la justicia es nuestra, porque por ella, sujeta en nosotros, somos justificados; y lo que el Señor aquí dice, y en otra parte (Jn., 14, 24): *La palabra que oísteis no es mía*. Porque aunque esté en nosotros, no la tenemos de nosotros, sino dada de la mano de Dios; y por eso se dice ser justicia *de Dios*.

CAPITULO 92

Que debemos grandemente huir la soberbia que se suele levantar de las buenas obras, viendo lo mucho que por ellas se merece; y de una doctrina de Cristo de que

nos debemos aprovechar contra esta tentación.

Mucha diferencia va de saber una verdad a saber usar de ella como se debe usar. Porque lo primero sin lo segundo, no sólo no aprovecha, mas aun daña; pues como dice San Pablo (1 *Cor.*, 8, 2), *el que piensa que sabe algo, no ha sabido como debe saber.* Y dícelo, porque algunos cristianos sabían que lo sacrificado a ídolos se podía comer como lo que no era sacrificado; y usaron mal de aquesta ciencia, pues comían delante de aquellos que se escandalizaban de verlo comer.

Y heos dicho esto, porque no os contentéis con saber esta verdad, que los que están en gracia del Señor son justos y agradables, con propia gracia y justicia; y que el valor de sus buenas obras es tan alto, que merece que les crezca la gracia y se les dé la gloria; mas procuréis de poner esta verdad en su lugar, pues que hay gentes que usan mal de ella, o por más, o por menos. Los primeros corren peligro de soberbia, y los segundos de pereza y pusilanimidad. Muchos he visto que, por la gracia de Dios, en breve tiempo son libres de grandes males en que mucho tiempo estuvieron, y no son libres en muchos años de los peligros que por las buenas obras que hacen se les ofrecen. Acordaos que dice Santo Rey y Profeta David (*Ps.*, 139, 6), *que le pusieron lazo los malos cerca de su camino,* y que también (*Ps.*, 141, 4) *lo pusieron en el mismo camino.* Porque no sólo pretenden nuestros enemigos *sacarnos del buen camino,* incitándonos a que hagamos mal, mas también lo ponen *en el mismo camino* de las buenas obras, incitándonos a que no usemos del bien como debemos, para que se verifique en nosotros lo que dice el Sabio (*Eccl.*, 5, 12): *Vi otro mal debajo del sol, riquezas allegadas para mal de su dueño;* porque a quien usa mal de la cosa, mejor sería no la tener.

Acaece a éstos, que mirando las buenas obras que

hacen, y oyendo decir lo mucho que por ellas se merece, se les anda la cabeza alrededor con vanidad y altivo complacimento, sin mirar las muchas faltas que en ellas hacen, y sin tenerlas por merced de Dios, como lo son, y sin procurar de pasar adelante, como gente de pequeño y liviano corazón, que con pocas cosas se satisface, siendo razón, como dice San Bernardo, «que, no estemos descuidados mirando lo que tenemos de las cosas de Dios, mas cuidadosos por alcanzar lo mucho que nos falta». Y hay algunos tan ciegos con ignorante soberbia, que aunque su lengua diga otra cosa, mas su corazón siente muy de verdad que por sus merecimientos, sin mirar que son gracia de Dios, está obligado a darles lo que piden y lo que esperan, por tan pura justicia, que si algo les niega, se quejan en su corazón teniéndose por agraviados, y que sirviendo tan bien, no se les hace justicia, negándoles algo.

No os mueva esta mala soberbia; que días ha que se queja Dios de ella en Isaías (58, 2) diciendo: *Pídenme juicios de justicia, y quiérense llegar a Dios y dicen: ¿Por qué ayunamos y no lo miraste, y humillamos nuestras ánimas y no lo aprobaste?* Y porque esta ponzoña tan peligrosa no entre en vuestra ánima, con otras que de ella se siguen, debéis de tomar aquella excelente doctrina que Jesucristo nuestro Señor dijo en San Lucas (17, 7) de esta manera: *¿Quién de vosotros tiene un siervo que ara o apacienta bueyes, que viniendo del campo, le diga: Luego vete a descansar; y no le diga: Aparéjame lo que he de cenar, y cíñete, y sírveme hasta que yo haya comido y bebido, y después comerás tú y beberás? ¿Por ventura agradece aquel señor a su siervo que hizo las cosas que le había mandado? Pienso que no. Pues así vosotros, cuando hubiéredes hecho todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos desaprovechados somos; lo que éramos obligados a hacer, hicimos.* De las cuales palabras debéis sacar cuan provechoso sentimiento es

para el cristiano tenerse por *esclavo* de Dios; pues el Señor nos mandó que así nos llamemos; y esto no con el corazón con que suele servir el esclavo, que es temor y no amor; porque de éste dice San Pablo (*Rom.*, 8, 15): *No recibisteis el espíritu de servidumbre otra vez en temor, mas recibisteis el espíritu de adopción de hijos de Dios, en el cual clamamos, diciendo a Dios: Padre, Padre.* Porque como San Agustín dice: La diferencia, en breve de la Ley vieja al Evangelio, es la que hay de temor a amor.

Y así, dejando aparte este *espíritu de servidumbre*, porque no es de *hijos de Dios*, y el *espíritu del temor*, por imperfecto—aunque no malo, pues es don de Dios temerle, aun por las penas—, entendido por nombre de *siervo* a un hombre que se tiene por sujeto a Dios por más fuertes y justas obligaciones que ningún esclavo lo es de otro hombre, por muy caro que le haya costado. Y mirando a esto, todo lo que dentro de sí o fuera de sí hace de bien, todo lo hace para gloria y contentamiento de Dios, como un esclavo leal, que todo lo que gana lo da a su señor. *Item*, no es flojo ni descuidado en servir hoy, por haber servido muchos años pasados; ni se tiene por desobligado de hacer un servicio, porque ha hecho otro, como dice el Santo Evangelio; mas tiene de continuo una *hambre y sed de justicia* (*Mt.*, 5, 6), que todo lo hecho tiene por poco, mirando lo mucho que ha recibido, y lo mucho que merece el Señor a quien sirve. Y así cumple lo que dice San Pablo (*Philip.*, 3, 13), *que olvidando las cosas pasadas, se esfuerza a servir de nuevo en lo porvenir.* Y también entiende, que de lo que hace, por mucho que sea, ni le viene provecho a Dios, ni es Dios obligado a le agradecer a él lo que hace, mirando a las obras como a nacidas de solas nuestras fuerzas y natural, pues no le puede pagar aun lo que le debe. Y por esto dice el Santo Evangelio: *Cuando hubiéredes hecho todas las cosas que os fueren mandadas, decid: Siervos somos sin provecho; lo que debíamos hacer hicimos, sin*

provecho digo, para Dios; que para sí ganan la vida eterna, como se dirá en el capítulo siguiente.

Y de esta manera entendido el nombre de esclavo, veréis que es nombre de humildad, obediencia, diligencia y amor. El cual sentimiento tuvo la sagrada Virgen María cuando, enseñada por el Espíritu Santo, respondió (*Lc., 1, 39*): *He aquí la esclava del Señor; sea hecho en Mí según tu palabra.* Su propia bajeza confiesa; su servicio y amor liberalmente ofrece, sin atribuirse a Sí misma otra honra ni otro interés, mas de tener cuenta de servir como esclava en lo que el Señor le mandase para gloria de Él, todo lo cual sintió y dijo en llamarse nombre de *esclava*. De este mismo nombre se precia y se nombra San Pablo, cuando dice (*Rom., 1, 1*): *Pablo, siervo de Jesucristo.* Y, finalmente, así lo han de sentir todos los que sirven a Dios, altos o bajos, si quieren que no se les torne en daño el servicio.

Aprovechaos, pues, vos, de esta verdad, y hallaréis gran remedio contra los peligros que de las buenas obras suelen nacer, no por naturaleza de ellas, sino por la imperfección de quien las hace. Y usad a decir con la boca y el corazón muchas veces: *Esclava soy de Dios, por ser Dios quien es, y por mil cuentos de beneficios que de su mano he recibido; y por mucho que haga por Él, no le pagaré un paso que por mí dio hecho hombre, ni el menor de los tormentos que por mí pasó, ni un pecado que me ha perdonado, ni otro de que me haya librado, ni un propósito bueno que me ha dado para le servir, ni un día del cielo que espero alcanzar. Y menor soy, como dijo Jacob (*Gen., 32, 10*), que cualquiera de las misericordias de Dios.* Y sí dice el Señor que los que hacen iodo *lo que les es mandado* se deben humillar y decir: *Siervos somos sin provecho; lo que debíamos hacer hicimos, ¿cuánto más me debo yo humillar, pues en tantas faltas caigo por ignorancia, o flaqueza o malicia? Esclava soy, y mala*

esclava, y no sirvo a Dios como puedo ni debo; y si a lo que yo merezco hubiese mirado, ya ha días que me hubiera enviado al infierno por los pecados que he hecho, y por otros muchos en que justamente me pudiera haber dejado caer.

Este, pues, sea el sentimiento que de vos tengáis, y éste sea el lugar donde os pongáis, pues de vuestra parte así lo merecéis. Y vuestro cuidado sea servir al Señor lo mejor que pudiéredes, sin echar de ver en ello, y sin pensar que por ello os debe Dios agradecimiento, *ni que podéis responder a lo que debéis, ni uno por mil*, como dice Job (9, 3). Y cuando oyéredes decir lo mucho que merecen las buenas obras, no alivianéis vuestro corazón, sino decid: «Merced tuya es, Señor; gracias sean dadas a Ti, que tal valor das a nuestros indignos servicios.» De manera, que siempre os quedéis en vuestro lugar de negligente e indigna esclava.

CAPITULO 93

Que allanado el hombre y humillado con lo ya dicho en el capítulo pasado, puede gozar de la grandeza que el Señor se dignó dar a las obras de los justos, con seguridad y hacimiento de gracias.

Asegurada, pues, vuestra ánima de los peligros ya dichos con este sentimiento que el Señor nos enseña, podréis gozar con seguridad de la grandeza y valor que el Señor da a los suyos; y lo bendeciréis, porque a los que son esclavos de naturaleza, les infunde Él su gracia, con la cual son hechos hijos adoptivos de Dios; *y sí hijos, herederos juntamente con Cristo*, como dice San Pablo (*Rom.*, 8, 16). Y porque los recibidos por hijos de Dios es razón que vivan y obren conforme a la condición de su Padre, dales el Señor el Espíritu Santo, y muchas virtudes y dones con que le puedan servir y cumplir su Ley y

tenerle contento. Y aquellos cuyos servicios, por grandes que fuesen, mirados en sí, no subían de los tejados arriba, han ya bebido del agua de la gracia, que es tan poderosa, que se *les ha hecho una fuente en sus entrañas, que salta hasta la vida eterna (Jn., 4, 14)*; con el valor de la cual, las buenas obras, por pequeñas que sean, *suben hasta la vida eterna*, porque la merecen por las causas ya dichas.

Mirad lo que va de vos, mirándoos en vos, a vos mirándoos en Dios y en su gracia. De vos, sois una gran suma de deudas, y por mucho que hagáis, no sólo no podréis merecer la vida eterna, mas ni aun pagar lo que debéis. Mas en Dios y su gracia, el mismo servicio que sois obligada a hacer, os he recibido por merecimiento de la vida eterna. Y no siendo el Señor obligado a vos para agradeceros ni pagaros lo que por Él hiciéredes, ordena las cosas de tal arte, que las buenas obras de los suyos sean galardonadas con poseerlo a Él en el cielo. Y aunque para hacerlo así no debe Dios nada a *nadie* por quien Él es, mas débelo *a Sí mismo*, cuya ordenación es muy justo y debido que se cumpla, y muy por entero. Glorificad, pues, a Dios por estas mercedes; y entended, que si Dios no hubiera sido misericordioso Padre a San Pablo en darle una vida llena de buenos merecimientos, no osara él decir (2 *Tim.*, 4, 8), ya que estaba cerca de su muerte, que *le había de dar corona de justicia el justo Juez*. Coronóle Dios por justicia, mas Él le dio primero los merecimientos de la gracia. Y así todo redundando en gloria de Dios: o de justo galardonador del bien hecho, o de misericordioso y primero dador del bien que hicimos. Lo cual ninguno debe negar, sino el que quiere privar a Dios de su honra.

Poneos, pues, en vuestro propio lugar, y teneos por digna de infierno y de todos los males, y por indigna del menor de los bienes. Y no desmayéis por aquella bajeza;

mas hollada toda pusilanimidad, esperad en la misericordia de Dios, que pues os ha puesto en su camino, os esforzará en él para que lo llevéis adelante, hasta que cojáis en la vida eterna el fruto de las buenas obras que aquí por su gracia hicisteis.

CAPITULO 94

Que del amor que tenemos a nosotros mismos habemos de sacar el amor que debemos tener a los prójimos.

Pues ya habéis oído con qué ojos habéis de mirar a vos misma y a Cristo, resta—para cumplimiento de las palabras del Profeta, que os dice que *veáis*—, con qué ojos debéis de mirar a los prójimos; para que así de todas partes tengáis luz, y ningunas *tinieblas os hallen* (*Jn.*, 12, 25).

Y para esto habéis de notar que aquél mira bien a sus prójimos, que los mira con ojos que pasan por sí mismo, y que pasan por Cristo. Quiero decir, tiene un hombre trabajos cuanto a su cuerpo, o tristezas o ignorancias y flaquezas cuanto a su ánima. Claro es, que siente pena con el calor y frío, y le duele la enfermedad, y desea no ser desechado ni despreciado por sus flaquezas, mas sufrido y remediado y apiadado. Pues de esto que pasa en él, así en sentir los trabajos, como en desear el remedio de ellos, aprenda y conozca lo que el prójimo siente, pues es de la misma flaca naturaleza de él; y con aquella compasión le mire y remedie y le sufra, con que mira a si mismo y desea ser remediado. Y así cumplirá lo que la Escritura dice (*Eccli.*, 31, 18): *De ti mismo entiende las cosas que son de tu prójimo.* Porque de otra manera, ¿qué cosa puede ser más abominable, que querer misericordia en sus yerros, y venganza contra los ajenos? ¿Querer que todos le sufran con mucha

paciencia, pareciéndole sus yerros pequeños, y no querer él sufrir a nadie, haciendo de la pequeña *mota* del ajeno defecto una gran *viga*? Hombre que quiere que todos miren por él y le consuelen, y él ser desabrido y descuidado para con los otros, no merece llamarse hombre, pues no mira a los hombres con ojos humanos, que deben ser piadosos. La Escritura dice (*Prov., 20, 10*): *Tener peso y peso, y medida y medida, abominación es delante de Dios*; para dar a entender, que quien tiene una medida grande para recibir, y otra pequeña para dar, que es desagradable delante sus ojos. Y su castigo será, que pues él no mide a su prójimo con la misericordia que quiere que midan a él, que le mida Dios a él con la crueldad y estrecha medida con que él midió a su prójimo. Porque escrito está (*Mí., 7, 2*): *Con la medida que midiéredes seréis medidos*; y (*Jac., 2, 13*): *Juicio sin misericordia será hecho al que no hiciere misericordia*.

Pues, doncella, en cualquier cosa que en vuestro prójimo viéredes, mirad qué es lo que vos sentís, o querríades que otros sintiesen de vos, si aquello os acaeciese; y con aquellos ojos que *pasan por vos* compadeceos de él, y remediadlo en cuánto pudiéredes; y seréis medida de Dios con esta piadosa medida que vos midiéredes, según su palabra (*Mt., 5, 7*): *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*. Y así habréis sacado conocimiento del prójimo de vuestro propio conocimiento, y seréis piadosa para con todos.

CAPITULO 95

Que del conocimiento del amor que Cristo nos tuvo habemos de sacar el amor que debemos tener a los prójimos.

Ahora mirad cómo lo habéis de sacar del conocimiento de Cristo.

Pensad con cuánta misericordia se hizo el Hijo de Dios hombre por amor de los hombres, y con cuánto cuidado procuró en toda su vida el bien de ellos; y con cuan excesivo amor y dolor ofreció en la cruz su vida por ellos. Y así como, mirándoos a vos, mirasteis a los prójimos con ojos humanos, así mirando a Cristo, lo miraréis con ojos cristianos; quiero, decir, con los ojos que Él los miró. Porque si Cristo en vos mora, *sentiréis* de las cosas *como Él sintió*, y veréis con cuánta razón sois obligada a sufrir y amar a los prójimos; a los cuales Él amó y estimó como la cabeza ama a su cuerpo, y el esposo a su esposa, y como hermano a hermanos, y como amoroso padre a sus hijos. Suplicad al Señor que os abra los ojos con que veáis el encendido fuego de amor que en su Corazón ardía cuando subió en la cruz por el bien de todos, chicos y grandes, buenos y malos, pasados, presentes y por venir, y por los mismos que le estaban crucificando. Y pensad que este amor no se le ha resfriado; mas si la primera muerte no bastara para nuestro remedio, con aquel amor muriera ahora, que entonces murió. Y como una sola vez se ofreció al Padre en la cruz corporalmente por nuestro remedio, así muchas veces se ofrece en la voluntad con el mismo amor.

Pues decidme, ¿quién podrá ser cruel a los que Cristo fue tan piadoso? ¿Cómo hallará puerta para codiciar mal al que Dios le desea todo bien y salvación? No se puede decir ni escribir, el entrañable amor que se engendra en el corazón del cristiano que mira a sus prójimos, no según lo de fuera, así como riquezas o linaje, o cosas semejantes, mas como a unos entrañables pedazos del cuerpo de Jesucristo, y como cosa conjuntísima a Cristo con toda manera de parentesco y de amistad. Porque, según dice el refrán: Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can, ¿qué tanto os

parece que querrá un amador de Cristo a sus prójimos, viéndoles que son cuerpo místico de Él, y que ha dicho el mismo Señor por su boca (Mt., 25, 40, 45), *que el bien o el mal que al prójimo se hiciere, el Señor lo recibe como hecho a Sí mismo?* Y de considerar profundamente acuestas palabras viene el buen cristiano a conversar con sus prójimos con una reverencia profunda y amor entrañable, y mansedumbre blanda para lo[s] sufrir, y vigilante cuidado de no les enojar ni dañar, antes aprovechar y alegrar; que le parece que con el mismo Cristo conversa, pues a Él mira en ellos; de los cuales se tiene en su corazón por más esclavo y más obligado a los aprovechar, que si por gran suma de dineros fuera comprado. Porque mirado el precioso precio que Jesucristo dio por un hombre, cuando con su preciosa sangre lo compró en la cruz, ¿qué debe hacer este tal, sino ofrecerse todo a servicio de Cristo, deseando que se ofrezcan cosas en que enseñe su agradecimiento y su amor? Y como oye de la boca de Dios: *Si me amas, apacienta mis ovejas (Jn., 21, 17)*. Y *(Mr., 9, 36): Quien a un chiquito de éstos recibe, a Mí me recibe*. Y *(Mt., 25, 40): Quien Hace obras de misericordia a uno de éstos, a Mí las hace*, tiene por señalada merced que tenga tan cerca de sí tan buen aparejo en que mostrar y ejercitar el amor que él tiene a Jesucristo; *pareciéndole* el trabajo que por el prójimo pasa, pequeño, y *los años breves, por la grandeza del amor* que a Cristo tiene por Sí, y a ellos por Él y en Él *(Gen., 29, 20)*. Y trae a la continua en su corazón lo que el Señor amoroso tan estrechamente mandó cuando dijo: *Mi mandamiento es acueste: que os améis unos a otros como Yo os amé (Jn., 15, 12)*.

CAPITULO 96

De otra consideración que nos enseña mucho el cómo nos habernos de haber con los prójimos.

Y añadid a esto otra consideración con que habéis de mirar a los prójimos; y es, que aunque, por una parte, sea gran verdad que de los bienes que el Señor hace a uno no busca, ni quiere retorno; mas mirándolo por otra parte, ninguna cosa da, de la cual no lo quiere: no para Sí—pues Él es riquísimo, sin poder crecer en riquezas; y lo que da, por amor puro lo da—; mas el retorno que quiere es para los prójimos, que tienen necesidad de ser estimados, amados y socorridos; así como si un hombre hubiese prestado a otro muchos dineros, y hecho otras muchas buenas obras, y le dijese: «De todo esto que por vos he hecho, yo no tengo necesidad de vuestra paga; mas todo el derecho que contra vos tenía, lo cedo y traspaso en la persona de fulano, que es necesitada, o es mi pariente o criado; pagadle a él lo que a mí me debéis, y con ello me doy por pagado.»

De este arte entre el cristiano en cuenta con Dios, y mire lo que de Él ha recibido, así en los trabajos y muerte que el Hijo de Dios pasó por él, como en las misericordias particulares que después de criado le ha hecho, no castigándole por sus pecados, no desechándole por sus flaquezas, esperándole a penitencia y perdonándole cuantas veces ha pedido perdón; dándole bienes en lugar de males, con otras innumerables mercedes que no se pueden contar. Y piense que esta amorosa contratación de Dios con él, le ha de ser un dechado y regla para la conversación que él ha de tener con su prójimo; y que el intento con que Dios ha obrado en él tantas mercedes es para darle a entender, que aunque el prójimo no merezca por sí ser sufrido ni amado ni remediado, quiere Dios que el bien que el otro por sí no merece, le sea concedido por lo que él debe a Dios, y se conozca por obligado y esclavo de los otros, mirando a Dios, el que mirando a ellos se hallaba no deber nada a nadie, y que el título con que el necesitado le pida remedio, sea éste: «Haced esto conmigo, pues Dios así lo ha hecho con vos.»

Y tema mucho el tal hombre no sea cruel o desamorado con quien lo ha menester, porque Dios no lo sea para con él, quitándole los bienes que le había dado, y castigándole como a desagradecido al perdón de los males pasados; como lo hizo con aquel mal siervo (Mt., 18, 24...), que habiendo recibido de su señor perdón de diez mil talentos, fue cruel para con su prójimo, encarcelándole porque le debía cien maravedís, sin le querer dar suelta ni espera. Y aquel señor, que por haberle destruido su siervo hacienda de *diez mil talentos*, no se lee haberse enojado con él, antes usado de tanta misericordia, que pidiéndole su esclavo espera, le dio suelta y perdón de la deuda, está ahora tan enojado por la crueldad que con su prójimo hizo, que reprendiéndole ásperamente, le dijo: *Siervo malo, te perdoné yo todo lo que me debías, porque me rogaste; pues ¿no fuera razón que hubieras tú misericordia de tu prójimo, como yo la hube de ti?* Y con este enojo *lo entregó a los atormentadores hasta que pagase toda la deuda, que ya le había soltado.* No porque Dios castigue los pecados ya una vez perdonados, mas castiga la ingratitud del perdonado, la cual es mayor, cuanto el perdón fue de más y mayores pecados. Y aunque es de creer que este tal siervo llamase a su señor, mas responderíale lo que está escrito (*Prov., 21, 13*): *El que cierra su oreja al clamor del pobre, dará voces él y no será oído.*

Entended, pues, doncella, que mirándoos a vos, y mirando a Cristo quién es, y los bienes que de su mano habéis recibido, es razón que se engendre en vuestro corazón una estima y amor con el prójimo, que ninguna cosa sea parte para os la quitar. Y cuando vuestra carne os dijere: *¿Qué le debo yo a aquél para hacerle bien? ¿y cómo le amaré, habiéndome él hecho mal a mí?*, responded que quizá la oyérades, si la causa de vuestro amor fuera el prójimo; mas pues es Cristo, el cual recibe el bien al prójimo hecho, y el perdón al prójimo dado,

como si a Él mismo se diera, ¿qué parte puede ser para estorbar el amor y buenas obras el ser el prójimo quien fuere, o hacerme el mal que quisiere, pues yo no tengo cuenta con él sino con Cristo? Y de esta manera arderá en vuestro corazón la caridad de tal arte, que *(Cant., 8, 7) las aguas muchas* de malas obras que nos sean hechas *no la podrán apagar*, mas saldrá vencedora, y subirá hacia arriba como viva llama, y conversaréis con vuestros prójimos, sin que tropecéis ni perdáis vuestra virtud, porque ellos la pierdan. Y así dice Santo Rey y Profeta David *(Ps. 118, 165): Mucha paz tienen, Señor, los que aman tu Ley, y no tienen tropiezo*. La cual Ley, la de la caridad es, con que se suma y cumple toda la Ley, como dice San Pablo *(Rom., 13, 8): Quien al prójimo ama, la Ley ha cumplido*.

Y esta estima del prójimo, con que le honramos como a hijo de Dios adoptivo, y como a hermano de Jesucristo nuestro Señor, y este amor que como a cosa tan suya le tenemos, es lo que San Pablo encomienda a los Filipenses *(2, 4)* y a nosotros en ellos, diciendo: *Teneos con la humildad unos a otros por mayores; y no tengáis cuenta con vuestro interés, mas con lo que cumple a los otros; y esto sentid a ejemplo de Jesucristo, que teniendo forma de Dios, se humilló a tomar forma de siervo; lo cual fue para aprovecharnos*. Y estas dos mismas cosas, humildad y amor con los prójimos, nos enseñó, y encomendó el mismo Señor en aquel admirable hecho que cercano a la muerte quiso hacer, lavando los pies a sus discípulos; en lo cual se denota humildad por ser oficio tan bajo, y caridad por ser provecho del prójimo. Las cuales dos cosas, quiere que de Él aprendamos, siendo pequeños siervos y discípulos suyos, pues el Señor y Maestro lo quiso hacer.

Confortada, pues, con este ejemplo, y con lo ya dicho, pesad a los prójimos con peso de que son

adoptados de Dios, y se dio por ellos Jesucristo en la cruz; y preciad y honrad vos a quien Dios tanto honró, y amad a los que son conjuntos con Él como esposa muy amada, y miembros de su cabeza. Y así tendréis el amor fundado y fuerte; porque el que de estas fuentes no nace, muy flaco es, y luego se cansa y se seca, y como casa edificada sobre movediza arena, a cualquier combate y ocasión que se le ofrezca da consigo en el suelo.

CAPITULO 97

Comiézase a tratar de la palabra del verso que dice: «Olvida tu pueblo.» Y de dos bandos que hay de hombres, buenos y malos, y de los nombres que los malos tienen, y de sus varios intentos.

Sigúese otra palabra, que dice: **OLVIDA TU PUEBLO, Y LA CASA DE TU PADRE.** Para declaración de la cual es de notar, que todos los hombres son repartidos en uno de dos bandos o ciudades diversas, una de buenos, y otra de malos. Las cuales ciudades no son distintas por diversidad de lugares, pues los ciudadanos de una y de otra viven juntos, y aun dentro de una casa, mas por diversidad de afecciones. Porque, según dice San Agustín (De la Ciudad de Dios, lib. 14, cap. 28): «Dos amores hicieron dos ciudades. El amor de sí mismo, hasta despreciar a Dios, hizo a la ciudad *terrenal*. El amor de Dios, hasta despreciar a sí mismo, hizo la ciudad *celestial*. La primera ensálzase en sí misma; la segunda, no en sí, mas en Dios. La primera quiere ser honrada de los hombres; la segunda tiene por honra tener la conciencia limpia delante los ojos de Dios. La primera ensalza su cabeza en su propia honra; la segunda dice a Dios (Ps. 3. 4): *Tú eres mi gloria, y el que alzas mi cabeza*. La primera es deseosa de mandar y señorear; en la segunda sírvense unos a otros por caridad; los mayores aprovechan a los menores, y sus menores obedeciendo a sus mayores. La

primera atribuye la fortaleza a sus fuerzas, y gloríase en ellas; la segunda dice (*Ps. 17, 2*): *Ámete yo, Señor, fortaleza mía*. En la primera los sabios de ella buscan los bienes criados; o si *conocieron al Criador no le honraron como a tal, mas tornáronse vanos en sus pensamientos, y diciendo: Somos sabios, tornáronse necios (Rom., 1, 21...)*; mas en la segunda ninguna otra sabiduría hay sino el verdadero servicio de Dios, y espera por galardón honrar al mismo Dios, en compañía de los santos hombres y Ángeles, *para que sea Dios todas las cosas en todos (1, Cor., 15, 28)*». De la primera ciudad son ciudadanos todos los pecadores; de la segunda todos los justos. Y porque todos los que de Adán descienden —sacando al Hijo de Dios y a su bendita Madre— son pecadores aun en siendo engendrados; por tanto, todos somos naturalmente ciudadanos de aquesta ciudad; de la cual Cristo nos saca por gracia, para hacernos ciudadanos de la suya.

Esta mala ciudad, que es congregación, no de plazas ni calles, mas de hombres que se aman a sí y presumen de sí, se llama por diversos nombres que declaran la maldad de ella.

Llábase *Egipto*, que quiere decir *tinieblas o angustia* ; porque los que en esta ciudad viven, o no tienen luz de conocimiento de Dios por no tener fe, o si la tienen, como los cristianos que viven mal, tiénela muerta por no tener caridad, que es la vida de ella. Y por esto dice San Juan (*1 Jn., 4, 8*), *que el que no ama a Dios, no conoce a Dios, porque Dios es amor*; quiere decir, que no tiene conocimiento amoroso, cual lo deben tener para se salvar. Y así, viviendo los unos en tinieblas de infidelidad, y los otros en tinieblas de pecados, no tienen gozo, sino estrechura y tristeza. Porque, según dice Tobías (*5, 12*): *¿Qué gozo puedo yo tener, pues no veo la lumbré del cielo?*

Llámase también *Babilonia*, que quiere decir *confusión*. El cual nombre fue puesto cuando los soberbios quisieron edificar una torre que llegase hasta el cielo, para defenderse de la ira de Dios, si quisiese destruir el mundo por agua otra vez; y para hacer un tal edificio, por el cual fuesen nombrados en el mundo (*Gen., 11, 9*). Mas impidió su locura el Señor de esta manera, que les confundió el lenguaje, para que así no se entendiesen unos a otros. De lo cual nacieron rencillas, pensando cada uno que hacía el otro burla de él, diciendo uno y respondiendo otro. Y así el fin de la soberbia fue *contusión*, y rencilla y división. Muy propiamente compete este nombre a la ciudad de los malos, pues quieren pecar y no ser castigados; y no quieren huir los castigos de Dios evitando de ofenderle, mas si pudiesen, por fuerza o por maña, pecar y no ser castigados, lo intentarían. Son soberbios, y todo su fin es que se nombre su nombre en la tierra; y hacen torres de obras vanas si pueden, y si no en los pensamientos; los cuales destruye Dios al mejor sabor que ellos están, según está escrito (*Jac., 4, 6*): *A los soberbios resiste*. Y porque no quisieron vivir en unidad de lenguaje, dando la obediencia a Dios, son castigados en que ni ellos se entiendan a sí mismos, ni entiendan a Dios, ni se entiendan unos a otros, ni entiendan cosa criada; pues faltándoles la sabiduría de Dios, ninguna cosa entienden como se debe entender, para su provecho. Cuántas cosas pasan en el corazón de los malos, que los sacan de tiento, y no saben cómo remediarse; ya pidiendo un deseo una cosa y otro otra, y a las veces contraria; ya hacen, ya deshacen; lloran y alégranse, y todo al revés; ya quieren desesperar, ya se ensalzan vanamente; buscan con mucha diligencia una cosa, y después de haberla alcanzado, pésales por haberla buscado, o no hallan en ella lo que pensaban; desean una cosa y hacen otra, siendo regidos, no por razón, mas por pasión.

Y de aquí es, que como el hombre sea *animal racional*, cuya principal parte es el ánima, que ha de vivir según razón, y éstos viven según apetito, viven al revés, pues viven vida bestial, que es vida de cuerpos, y no racional, que es propia vida de hombres. De lo cual nace, que como Dios sea espíritu, y haya de ser servido, no de vida bestial, sino espiritual, estos tales no le sirven, según arriba se dijo, porque su vida es al contrario de la Ley de Él. Y como la unión de los cristianos nazca de la unión de sí mismo en sí, y de la unión de sí con Dios, estos ciudadanos, divididos de Dios, no pueden tener buena ni duradera paz unos con otros; mas antes de sus hablas y obras y juntas, nacen rencillas, viviendo cada uno a su propio querer, sin curar de agradar al otro, y sintiendo cada uno su afrenta e injuria, sin curar de sufrir unos a otros. Estos son los que ni usan de sí, ni de las criaturas al fin que fueron criados, mas a sí mismos y a todas las cosas las quieren para sí, haciéndose último fin de todas ellas; y, por tanto, con Justa razón son llamados *Babilonia*, pues que todo anda al revés de su Criador.

Llámanse también *Caldeos*; llámanse *Sodoma*; llámanse *Edón*, con otros mil nombres que representan la maldad de este pueblo, y todos aun no pueden declarar la malicia de él.

Este es el pueblo, el cual es llamado *Mundo*, no por este que Dios crió, porque éste es bueno, como criado por el que es sumamente bueno; mas porque estos hombres tales, ni tienen otro sentido, ni otro amor, sino de esto visible. Lo cual llama San Juan (1 *Jn.*, 2, 16) *soberbia de vida, y codicia de carne, y codicia de ojos*: y quien esto ama, perecerá; mas *Quien hiciere la voluntad de Dios, permanecerá para siempre*, dice el mismo San Juan. Y San Pablo dice (*Rom.*, 8, 9): *El que no tiene espíritu de Cristo, no es de Cristo*; y por consiguiente, será del mundo. Y Santiago (4, 4) dice que *el amistad de este*

mundo, enemistad es con Dios.

CAPITULO 98

Que nos conviene mucho huir de la mala ciudad de los malos, que es el mundo, y de cuan mal trata a sus ciudadanos; y del espantoso fin que todos ellos tendrán.

Bastantes causas habéis oído para aborrecer este pueblo, y para entender cuánto quiere Dios que salgáis de él para salvaros; porque éste es el espiritual Egipto, del cual mandó Dios a Israel que saliese apriesa, y que caminase, aunque con trabajos, hasta la tierra de promisión. Y éste es el pueblo, del cual Dios mandó a Abraham que saliese, cuando le dijo (*Gen., 12, 1*): *Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre; y ven a la tierra, que Yo te mostraré*; lo cual él cumplió con sencilla obediencia, *sin saber dónde iba*, como dice San Pablo (*Hebr., 11, 8*). De este mismo pueblo mandó Dios salir a Lot (*Gen., 19, 17*), porque no le comprendiesen los castigos que quería enviar; y le mandó que se salvase *en el monte*, que es la alteza de la fe y buena vida. Finalmente, es el pueblo, del cual dice Dios a los que quieren ser suyos (*2 Cor., 6, 14*): *No queráis tener compañía con los infieles. Porque ¿qué compañía puede tener la maldad con la bondad, o la luz con las tinieblas? O ¿qué junta puede haber entre Cristo y Belial, o entre fiel e infiel? O ¿qué convención puede haber entre el templo de Dios, y los ídolos? Porque vosotros sois templo de Dios vivo, como dice Dios: Yo moraré en ellos, y andaré entre ellos, y seré Dios de ellos, y ellos me serán pueblo mío. Por lo cual salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis cosa suya; y yo os recibiré, y os seré Padre, y vosotros me seréis hijos, dice el Señor todopoderoso.* Oyendo las cuales promesas, os debéis de esforzar a haceros extraña a este mal pueblo, por el bien que se os promete, y por el mal que evitáis.

No es cosa segura estar debajo de una casa, la cual sin duda se ha de caer, y tomar debajo a cuantos en ella estuvieren; y no daríamos pocas gracias a quien de tal peligro nos avisase para huir de él. Pues sabed muy de cierto, y de ello os aviso de parte de Dios, que vendrá día en que espiritualmente se cumpla la visión que vio San Juan acerca de este mal pueblo, cuando dijo (*Apoc. 18, 1*): *Vi otro ángel que descendió del cielo, que tenía gran poder, y que tenía la tierra alumbrada con su resplandor. Y dio una gran voz con su fortaleza; y dijo: Caído, caído ha Babilonia la grande, y hecha es morada de demonios, y casa de todo espíritu sucio, y de toda ave sucia y horrible. Y abajo (v. 21) dijo: Tomó un ángel una piedra grande, como de molino, y echóla en la mar, diciendo: Con este ímpetu será echada la grande ciudad de Babilonia en la mar, y no será más hallada. Y porque no se descuiden los que desean salvarse, pensando que, teniendo compañía con los malos, no les comprenderán sus azotes, dice el mismo San Juan (v. 4) que oyó otra voz del cielo que dijo: *Salid de ella, pueblo mío, no seáis participantes en sus delitos, y no recibáis de sus plagas. Porque llegado han sus pecados hasta el cielo, y acordádose ha el Señor de las maldades de ella.**

Y aunque sea cosa muy provechosa al que es bueno huir aún corporalmente la compañía del malo, y para el que es principiante en la bondad le es casi necesario, si no quiere perderse, mas este *salir de en medio de Babilonia*, que aquí Dios manda, entiéndese, como dice San Agustín, de «salir con el corazón de entre los malos, amando lo que aborrecen, y aborreciendo lo que aman». Porque mirando lo corporal, en una misma ciudad y en una misma casa están juntas Jerusalén y Babilonia, cuanto al cuerpo; mas si miramos los corazones, muy apartados están; y en uno es conocida Jerusalén, ciudad de Dios, y en otro Babilonia, ciudad de los malos.

OLVIDAD, pues, VUESTRO PUEBLO, y salid al pueblo de Cristo, sabiendo que no podéis comenzar vida nueva, si no salís con dolor de la vieja. Acordaos de lo que dice San Pablo (*Hebr., 13, 12*), *que para santificar Jesús a su pueblo por su sangre, padeció muerte fuera de la puerta de Jerusalén. Y pues así es, salgamos a El fuera de los reales, imitándole en su deshonra.* Esto dice San Pablo, amonestándonos que por esto *Cristo padeció fuera de la ciudad*, para darnos a entender que si le queremos seguir, hemos de salir de esta ciudad que hemos dicho, que es congregación de los que a sí mismos mal se aman. Porque bien pudiera Cristo curar al ciego dentro de Bethsaida; mas quiso sacarlo de ella, y así darle vista (*Mc., 8, 23*), para darnos a entender que fuera de la vida común, que siguen los muchos, hemos de ser curados de Cristo, siguiendo el camino estrecho, por el cual dice la misma Verdad que andan pocos (*Mt., 7, 14*).

No os engañe nadie; no quiere Cristo a los que quieren cumplir con Él y con el mundo; y por su bendita boca prometió (*Mt., 6, 24*), *que ninguno puede servir a dos señores.* Y pues Él dijo que no era del mundo (*Un., 8, 23*), ni los suyos eran del mundo (*15, 19*), ni su reino era de este mundo (*18, 36*), no es razón que vos lo seáis; siquiera porque no paréis en lo que paró el desobediente Absalón (*2 Reg., 18, 14*), *que colgado de sus cabellos de una encina, fue alanceado con tres lanzas por mano de Joab*, y allí colgado, perdió la vida. Así acaecerá al hombre desobediente al Señor celestial, al cual con su mala vida persigue; cuyos pensamientos y afecciones, como cabellos le tienen colgado de acueste mundo, pues todo su fin es cómo será engrandecido en la tierra, y le vaya bien en esto visible. ¿Mas qué bien le puede ir, pues el árbol de que está colgado es encina, y da fruto a puercos? Y este mundo no contenta ni da fruto sino a hombres bestiales. A los cuales, con las tres lanzas ya

dichas, *de soberbia de vida, y codicia de carne, y codicia de ojos*, alancea el demonio, que es llamado *príncipe de este mundo* (Jn., 12, 31), porque rige y manda a los malos. El cual así trata a los suyos, que ni aun de manjares de puercos los harta; mas como otro Adonibecec, les tiene *cortados los cabos de los pies y las manos* para hacer cualquier bien, y *puestos debajo de la mesa* (Judic., 1, 6), para que coman, no de plato entero, mas de las migajas que le sobran a él. Hambrientos los tiene de presente, y después los llevará consigo adonde haya eterna hambre y tormentos; porque él otra cosa no puede dar. Tal es su tratamiento, que bastaba, si los mundanos en ello mirasen, para salirse de la compañía del demonio y del mundo, y allegarse a Dios; como hizo el hijo pródigo (Lc., 15, 16), que de verse en oficio tan vil, y que de manjar de puercos aun no se hartaba, cobró seso y consejo para ver qué diferencia iba de estar *en la casa de su padre* o en la casa del mundo, y dejó el mal que tenía, y fuese a su padre pidiéndole misericordia, y hallóla.

Haced, pues, vos así; y si queréis que el Señor os reciba, dejad vuestro pueblo. Y si queréis que se acuerde de vos, *olvidad vuestro pueblo*. Si queréis que Él os ame, no os améis desordenadamente a vos. Si queréis que Él cuide por vos, no estéis vos confiada en vuestro cuidado. Si queréis parecerle bien a sus ojos, no os miréis vos complaciéndoos en vos. Y si queréis agradarle, no temáis de desagradar al universo mundo por Él. Y si deseáis hallarle, no dudéis de dejar padre y madre, y hermanos y casa, y aun vuestra propia vida por Él. No porque conviene aborrecer estas cosas, mas porque conviene mirar tan de verdad y con todo vuestro amor a Cristo, que no torzáis un solo cabello el agradar a Él por agradar a criatura alguna, por amada que sea, ni aun por vos misma. San Pablo predica (1 Cor., 7. 29), que *los que tienen mujeres las tengan como si no las tuviesen, los que*

compran como si no poseyesen, y los que venden como si no vendiesen, y los que lloran como si no llorasen, y los que gozan como si no gozasen, y la causa es lo que añade, diciendo: Porque se pasa presto la figura de este mundo. Pues así os digo, doncella, que lo uno, porque presto se pasa; lo otro, porque ya no sois vuestra, así tened padres y hermanos, parientes, casa y pueblo, como si no lo tuvieseis; no para no reverenciarlos y amarlos y obedecerlos, pues la gracia no destruye la orden de naturaleza, y aun en el mismo cielo ha de haber reverencia de hijo a padre, mas para que no os ocupen el corazón y estorben el amor de Dios. Amadlos en Cristo, no en ellos; que no os los dio Cristo para que os sean estorbo a lo que tanto debéis siempre hacer, que es servirle. San Jerónimo cuenta de una doncella, que estaba tan mortificada a la afección del parentesco, que a su propia hermana, aunque era doncella, no curaba de verla, contentándose con amarla por Dios. Creedme, que así como en un pergamino no pueden escribir, si no está muy bien raído y quitado de la carne, así no está el ánima aparejada para que el Señor escriba sus particulares mercedes en ella, hasta que estén en ella muy muertas las afecciones que nacen de la carne.

Leemos que en los tiempos pasados pusieron el Arca de Dios en un carro para que la llevasen dos vacas paridas, y los becerros quedaban en cierta parte encerrados; y aunque las vacas *daban gemidos* por sus hijos, mas nunca dejaron su camino real, ni tornaron atrás, *ni se apartaron*, dice la Escritura (1 Reg., 6, 10), *a la mano derecha, ni a la izquierda*; mas, por el querer de Dios que así lo hacía, llevaban su Arca hasta la tierra de Israel, que era lugar donde Dios moraba. Los que se han puesto encima de sus hombros la cruz de Jesucristo nuestro Señor, que es arca donde [Él] está y se halla muy de verdad, no deben dejar ni retardar su camino por estas afecciones naturales de amor de padres e hijos y

casas, y otras cosas semejantes; ni deben gozarse livianamente con las prosperidades de ellos, ni pensarse por sus adversidades; porque lo primero es apartarse del camino a la mano derecha, y lo segundo a la izquierda; mas seguir con fervor su camino, encomendando al Señor que guíe a su gloria lo uno y lo otro; y estar tan muertos a estas cosas, como si no les tocasen; o a lo menos no dejarse vencer de la tristeza o del gozo, por lo que a ellos toca, aunque algo lo sientan. Lo cual fue figurado en las vacas, que aunque *daban bramidos* por sus hijos, no por eso dejaban de llevar el Arca de Dios.

Y si los padres ven a sus hijos que quieren servir a Dios de alguna manera buena, que a ellos no es apacible, deben mirar lo que Dios quiere; y aunque giman con amor de los hijos, vénzanse con el amor de Dios, y ofrezcan sus hijos a Dios, y serán semejantes a Abraham (*Gen., 22, 10*), que quería matar a su unigénito por la obediencia de Dios, no curando de lo que su sensualidad deseaba. Y el dolor natural, que en estos trances se pasa, débese sufrir con paciencia; el cual aun no irá sin galardón, pues que el Señor ordenó el dicho amor, y por amor de Él se vencen, como quien padece martirio.

Olvidad vuestro pueblo, doncella, y sed como otro Melchisedech (Hebr., 7, 3), del cual no se cuenta que tuviese padre ni madre, ni linaje alguno. En lo cual como San Bernardo dice, se da ejemplo a los siervos de Dios, que han de tener tan olvidado su pueblo y parientes, que sean en su corazón como este Melchisedech en este mundo, sin tener cosa en su corazón que les captive y retarde su apresurado caminar que caminan a Dios.

CAPITULO 99

De la vanidad de la nobleza del linaje; y que no se

deben gloriar de él los que quieren ser del linaje de Cristo.

No querría que os cegase a vos la vanidad que a muchos ciega, presumiendo de su linaje carnal. Y por tanto, quiéroos decir lo que a una doncella San Jerónimo dice: «No quiero que mires a aquellas doncellas, que son doncellas del mundo y no de Cristo; las cuales, no acordándose de su propósito comenzado, se gozan en sus deleites, y se deleitan en sus vanidades, y gloríanse en el cuerpo y en el origen de su linaje. Las cuales, si se tuviesen por hijas de Dios, nunca, después del nacimiento divino, tendrían en algo la nobleza del cuerpo; y si sintiesen a Dios ser su Padre, no amarían la nobleza de la carne. ¿Para qué te glorías con [la] nobleza de tu linaje? Un hombre y una mujer hizo Dios en el principio del mundo, de los cuales descendió la muchedumbre del género humano. La nobleza del linaje no la da la igualdad de naturaleza, mas la ambición de la codicia. Y ninguna diferencia puede haber entre aquellos a los cuales el segundo nacimiento engendró; por el cual, así el rico como el pobre, el libre y el esclavo, son de linaje, y sin él no son hechos hijos de Dios. El linaje de carne terrena es obscurecido con el resplandor de la celestial honra, y en ninguna manera ya parece; pues que los que eran antes desiguales por honras del mundo, son igualmente vestidos con nobleza de honra celestial y divina. Ningún lugar hay allí de linaje vano, y ninguno de aquéllos es sin linaje, a los cuales la alteza del nacimiento divino los hermosea. Y si lo hay, es en el pensamiento de aquellos que no tienen en más las cosas celestiales que las humanas; y si las tienen, cuan vanamente lo hacen en tenerse en más que aquéllos por cosas menores, los cuales conocen serles iguales en las cosas mayores; y estiman a los otros como a hombres puestos en tierra debajo de si, los cuales creen que son sus iguales en las cosas del cielo. Mas tú, quienquiera

que eres, doncella de Cristo y no del siglo, huye toda la gloria de la vida presente, para que alcances todo lo que se promete en el siglo que está por venir.» Todo esto dice San Jerónimo.

De lo cual podréis ver cuánto os conviene olvidar vuestro pueblo y casa de padre, sabiendo que lo que de los padres de carne tenéis es ser concebida en pecado, y llena de muchas miserias, y nacida en ira de Dios por el primer pecado de Adán, que mediante nuestra concepción heredamos. Un cuerpo nos dieron tan vergonzosamente engendrado, que es asco pensarlo y vergüenza decirlo; en el cual infundiéndose el ánima cuando es criada, queda manchada con el pecado original, habiéndola Dios criado sin él. Un cuerpo lleno de mil necesidades, y sujeto a enfermedades y muerte, y propio para hacer penitencia en sufrirlo; y es tal, que si un solo corezuelo (diminutivo de cuero) le quitasen de encima, los muy hermosos serían abominables. Un cuerpo, que mirándolo por defuera blanco, y considerando las cosas que encierra dentro de sí, diréis que es un vil muladar cubierto de nieve. Un cuerpo que pluguiera a Dios que no hubiera más en él que ser trabajoso y vergonzoso. Mas esto es lo menos; porque es el mayor enemigo que tenemos, y el mayor traidor que nunca se vio, que anda buscando la muerte, y muerte eterna, a quien le da de comer y todo lo que ha menester. Un cuerpo, que por haber él un poco de placer, no tiene en nada dar enojos a Dios, y echar el ánima en el infierno. Un cuerpo perezoso como asno, y malicioso más que mula; y si no, probad a dejarla sin freno, que ande él como quisiere, y descuidaos un poco de guardaros de él, y entonces veréis lo que tiene.

i Oh vanidad para burlar de los que de linaje presumen! Pues que todas las ánimas Dios las cría, que no se heredan; y la carne que se hereda, es cosa para

haber vergüenza y temor. Oigan los tales lo que Dios dijo a Isaías (40, 6): *Da voces. ¿Y qué diré a voces?*, dijo Isaías. Respondió el Señor: *Que toda carne es heno, y toda su gloria como la florecilla del campo. Voces manda dar Dios, y aun no las oyen los sordos; los cuales más se quieren gloriar de la suciedad que de la carne trajeron, que en la alteza que por el Espíritu Santo les es concedida.*

No seáis ciega, esposa de Cristo, ni desagradecida. La estima en que Dios os tiene, no es por vuestro linaje, mas por ser cristiana; no por nacer en la sala entoldada, mas por tornar a nacer en el santo Bautismo. El primer nacimiento es de deshonra; el segundo es de honra. El primero de vileza; el segundo de nobleza. El primero de pecado; el segundo de justificación de pecados. El primero de *carne que mata*; el segundo de espíritu que aviva. Por el primero somos hijos de hombres; por el segundo hijos de Dios. Por el primero, aunque somos herederos de nuestros padres cuanto a su hacienda, somos herederos cuanto a ser pecadores, y llenos de muchos trabajos; mas por el segundo somos hechos hermanos de Cristo, y juntamente herederos del cielo con Él; de presente recibimos el Espíritu Santo, y esperamos ver a Dios faz a faz. ¿Pues qué os parece que dirá Dios al que se precia más [por] ser nacido de hombres para ser pecador y miserable, que por ser renacido de Dios para ser justo, y después bienaventurado? Estos son semejantes a uno que fuese engendrado de un rey en una muy fea esclava, y se preciase él de ser hijo de ella, y la trajese mucho en la boca, y no mirase ser hijo del rey.

Olvidad, pues, vuestro pueblo, para que seáis del pueblo de Dios. El pueblo malo, ése es el vuestro; y por eso dice: *Olvida tu pueblo*; porque de vos no sois sino pecadora, y muy vil. Mas si os sacudís de eso que es vuestro, recibiros ha el Señor en lo que es suyo, en su

nobleza, en su justificación, en su amor. Mas mientras os tuviéredes a vos, no recibiréis a Él. Desnuda os quiere Cristo, porque Él os quiere dotar, que tiene con qué; porque de vos, ¿qué tenéis, sino deudas? *Olvidad vuestro pueblo*, que es ser pecadora, extrañándoos a los pecados pasados, y no viviendo más según mundo. *Olvidad vuestro pueblo*, nopreciando vuestro linaje. *Olvidad vuestro pueblo* con echar de vuestro corazón el bullicio, y haciendo cuenta que estáis en un desierto sola con Dios. *Olvidad*, pues, *vuestro pueblo*, pues tantas razones y tan suficientes hay para lo hacer.

CAPITULO 100

En que comienza a declarar la otra palabra, «Y OLVIDA LA CASA DE TU PADRE». Y de cuánto nos conviene huir la propia voluntad por imitar a Cristo, y por evitar los males que de la seguir vienen.

Sigúese otra palabra, que dice: Y OLVIDA LA CASA DE TU PADRE.

Este padre el demonio es: porque, según dice San Juan (1 Jn., 3, 8): *El que hace el pecado, del diablo procede, porque el diablo pecó desde el principio.* No porque él crió o engendró los malos, mas porque imitan sus obras; y de aquél se dice ser uno hijo, según el Santo Evangelio (Jn., 8, 39-41), cuyas obras imita. Este padre malaventurado vive en el mundo, que quiere decir en los malos, según se escribe de él en Job (40, 16): *En la sombra duerme, y en lo secreto de la caña, y en los lugares húmedos.* *Sombra* son las riquezas; porque no dando el descanso que prometen, mas punzando el corazón con sus congojas como con espinas, experimenta el que las tiene que no son riquezas, mas sombra de ellas, y verdadera necesidad, y que ninguna cosa son menos de lo que suena su nombre. *Caña* es la gloria de este mundo, que cuanto de fuera mayor parece, tanto de

dentro está más vacía; y aun lo que de fuera parece, es tan mudable que con razón se llama caña, que a todo viento se mueve. *Lugares húmedos* son las almas relajadas con los carnales deleites, que corren tras ellos sin rienda; contrarias a aquellas, de las cuales dice el Santo Evangelio (*Mt., 12, 43*), que *saliendo el espíritu sucio del nombre donde estaba, va a buscar donde estar, y anda por los lugares secos buscando holganza, y no la halla*. Porque en las ánimas ajenas de estos carnales deseos no halla el demonio posada, mas en las codicias, honras y deleites, es su aposento. Por lo cual se dice *el príncipe de este mundo (Jn., 12, 31)* y regidor y señor de él; no porque lo haya criado, mas porque los malos, que son de Dios por creación, quieren ser de él por imitación, conformándose con su voluntad, para que con justicia sean también conformes con él en la infernal pena, como les será crudamente dicho el día postrero, por boca de Cristo (*Mt., 25, 41*): *Id, malditos, al Juego eterno, que está aparejado al diablo y a sus ángeles*.

Y si bien consideramos cuál sea esta *casa del demonio*, hallaremos que es la propia y mala voluntad de los malos, en la cual se asienta el demonio como rey en silla, mandando desde allí a todo hombre. *Olvidar*, pues, *la casa de vuestro padre* no es otra cosa sino olvidar y quitar la voluntad propia, en la cual algún tiempo aposentamos a este mal padre, y abrazar con entero corazón la divina, diciendo (*Lc., 22, 42*): *No mi voluntad, Señor, sino la tuya sea hecha*. El cual amonestamiento es de los más provechosos que se nos pueden hacer; porque quitada nuestra voluntad, quitaremos los pecados que nacen de ella, como ramos de raíz. Lo cual denota San Pablo, que contando muchedumbre de pecados que en los días postreros había de haber, primero dice (*2 Tim., 3, 2*), *que serán los hombres amadores de sí mismos*; dando a entender, como dice la glosa, que el desordenado amor de sí, es raíz y cabeza de todos los pecados; el cual

quitado, queda el hombre en sujeción de Dios, de la cual le viene su bien.

Item, la causa de nuestros desabrimientos, tristezas y trabajos, no es otra cosa sino nuestra voluntad, la cual querríamos que se cumpliese, y porque no se cumple tomamos pena. Mas esto quitado, ¿qué cosa puede venir que nos pene, pues no nace la tristeza de venir el trabajo, mas de no querer que nos venga? Y no sólo se quitan las penas de acá, mas del otro mundo. Porque, como San Bernardo dice: «Cese la voluntad propia, y no habrá infierno.»

Mas, así como es la cosa más provechosa de todas negar nuestra voluntad, así es la cosa más trabajosa que hay. Y aun por mucho que trabajemos, no saldremos con ello, si aquel Señor que mandó *quitar la piedra* de la sepultura de Lázaro muerto, no quita esta dureza que tiene muertos a los que debajo toma; y si no mata a este fuerte Goliat, al cual no hay quien le pueda vencer, sino el que es invencible. Mas aunque nosotros no podamos librar nuestro cuello de estas cadenas, no por eso debemos dejar de esforzarnos, según las fuerzas que el Señor nos diere, llamándole con corazón, y considerando los males que de seguirla nos vienen, y los bienes que de no seguirla. *Item*, los altos ejemplos de Cristo, el cual dice de Sí (*Jn., 6, 38*): *Descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, mas la de Aquel que me envió; y esto no en cosas de poca importancia, como algunos hacen, mas en las cosas de afrenta, y que llegan, como dicen, al ánimo: tal era el padecer Cristo pasión por nosotros. Mas en ella se conformó con la voluntad de su Padre, echando de Sí la voluntad de su carne, que era no padecer; para darnos ejemplo, que ninguna cosa nos debe ser tan amada, que si Dios lo manda, no la desechemos; ni tan penosa, que por Él no la abracemos.*

>> sigue parte 4 >>